

INTRODUCCIÓN POR
JOHN MACARTHUR



DESCUBRIENDO
EL CRISTIANISMO AUTÉNTICO EN
UNA ÉPOCA DE CONFUSIÓN

R. ALBERT MOHLER JR.

INTRODUCCIÓN POR
JOHN MACARTHUR



DESCUBRIENDO
EL CRISTIANISMO AUTÉNTICO EN
UNA ÉPOCA DE CONFUSIÓN

R. ALBERT MOHLER JR.

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com



**DESCUBRIENDO
EL CRISTIANISMO AUTÉNTICO EN
UNA ERA DE FALSIFICACIONES**

R. ALBERT MOHLER JR.



Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

ELOGIOS PARA *EL CREDO DE LOS APÓSTOLES*

“Tengo por costumbre leer todo lo que escribe Albert Mohler. Aun cuando ya conozco y abrazo las verdades que él enseña en sus escritos, su óptica de los temas, la manera en que los explica, e incluso sus expresiones me ayudan a comunicar y apreciar mejor las mismas verdades. Nadie ha trabajado con mayor ahínco y dedicación para defender la verdad cristiana en nuestro tiempo como Albert Mohler. Este libro es de provecho para todo cristiano. Puedes contar con que esta presentación de la doctrina cristiana central es fiel a la Palabra de Dios y nace de un corazón completamente consagrado a la verdad de Dios”.

—J. Ligon Duncan, presidente y director de Reformed Theological Seminary

“Muchos cristianos que no pertenecen a las tradiciones más litúrgicas nunca recitan el Credo de los Apóstoles. El doctor Mohler quiere cambiar eso. Como él señala, los cristianos pueden creer más de lo que el credo afirma, pero es imposible ser cristiano y creer menos que eso. El Credo de los Apóstoles no solo sintetiza una gran parte de las creencias comunes del cristiano, sino que promueve la recitación individual y colectiva. Por medio de la recitación frecuente del credo en la congregación, los creyentes se unen a la asamblea de creyentes a lo largo de los siglos, afianzando su fe con la palabra inicial que constituye una profunda confesión: ‘Creo...’. En catorce capítulos de gran claridad, el doctor Mohler resume la teología que encierra cada frase o cláusula del credo, una especie de abecedario de la fe cristiana fundamental”.

—D. A. Carson, profesor de Nuevo Testamento y fundador de Gospel Coalition
(Coalición por el Evangelio)

“Albert Mohler, uno de los teólogos notables de esta generación, ha escrito un comentario cuidadoso, esclarecedor y bíblicamente sólido acerca del Credo de los Apóstoles. Con una introducción escrita con claridad y perspicacia de esta importante declaración confesional, este libro aclara a los lectores el significado de las verdades esenciales de la fe cristiana. Pastores, líderes cristianos y estudiantes agradecerán esta obra cautivadora e inteligente que inspira convicción”.

—David S. Dockery, presidente de Trinity International University, Trinity Evangelical
Divinity School

“Este es un libro esencial para quienes desean ver cómo un credo antiguo infunde nueva vida a una generación en declive. El doctor Mohler trae a este proyecto no solo su admirable conocimiento teológico de nuestra fe antigua, sino también la plena consciencia de los nuevos cuestionamientos

que nuestra cultura le plantea. Mohler expone con claridad y sencillez la fe que ha sido una vez dada a los santos, mostrando que todavía tiene el poder para sacudir al mundo”.

—J. D. Greear, pastor de The Summit Church; presidente de la Southern Baptist Convention (Convención Bautista del Sur)

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

*Dedicado a
Henry Albert Barnes*

Nieto de incalculable gratitud, fuente de increíble gozo, promesa del futuro, señal de amor divino. Llevas los nombres de reyes, una señal de gran expectativa. Llevas un nombre que compartimos, una señal de la fidelidad de Dios de generación en generación. Eres muy amado por tus padres, por tus abuelos, y por Benjamín, tu hermano mayor. Nada más pensar en ti nos llena de felicidad inefable. Espero que puedas experimentar siquiera una medida del gozo que has traído a nuestras vidas y, ante todo, que puedas llegar a conocer a Cristo, para que un día glorioso digas, en la fe de los apóstoles y en la comunión de los santos de Cristo a lo largo de los siglos: “Creo”.

Tu abuelo

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

CONTENIDO

PORTADA

PORTADA INTERIOR

ELOGIOS

DEDICATORIA

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN

1. Dios Padre, Todopoderoso
2. Creador del cielo y de la tierra
3. Jesucristo, su Unigénito Hijo, nuestro Señor
4. Concebido por el Espíritu Santo, nacido de la virgen María
5. Sufrió bajo Poncio Pilato
6. Fue crucificado, muerto y sepultado
7. Descendió al infierno
8. Al tercer día resucitó de entre los muertos
9. Ascendió al cielo y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso
10. Desde allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos
11. El Espíritu Santo
12. La santa Iglesia universal, la comunión de los santos
13. El perdón de los pecados
14. La resurrección del cuerpo, y la vida eterna

AGRADECIMIENTOS

ACERCA DEL AUTOR

CRÉDITOS

OTRO LIBRO DEL AUTOR

EDITORIAL PORTAVOZ

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

*Creo en Dios Padre, Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.
Creo en Jesucristo, su Unigénito Hijo, nuestro Señor;
quien fue concebido por el Espíritu Santo,
nacido de la virgen María;
sufrió bajo Poncio Pilato;
fue crucificado, muerto y sepultado.
Descendió al infierno.
Al tercer día resucitó de entre los muertos.
Ascendió al cielo
y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso.
Desde allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.
Creo en el Espíritu Santo,
la santa Iglesia universal,
la comunión de los santos,
el perdón de los pecados,
la resurrección del cuerpo,
y la vida eterna.
Amén.*

PRÓLOGO

Me impresionó la afirmación que hace el doctor Mohler en la introducción: “Todos los cristianos creen más de lo que abarca el Credo de los Apóstoles, pero ninguno puede creer menos que eso”. Esta afirmación es crucial para el propósito de este libro. Este resumen clásico de fe cristiana apareció por primera vez en el siglo cuarto y desde entonces ha sido memorizado y recitado, y se ha hecho parte de la adoración de los cristianos.

Muchos consideran que el credo contiene todo lo que cualquier persona necesita creer para ser contada entre los verdaderos creyentes, y que por lo tanto constituye la base de la unidad cristiana. Para ellos, se trata del “cristianismo puro” que nos une a todos. Algunos han afirmado que el Credo de los Apóstoles ha establecido las verdades no negociables, con el propósito de que todo el que esté de acuerdo con este credo antiguo sea considerado un cristiano verdadero.

En realidad, el credo no incluye doctrinas esenciales como la autoridad de las Escrituras, la depravación del hombre, la deidad de Cristo y el medio de la salvación, que es la justificación por la fe. Por otro lado, contiene elementos no esenciales como el papel de Pilato y el descenso al infierno.

En 1681, un teólogo reformado holandés llamado Herman Witsius publicó en latín una serie de disertaciones acerca del Credo de los Apóstoles (que se ha publicado de nuevo recientemente). Lo hizo para revestir de carne teológica los huesos de esta bella declaración. En el siglo XIX, William Cunningham (uno de los fundadores de la iglesia libre de Escocia y autor de *Historical Theology*) escribió acerca del credo: “Si los

hombres apelan al credo como prueba de su ortodoxia, están naturalmente obligados a explicar su significado”.

Es hora de que esta generación reciba el mismo regalo del que gozaron aquellos hombres en generaciones pasadas. El doctor Mohler lo ha hecho. Aquí lo tenemos plasmado en ideas frescas y doctrinalmente ricas de nuestro amigo confiable y erudito bíblico, quien con la viva luz de su mente santificada ilumina las riquezas esbozadas en estas antiguas palabras. Lee y lo verás.

John MacArthur

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

INTRODUCCIÓN

Creo; ayuda mi incredulidad.

—MARCOS 9:24

Empezó como una tarea. Terminó siendo un gran acontecimiento en mi vida cristiana. Mi profesor de Historia de la Iglesia asignó como tarea a la clase memorizar el Credo de los Apóstoles. Obediente a la instrucción, empecé a memorizar esta afirmación histórica de la fe cristiana palabra por palabra, frase por frase, verdad por verdad. En unas pocas horas aprendí de memoria el Credo de los Apóstoles, y estaba listo para recitarlo en clase. Sin embargo, aun en ese momento supe que algo más había sucedido.

Como joven, me di cuenta de que esta antigua confesión de fe es el cristianismo. Esto es lo que creen los cristianos, lo que todos los cristianos creen. El Credo de los Apóstoles trasciende el tiempo y el espacio para unir a todos los verdaderos creyentes en una sola fe santa y apostólica. Este credo es la síntesis de lo que enseña la Biblia, una descripción del amor redentor de Dios, y una declaración concisa de cristianismo básico.

Todos los cristianos creen más de lo que abarca el Credo de los Apóstoles, pero ninguno puede creer menos que eso.

Los cristianos de la antigüedad honraron este credo. Los mártires lo recitaron. Los reformadores protestantes continuaron usando el Credo de los Apóstoles en la adoración y en la enseñanza de los creyentes.

Hay gran poder en saber que cuando confesamos el Credo de los Apóstoles, ya sea solos o en la adoración colectiva, declaramos la verdad de la fe cristiana con las mismas palabras que infundieron esperanza a los cristianos de la iglesia primitiva, que enviaron a la muerte a los mártires

llenos de confianza, y que han instruido a la iglesia de Cristo a lo largo de los siglos.

Fue la tarea más importante que me asignaron en mis años de seminario.

Creo. Esta es una de las palabras más explosivas que puede pronunciar un ser humano. Abre la puerta a la vida eterna y expresa el fundamento de la fe cristiana. La fe se erige como el centro mismo de la fidelidad cristiana y es donde empieza el cristianismo para el cristiano. Entramos en la fe y hallamos vida eterna en Cristo respondiendo a la verdad con confianza; es decir, creyendo.

Sin embargo, el cristianismo no se trata de creer en una *creencia*. Es creer en una verdad proposicional: Que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios y el Salvador de los pecadores. No creemos en un Cristo de nuestra imaginación, sino en el Cristo de las Escrituras, el Cristo en el que ha creído cada generación de cristianos verdaderos. Por otra parte, además de creer en Cristo, está la creencia en todo lo que Jesús enseñó a sus discípulos. Mateo escribió que Jesús dio instrucciones a sus discípulos acerca de enseñar a otros a observar todo lo que Él les había ordenado (Mateo 28:18-20). Por lo tanto, no existe cristianismo sin creer, sin enseñar y sin obedecer a Cristo.

Sin embargo, ¿a qué acudimos para saber cómo creer y qué creer? En primer lugar, por supuesto, a la Biblia, la Palabra misma de Dios. La Biblia es nuestra única fuente suficiente y la norma de fe infalible, y el reflejo cristiano de acudir a la Biblia es siempre correcto. La Biblia está libre de error, es completamente digna de confianza y es verdadera. Es la Palabra de Dios inspirada. Nada se le puede añadir ni quitar. Cuando leemos el Nuevo Testamento, encontramos que Cristo transmitió la fe a los apóstoles, que Él mismo les enseñó. Cualquier forma de creencia que no se conforme a las enseñanzas de Cristo a los apóstoles es falsa, es una religión que no puede salvar.

El Nuevo Testamento se refiere al cristianismo auténtico como “la fe que

ha sido una vez dada a los santos” (Judas 3). El cristianismo verdadero es uno que descansa sobre la verdad, una fe de creencias indiscutibles que todos los creyentes a lo largo de los siglos han atesorado y que ha sido entregada a la iglesia *una vez y para todos*.

Este es uno de los grandes prodigios del cristianismo y una explicación de por qué todos los cristianos verdaderos sostienen las mismas creencias esenciales y lo han hecho de ese modo a lo largo de dos mil años: como cristianos, creemos lo que los apóstoles creyeron, y queremos transmitir esa misma fe a la siguiente generación.

Además, queremos adorar como los apóstoles, y predicar y enseñar como ellos lo hicieron. Con este fin, acudimos primero a la Biblia, pero también acudimos a las fieles síntesis históricas de la fe cristiana, y de ellas la más auténtica, histórica y universal es el Credo de los Apóstoles.

Desde sus comienzos, la iglesia ha enfrentado el doble reto de afirmar la verdad y de confrontar el error. Durante siglos, la iglesia ha recurrido a una serie de credos y confesiones de fe con el objetivo de definir y defender el cristianismo verdadero. La confesión de fe que conocemos como el Credo de los Apóstoles es una de las más importantes. A lo largo de muchos siglos y de manera ininterrumpida ha permanecido como uno de los instrumentos más esenciales para la enseñanza de la fe cristiana, junto con los Diez Mandamientos y el Padrenuestro.

Aunque el Credo de los Apóstoles no fue escrito por los apóstoles, refleja el esfuerzo de la iglesia primitiva de expresar y sintetizar la fe que Cristo confió a los apóstoles. Los primeros cristianos denominaron al credo “la norma de la fe”, y lo usaron en la adoración y en la enseñanza de los fieles. Sin embargo, surge una pregunta: ¿Por qué necesitamos hoy un libro acerca del Credo de los Apóstoles? ¿Qué relevancia tiene y qué beneficio puede resultar de examinarlo? Algunos se oponen a la idea misma de considerar unas palabras antiguas. Otros afirman que los cristianos no deben abrazar

otro credo aparte de la Biblia, y el imperativo de “no tener credo sino a Cristo”. Por supuesto, el problema es que todos necesitamos una síntesis de lo que enseña la Biblia, y la iglesia necesita una norma sólida para reconocer el verdadero cristianismo y rechazar las doctrinas falsas.

Más aún, detrás de algunas objeciones al Credo de los Apóstoles se esconde algo sumamente peligroso: el deseo de una fe sin doctrina. Algunos abogan por un cristianismo que no requiere doctrinas formales ni mandatos doctrinales. Sin embargo, la historia del cristianismo está plagada de los escombros que dejan muchos de esos movimientos, cada uno de los cuales dejó a su paso las vidas rotas de personas cuya fe se disolvió a falta de una estructura doctrinal.

La idea de un cristianismo sin doctrina entra en conflicto con las palabras de Cristo, quien se reveló a los apóstoles en términos explícitamente doctrinales. Jesús se reveló a sí mismo con afirmaciones de la verdad. Él se identificó como el Hijo del Hombre y demostró su deidad, refiriéndose incluso a sí mismo repetidamente como “Yo soy” en el Evangelio de Juan, llevando el nombre que Dios se asignó a sí mismo cuando habló a Moisés desde la zarza ardiente (Éxodo 3:13-16). Un cristianismo sin doctrina también contradice lo que Cristo ordenó a sus apóstoles: hacer discípulos de todas las naciones y enseñarles a obedecer todo lo Cristo había mandado (Mateo 20:18-20). Este mandato exige doctrina.

Aquí debemos recordar simplemente que doctrina, como lo explicó un gran historiador del cristianismo, es “lo que la iglesia cree, enseña y confiesa de acuerdo con la Palabra de Dios”.[\[1\]](#) Toda iglesia que cree, enseña y adora tiene alguna doctrina. La pregunta es: ¿Son las doctrinas correctas, son las enseñanzas correctas?

El Credo de los Apóstoles sigue vigente como una destilación de la fe cristiana. El credo instruye, guía, defiende y consagra las gloriosas verdades que dan respuesta a la pregunta más importante que alguien pueda

plantearse: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”. El carcelero filipense le hizo la misma pregunta a Pablo, y Pablo respondió: “*Cree* en el Señor Jesucristo” (Hechos 16:30-31).

Esta respuesta revela, una vez más, lo absolutamente primordial que es el acto de creer en la fe cristiana. Y en quién hemos de creer está claro: Jesucristo. Sin embargo, las Escrituras contienen verdades fundamentales que los creyentes también deben atesorar y afirmar. Los credos sirven a esa búsqueda de la verdad que es necesaria para el testimonio cristiano fiel. Durante casi dos mil años, el Credo de los Apóstoles ha provisto para la iglesia una síntesis venerada de doctrina cristiana esencial. Distingue la verdad del error, la luz de las tinieblas, y la vida de la muerte. En efecto, el Credo de los Apóstoles permanece como un referente de ortodoxia para guiar a la iglesia.

Cada frase del Credo de los Apóstoles empieza con la palabra latina *credo*, “creo”. Al igual que la respuesta de Pablo al carcelero filipense, el credo afirma la conexión integral de la fe con la vida cristiana. Los cristianos son un pueblo que cree, conformado por personas que creen en las declaraciones de verdad objetiva de las Escrituras. Por lo tanto, la verdad no descansa en sentimientos subjetivos acerca de lo bueno y lo malo. La verdad fluye de la realidad objetiva de la sangre de Jesucristo, donde Dios reveló su gloria, su voluntad y sus propósitos para toda la humanidad. La verdad se deriva de lo que Dios ha hecho por los pecadores en Cristo. En la medida en que la iglesia reconoció esta verdad, buscó consagrarla en credos o afirmaciones de lo que creen los cristianos que es lo verdadero, esencial y espléndido; espléndido porque permite que sean vistos en toda su plenitud el esplendor de la verdad y el esplendor de Cristo.

Por lo anterior, un estudio del Credo de los Apóstoles no podría ser más relevante en esta era moderna. Una revolución cultural se extiende por occidente, borrando las líneas que separan la realidad de la ficción.

Denominaciones cristianas enteras se han rendido ante los caprichos de esta revolución y han renunciado a las verdades fundamentales de su fe. En dicha rendición estas iglesias han perdido su identidad como pueblo de Dios. Por consiguiente, todas las iglesias deben recuperar y revitalizar su celo por todas las doctrinas contenidas en el Credo de los Apóstoles. Cada *credo* condensa la esencia misma y el fundamento de lo que cree el pueblo de Dios, y lo que *siempre* ha creído.

A la luz de esta realidad, los cristianos deben permanecer firmes y unidos en las verdades esenciales de las Escrituras. Los padres de la iglesia comprendieron este hecho, y es la razón por la cual trabajaron de manera tan diligente para brindar a la iglesia síntesis fieles de la enseñanza de las Escrituras, como el Credo de los Apóstoles.

A medida que analizamos el credo, considera estas siete razones por las cuales el Credo de los Apóstoles es útil y necesario en la vida de la iglesia.

1. *Los credos definen la verdad.* Jesucristo dijo a sus discípulos: “Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:32). Debemos estudiar los credos de la fe, siempre que abracen debidamente las Escrituras, porque estos delinean las verdades de nuestra fe. La verdad libera al pueblo de Dios del pecado, de la corrupción y del mundo que está bajo la desolación del pecado. La verdad abre camino a una esperanza eterna en el glorioso esplendor de Dios y de su evangelio para la humanidad. Como los credos enseñan la verdad, adoptan un poder que libera al cautivo.
2. *Los credos rectifican el error.* La realidad de la verdad presupone la existencia del error. Sin embargo, en el siglo presente encontramos, quizá por primera vez, una generación que se opone a la existencia de la verdad. No obstante, la iglesia ha entendido desde su fundación que la herejía y la falsa enseñanza existen y representan un serio peligro para el pueblo de Dios. De hecho, ningún error supone un peligro más grande

para la iglesia y el mundo que el error teológico. La herejía, la negación de una doctrina central del cristianismo, se aparta de la verdad y tiene repercusiones eternas. La iglesia necesita los credos no solo para enseñar la verdad, sino para protegerse del error.

3. *Los credos proveen normas y estándares para el pueblo de Dios.* El Credo de los Apóstoles funciona como una baranda de protección para nuestra enseñanza e instrucción. En efecto, los credos protegen a los maestros de caer en el error al brindarles una norma que pueden seguir, y unos límites para la discusión teológica y el desarrollo saludables. Una de las funciones más importantes del Credo de los Apóstoles, como todo credo fidedigno, es ayudar a la iglesia a enseñar y a preparar a los nuevos creyentes para que sean fieles y maduren en la fe de la iglesia. Con frecuencia, en la iglesia primitiva se les pedía a los nuevos creyentes declarar los postulados del Credo de los Apóstoles uno a uno, afirmando lo que creen y confesando la fe cristiana verdadera.
4. *Los credos enseñan a la iglesia a adorar y a confesar la fe.* El Credo de los Apóstoles delinea las verdades más gloriosas y espléndidas de la fe cristiana. Guía con naturalidad nuestra alma a la adoración sincera y a la alabanza a Dios. Por tanto, los credos guían a la iglesia en la adoración y contienen las verdades más preciosas por medio de las cuales podemos adorar a Dios y alabar debidamente su nombre. En adoración corporativa las voces se unen de tal modo que mi *creo* se convierte en *creemos*, uniendo a todos los creyentes, tanto los vivos como los que ya están con Cristo.
5. *Los credos nos conectan con la fe de nuestros padres.* El finado teólogo histórico Jaroslav Pelikan escribió: “La tradición es la fe viva de los muertos, el tradicionalismo es la fe muerta de los vivos”.^[2] Ciertamente los anales de la historia de la iglesia y los respetados credos de la fe contienen algunas de las herencias más preciosas que poseen los

cristianos modernos. El Credo de los Apóstoles, más que palabras en una página, comprende el testimonio fiel de quienes han terminado fielmente la carrera.

6. *Los credos sintetizan la fe.* Ningún credo ni declaración puede reemplazar las Escrituras. Sin embargo, como hemos visto, esto no significa que los credos no tengan su lugar en la vida cristiana. Quienes son partidarios de no tener credo aparte de la Biblia han perdido un gran regalo que ayuda a conservar el cristianismo bíblico. Esta posición cuestionable no logra comprender el corazón de los credos y las confesiones. Estos documentos no buscan *reemplazar* las Escrituras. Antes bien, buscan resumir con exactitud su contenido en declaraciones sucintas con el propósito de equipar a los cristianos con breves pero cruciales sumarios de la fe.

7. *Los credos definen la verdadera unidad cristiana.* Por último, las afirmaciones del Credo de los Apóstoles entretienen una estructura que reúne a todos los cristianos en los vínculos genuinos de la unidad. Las declaraciones de fe y los credos de la iglesia unen a los creyentes de todas las eras en la verdad inmutable de la revelación de Dios. En efecto, las afirmaciones de estos credos pueden subsanar las divisiones denominacionales al congregarse hermanos y hermanas de todo el planeta y a lo largo de toda la historia alrededor de los pilares de la fe, la esencia de lo que significa ser cristiano. La verdadera unidad cristiana es la unidad en la verdad revelada por Cristo, no la unidad a expensas de la verdad, como se ha vuelto costumbre. El Credo de los Apóstoles no confiesa una forma de mínimo común denominador de la verdad cristiana. Confiesa con firmeza la grandeza del cristianismo auténtico en una serie de declaraciones poderosas de la fe cristiana.

Ahora vemos por qué un estudio del Credo de los Apóstoles no es solo interesante, sino una necesidad urgente. El Credo de los Apóstoles, el más

respetado de los credos, expone el núcleo fundamental de la fe cristiana. En sus afirmaciones se encuentran verdades grandiosas y eternas. De hecho, entrelazadas en el Credo de los Apóstoles están nada menos que las insondables riquezas de nuestro Dios, el conocimiento incomparable de Cristo, y la verdadera identidad teológica del pueblo de Cristo. Por ello nos disponemos a considerar una a una cada frase del credo, a fin de extraer sus riquezas en cada capítulo.

[1]. Jaroslav Pelikan, *The Emergence of the Catholic Tradition* (Chicago: Chicago University Press, 1971), 1.

[2]. Jaroslav Pelikan, *The Vindication of Tradition* (New Haven: Yale University Press, 1986), 63.

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

CAPÍTULO 1

DIOS PADRE, TODOPODEROSO

¿Cómo empezamos siquiera a hablar de Dios, y con qué derecho lo llamamos nuestro Padre? Tener la osadía de afirmar que se habla con Dios parece ya bastante monumental, pero ¿atreverse además a llamar al Dios Todopoderoso nuestro Padre? Esto es exactamente lo que los cristianos hacen y lo que Jesús les enseñó hacer. Jesús enseñó a sus discípulos a orar diciendo “*Padre nuestro* que estás en los cielos” (Mateo 6:9).

Los teólogos modernos han tenido un gran problema con el Dios de la Biblia. Cuando recién empezaba mis estudios en el seminario, me asignaron leer un libro escrito por Gordon Kaufman, teólogo de la Universidad de Harvard, que se titulaba *God the Problem* [Dios, el problema].^[1] Kaufman escribió su libro pocos años después que la revista *Time* escandalizara a la nación con su artículo de portada del 8 de abril de 1966, “¿Dios ha muerto?”. El artículo de portada reportó que muchos teólogos eruditos y profesores liberales ya no creían en Dios. Kaufman sostuvo que los teólogos modernos necesitaban inventar un lenguaje completamente nuevo para hablar acerca de Dios. Él consideraba que el lenguaje de la Biblia era anticuado e indigno de los pensadores modernos.

Kaufman argumentó además que los teólogos debían encontrar una nueva forma de sostener que la palabra *Dios* todavía era significativa. Según él, el

Dios que existió en la teología antigua ya no existe, de modo que los teólogos en existencia necesitan encontrar una nueva forma de hablar de Dios como alguien real. Sin embargo, a Kaufman le incomodaba hablar de Dios, en cualquier sentido, como alguien real. Al final, su libro fue una especie de argumento que permitió dar empleo a los teólogos en instituciones educativas como la Universidad de Harvard cuando ellos habían dejado de creer en Dios.

Unos días después de empezar la clase, un estudiante anónimo dibujó una caricatura satírica en la pizarra del aula que consistía en un libro titulado *Gordon Kaufman, el problema*, cuyo autor era Dios. La clase entera entendió de inmediato el sentido. Si hay un problema teológico, no es Dios. El problema somos nosotros.

A diferencia de Kaufman y de los teólogos que promulgan que “Dios ha muerto”, nosotros sí sabemos cómo hablar acerca de Dios, y sí sabemos quién es Dios. La razón por la cual sabemos estas cosas es porque Dios ha hablado. Dios se ha revelado tanto en la naturaleza como en las Escrituras, y lo que separa la teología moderna del cristianismo bíblico es la falta de respeto por las Escrituras y por la autoridad de Dios que existe en la modernidad. En vez de apoyarse en la revelación de Dios mismo en las Escrituras, muchas teologías modernas prefieren la especulación y la conjetura como su método teológico. Gran parte de este esfuerzo se convierte en una forma de espiritualidad posmoderna popular que poco tiene que ver con el cristianismo histórico y la enseñanza bíblica.

La espiritualidad popular permea las conferencias de autoayuda, los éxitos de librerías y los espectáculos televisivos. Estos necios hablan acerca de lo “supernatural”, lo “sagrado”, lo “numinoso”, lo “santo”, lo “divino”, lo “incondicional” o el “propósito del ser”. Sin embargo, ninguna deidad difusa, indefinida y ambigua puede salvar. Solo *Dios* puede salvar. Estas representaciones de Dios elusivas y generalizadas no son más que pequeñas

idolatrías endebles. Ninguna de ellas puede sustituir la revelación personal de Dios en la Biblia. Lo que los cristianos necesitan con urgencia en este momento es volver al cristianismo histórico, el cristianismo que surgió de la rica devoción doctrinal y del fervor evangelístico de los apóstoles.

Nuestro Dios que se revela a sí mismo

A. W. Tozer resumió de manera brillante la totalidad del discipulado cristiano cuando dijo: “Lo que viene a nuestra mente cuando pensamos en Dios es lo más importante acerca de nosotros”.^[2] Lo que quiere decir la iglesia cuando emplea la palabra *Dios* revela todo acerca de nuestra adoración y de nuestra integridad teológica. Si partimos de un concepto erróneo de Dios, vamos a malinterpretar toda la fe cristiana. Este hecho explica por qué los herejes y los falsos maestros a menudo empiezan rechazando la doctrina de la Trinidad. Si podemos rechazar a Dios como se revela en las Escrituras, podemos y acabaremos por rechazar todo lo demás.

Desde los tiempos de los apóstoles, la iglesia ha defendido la declaración: *Credo in Deum Patrem Omnipotentem*: “Creo en Dios Padre, Todopoderoso”. Observa que el Credo de los Apóstoles no empieza simplemente con las palabras “Creo en Dios”. En lugar de esto, va más allá de esa simple frase para describir la identidad y el carácter de Dios. La fe cristiana no está fundada en una deidad abstracta o en “un dios”. No confesamos: “Creo en lo numinoso. Estamos aquí en el nombre de lo sobrenatural, lo sagrado, lo divino”. No nos congregamos en el nombre del “tres veces incondicionado” o alguna otra forma de especulación.

Según las Escrituras, todas las personas saben que Dios existe, aun si afirman rechazar dicho conocimiento. Como Pablo escribió, “las cosas invisibles de [Dios], su eterno poder y deidad” son “claramente visibles” (Romanos 1:20). El problema es que la humanidad rechaza impíamente esa revelación y restringe la verdad (Romanos 1:18). Las consecuencias de esta

restricción de la verdad son una confusión abismal y una especulación fatal y vana. En vez de volverse a Dios que se ha revelado en la creación, los hombres se construyen ídolos o niegan la existencia misma de Dios, una convicción que la Biblia condena como absoluta necedad (Salmo 14:1).

Si Dios no se revelara a nosotros, estaríamos completamente perdidos. No somos lo bastante inteligentes, ingeniosos ni perspicaces para alcanzar por nuestra cuenta un conocimiento verdadero del Dios verdadero. Esta es la razón por la cual la revelación de Dios de sí mismo constituye un acto de su gracia. Como explicó bellamente el teólogo evangélico Carl F. H. Henry, Dios nos ama tanto que “renuncia a su propia privacidad personal para que sus criaturas lo conozcan”.^[3] Si Dios no se hubiera negado a su propia privacidad personal, si no se hubiera revelado a nosotros, estaríamos perdidos y atrapados en los mismos patrones de especulación, confusión y vanidad que afecta a quienes no han creído las Sagradas Escrituras. Solo las Escrituras revelan claramente quién es Dios y quiénes somos nosotros.

Nuestros corazones son tan corruptos que estamos condenados a ser ignorantes si no fuera porque Dios se revela a sí mismo. Calvino describió el corazón humano en su estado caído como un “perpetuo taller para fabricar ídolos”,^[4] que produce y procesa constantemente nuevos ídolos de la imaginación. A veces estos ídolos adquieren una forma material, pero en nuestros días los ídolos adoptan por lo general formas filosóficas e ideológicas.

Este hecho fue demostrado hace varias décadas cuando los sociólogos en Gran Bretaña llevaron a cabo un extenso estudio acerca de las convicciones religiosas de los británicos, específicamente su creencia en Dios.^[5] Lo que reveló la encuesta es que, aunque muchos creen en un dios, no creen que es personal, no creen que interviene en la historia humana, y no creen que tenga algo que ver con la persona y la obra de Cristo. Un entrevistado resumió su visión de dios de manera sucinta. Cuando le preguntaron:

“¿Cómo describiría al dios en el que cree?”, su respuesta fue: “Ah, un dios cualquiera, nada más”.

Muchas personas con quienes interactuamos en nuestros vecindarios y lugares de trabajo solo creen en un “dios cualquiera”. Más aterrador aún es que muchas personas que están sentadas a nuestro lado en adoración creen en “un dios cualquiera, nada más”. Este dios cualquiera no es el Dios de la Biblia. El primer artículo del credo refiere no un dios cualquiera ni del dios de los filósofos, sino el Dios santo que se ha revelado en las Escrituras.

La identidad cristiana está marcada por la confesión de Dios Padre, Todopoderoso. El contenido de la fe cristiana empieza con la afirmación del Dios que es, que habló y que se reveló a sí mismo. Cuando el Credo de los Apóstoles empieza con estas palabras: “Creo en Dios Padre, Todopoderoso”, señala de inmediato el contenido esencial de nuestra fe: la naturaleza trinitaria de Dios. Sin esta afirmación, el cristianismo es incoherente, insostenible.

Nuestro Padre: Un Dios personal

El credo, como las Escrituras, señala que la primera persona de la Trinidad se ha revelado a sí mismo a nosotros como “Padre”. En otras palabras, no se trata de una deidad distante e incognoscible, sino de un Dios con quien podemos tener una relación personal. Dios no es una fuerza, un principio ni un “poder superior”. Antes bien, Él se ha revelado como el Padre de nuestro Señor Jesucristo (Efesios 1:3).

La revelación de Dios como “Padre” tiene sus orígenes en el Antiguo Testamento, donde Dios se describe como el Padre de Israel (Deuteronomio 32:6). El amor paternal de Dios también está presente a todo lo largo del Antiguo Testamento. El profeta Oseas describió a Dios como un Padre que lleva a Israel como un niño (Oseas 11:1-4), y David lo describió como “un Padre de huérfanos” (Salmo 68:5).

La revelación completa de Dios como Padre se manifiesta en la vida y el ministerio de Jesús. Jesús, como “el Hijo”, tenía una relación única con el Padre. En una ocasión, Jesús dijo: “Yo y el Padre uno somos” (Juan 10:30). En otro momento dijo: “Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Juan 6:38). La unión entre el Padre y el Hijo trasciende las relaciones humanas y es parte del misterio de la Trinidad: Que Dios es uno, y que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son Dios.

Si la entendemos debidamente, esta relación trinitaria, la unidad en la Trinidad y la Trinidad en unidad, nos inspira y nos enseña cómo relacionarnos con el Dios de las Escrituras, quien es a la vez personal y trascendente. De hecho, Jesús fue quien nos enseñó que podíamos llamar a Dios “nuestro Padre”, cuando instruyó a sus discípulos a orar con estas palabras: “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre” (Mateo 6:9). Estas palabras implican no solamente que los discípulos de Jesús tenían permitido orar a Dios, sino que se nos enseña específicamente a orar a Dios como “Padre”.

Entender la relación trinitaria y el papel del Padre no es solo una cuestión teórica, sino un pilar central en la vida de cada cristiano. Como nos recuerda Helmut Thielicke, la parábola del hijo pródigo se entiende mejor quizá como la “parábola del padre que espera”,^[6] porque en este pasaje vemos una imagen del cuidado personal, salvador y pródigo de Dios por aquellos que se arrepienten y se vuelven a Él. Por medio de la unión con Cristo, el Hijo verdadero, también nos convertimos en hijos de Dios. Y, como nos recuerda Pablo, si somos hijos somos también herederos del reino de Dios (Gálatas 4:7).

Lamentablemente, muchos teólogos han usado la doctrina de la paternidad de Dios para tergiversar su carácter y promover una enseñanza herética acerca de Dios y de su obra redentora. Los liberales del siglo XIX

fueron particularmente culpables de este error, al alegar que el amor paternal de Dios está disponible para cualquier persona, incluso para quienes no están en Cristo. Como han señalado un gran número de historiadores, muchos liberales del siglo XIX tenían solo dos doctrinas principales: “La paternidad de Dios y la hermandad del hombre”.

En un sentido, debemos en efecto afirmar que Dios se muestra “paternal” hacia toda su creación, y que ejerce un cuidado providencial sobre la humanidad entera. El hecho de que todo ser humano en cualquier lugar exista, viva y respire constituye un testimonio de la relación paternal y benevolente entre el Creador y su creación. Sin embargo, esto no significa que Dios sea “Padre” de todas las personas en un sentido personal y salvador. Las Escrituras afirman claramente que nos convertimos en hijos de Dios solo en virtud de nuestra unión con Cristo y al ser adoptados en la familia de Dios (Gálatas 4:4-5; Efesios 1:4-5).

La Fe y Mensaje Bautista resume estos puntos de manera práctica cuando declara:

Dios como Padre reina con cuidado providencial en su universo, en sus criaturas y en la corriente de los ríos de la historia humana según los propósitos de su gracia. Él es todopoderoso, omnisciente, todo amor y todo sabio. Dios es verdaderamente Padre de todos aquellos que lleguen a ser hijos de Él por medio de la fe en Cristo Jesús. Él es paternal en su actitud hacia todos los hombres.

El hecho de que los seres humanos tengan un mundo donde vivir, junto con el don del alimento y de los recursos naturales constituye una evidencia de que Dios sustenta la humanidad de un modo paternal. Sin la provisión diaria de Dios, toda la vida desaparecería rápidamente. “Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos” (Hechos 17:28). La vida en sí misma es un regalo.

Al mismo tiempo, reconocer a Dios como la fuente y el sustentador de la humanidad no supone ninguna forma de universalismo. Una cosa es afirmar

que el Padre “hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos” (Mateo 5:45). Es otra muy diferente afirmar que Dios está obligado a salvar a todos porque Él es Padre. En la Biblia, el camino para conocer verdaderamente a Dios como Padre en un sentido salvador es por medio del Hijo, y solo por medio del Hijo. Como enseñó Jesús, “el que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9), porque “Yo y el Padre uno somos” (Juan 10:30). Solo por medio del Hijo llegamos a conocer al Padre.

¿Dios nuestra Madre?

Además del universalismo, algunos teólogos han atacado también la noción de Dios como Padre en otro frente. Por ejemplo, los teólogos feministas se niegan a llamar Padre a Dios. Los feministas consideran el título “Padre” una evidencia del patriarcalismo antiguo y represivo. Mary Daly pronunció las famosas palabras: “Si Dios es hombre, entonces el hombre es Dios”.^[7] Sin embargo, esa afirmación es cuestionable prácticamente a todo nivel. Decir que Dios es Padre no equivale a decir que Dios tenga género. Nosotros simplemente hablamos según los términos que habla la Biblia. Afirmamos que Dios es Padre, Hijo y Espíritu. Esa afirmación no implica que Dios tenga un género del mismo modo que lo tienen sus criaturas. Como declaró Carl Henry:

El Dios de la Biblia es un Dios asexuado. Cuando las Escrituras hablan de Dios como “Él”, el pronombre es primordialmente personal (genérico) en lugar de masculino (específico); enfatiza la personalidad de Dios y, a su vez, la del Padre, el Hijo y el Espíritu como personas distintas de la Trinidad, contrario a las entidades impersonales.^[8]

Este lenguaje masculino no solo está escrito en la trama de las Escrituras, es necesario para la comprensión de la realidad de la Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Alterar esto no es el simple uso de la creatividad

en la adoración, sino que equivale a crear un dios falso. No tenemos derecho a exigir tal cambio.

Con todo, en los últimos cuarenta años, ciertos teólogos y traductores de la Biblia han exigido que cambiemos, en lo tocante a Dios, el lenguaje “masculino” de las Escrituras. En ese lapso de tiempo, varias denominaciones han publicado nuevos himnarios y liturgias que desbordan en reinenciones de la identidad de Dios por parte de revisionistas y feministas. En 2006, la iglesia presbiteriana estadounidense adoptó un informe que permitió a los miembros de la denominación experimentar con nuevos títulos trinitarios, títulos que según ellos no intentaban reemplazar Padre, Hijo y Espíritu, sino que más bien se proponían complementarlos.[9]

El informe sugiere que, además de la fórmula trinitaria tradicional, podíamos hablar ahora de tríadas tales como “Arcoíris, Arco y Paloma”, [10] “Roca, Piedra angular y Templo”, [11] e incluso “Fuego que consume, Espada que divide y Tormenta que derrite montes”. [12] Entre ellas, la fórmula feminista más explícita fue: “Madre compasiva, Hijo amado, Vientre dador de vida”. [13] Esa “trinidad”, al igual que las demás, definitivamente no es el Dios de la Biblia, sino un ídolo.

Además de esto, otros se han opuesto a llamar a Dios “Padre” porque creen que para muchas personas ese término hace alusión a padres ausentes o maltratadores. Tales personas argumentan que, a la luz de esa desdichada realidad, este término debería desecharse. Aunque es verdaderamente trágico que muchos niños hayan crecido sin padres comprometidos, amorosos y llenos de gracia, esta realidad no nos da el derecho a dar por sentado que nuestras propias percepciones negativas de los padres puedan traducirse a la paternidad de Dios. Antes bien, hemos de ver la revelación que Dios nos presenta en las Escrituras de sí mismo, de su propio carácter y de su propio ser, como la paternidad ideal. Es Dios Padre quien define lo que un padre humano debería ser, y no al revés. El hecho mismo de que

nosotros sepamos cómo *deberían* ser los padres humanos demuestra que sabemos que sí existe un padre ideal. Como resultado, solo lograremos restaurar la vida familiar y el verdadero entendimiento de la paternidad, cuando podamos afirmar sin dudas y sin reservas: “Creo en Dios, Padre Todopoderoso”.

El Padre Todopoderoso

El Credo de los Apóstoles no solamente afirma “creo en Dios Padre”, sino que añade “creo en Dios, Padre *Todopoderoso*”. Así como Dios es personal, también es todopoderoso. Dios es próximo, pero también trascendente. Como señalan las Escrituras, Dios es *El Shaddai*, el Dios Todopoderoso (Génesis 17:1). Esta afirmación de la soberanía absoluta de Dios dirige todo lo que sigue más adelante en el credo. Dios es quien es todopoderoso y omnisciente, y quien gobierna la creación. Aun el rey Nabucodonosor confesó: “él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?” (Daniel 4:35).

En el Credo de los Apóstoles, la palabra *Todopoderoso* es un compuesto que busca representar todos los atributos de Dios, la plenitud de las perfecciones de Dios. Todos los atributos de Dios, su omnipotencia, su omnisciencia, su omnipresencia, su autoexistencia e inmutabilidad, se resumen en esta palabra, *Todopoderoso*. Solo el Dios que posee la plenitud de la perfección y la majestad infinita puede verdaderamente ser todopoderoso y soberano sobre la creación.

Lamentablemente, en muchas iglesias se habla muy poco del “Dios Padre, Todopoderoso” que afirma el credo. Las descripciones superficiales de Dios y la retórica vacía han reemplazado la rica herencia confesional del cristianismo. Por desdicha, muchos pulpitos proclaman una visión trunca y distorsionada de Dios. Muchos predicadores pasan por alto la rica

enseñanza de las Escrituras acerca de la santidad, la justicia, la gloria y la majestad de Dios, y nada más proclaman “un dios cualquiera”. El Dios del cristianismo no es un dios cualquiera. Él es el Padre Todopoderoso, el Padre para quien nada es imposible, el Padre que posee todo el poder, el que creó por el poder de su Palabra y que reina para siempre.

Adorar al Padre Todopoderoso

El punto de partida del credo es la afirmación de que Dios es el Padre Todopoderoso. Esta verdad es también el punto de partida de nuestra adoración. Como dijo Pedro Mártir Vermigli, un líder menos conocido de la Reforma, esta sola declaración del credo debería servir para “desechar como sinsentido lo que sea que hombres problemáticos o sus propios molestos pensamientos sugieran que contradiga lo que las sagradas profecías o las divinas promesas contienen”.[\[14\]](#) Cada doctrina y cada pensamiento se compara con esta afirmación acerca de la autoridad soberana de Dios. Si se queda corto, como sostuvo Vermigli, ha de ser desechado como “sinsentido”.

El Dios Padre, Todopoderoso, es el Dios al que adoramos en canción, en actos y en la predicación de la Palabra de Dios. Todos los himnos deben reflejar y exaltar a este glorioso Rey. Toda predicación debe sujetarse a su reino glorioso. Todas las obras de servicio y amor deben consagrarse a la gloria de su nombre. Esta afirmación de Dios como “Padre Todopoderoso” debería regir en nuestros himnos, en nuestra enseñanza y en cada momento de nuestra vida diaria.

- [1]. Gordon D. Kaufman, *God the Problem* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1972).
- [2]. A. W. Tozer, *The Knowledge of the Holy* (Nueva York: Harper One, 1961), 1. Publicado en español con el título *El conocimiento del Dios santo* por Editorial Vida.
- [3]. Carl F. H. Henry, *The God Who Speaks and Shows*, Vol. 3 de *God, Revelation, and Authority* (Wheaton: Crossway, 1999), 405.
- [4]. Juan Calvino, *Institución de la religión cristiana* (Rijswijk: FELIRE, 1999), 56.
- [5]. N. Abercrombie, “Superstition and Religion: The God of the Gaps”, *A Sociological Yearbook of Religion in Britain* (Londres: SCM Press, 1970), 93-129.
- [6]. Helmut Thielicke, *The Waiting Father: Sermons on the Parables of Jesus* (Cambridge: Lutherworth Press, 2015).
- [7]. Mary Daly, *Beyond God the Father: Toward a Philosophy of Women’s Liberation* (Boston: Beacon Press, 1973), 19.
- [8]. Carl F. H. Henry, *God, Revelation and Authority* (Illinois: Crossway, 1999), 5:159.
- [9]. 217th General Assembly Council, “The Trinity: God’s Love Overflowing”, 2006.
- [10]. 217th General Assembly Council, 398-399.
- [11]. 217th General Assembly Council, 420-421.
- [12]. 217th General Assembly Council, 423-424.
- [13]. 217th General Assembly Council, 408-409.
- [14]. Pietro Martire Vermigli, *The Peter Martyr Reader*, ed. John Patrick Donnelly (Kirksville, MO: Truman State University Press, 1999), 9.

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

CAPÍTULO 2

CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA

¿Por qué existe el universo? ¿Cómo explicamos el cosmos, hasta llegar a nuestra propia existencia como individuos? Estas son preguntas que ninguna persona inteligente puede eludir, y las respuestas a estas preguntas determinan casi toda pregunta significativa que surge a partir de ellas.

En nuestra era, muchas personas creen que el cosmos es solo un accidente, carente por completo de diseño y de diseñador. El universo entero es nada más un hecho natural que no tiene significado trascendente. Si esto es cierto acerca del universo entero, también es cierto de ti y de mí.

Los cristianos creen que todo lo que existe deriva su existencia y su realidad del acto soberano de Dios Padre, Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Dios, el Creador del cielo y de la tierra, es tanto el Creador como el Sustentador de todo lo que es, todo lo que fue, y todo lo que será jamás.

El credo empieza señalando quién es Dios como el Padre Todopoderoso, y lo que Él ha hecho como Creador del cielo y de la tierra. Las Escrituras también empiezan con Dios como Creador: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Génesis 1:1). Desde el principio mismo, Génesis 1:1

establece algunas verdades centrales y esenciales acerca de Dios. Primero, Dios es eterno, y existe antes de la creación. Segundo, Dios es infinito, y no está limitado por los cielos y la tierra. Tercero, Dios es omnipotente, y crea con su palabra. Por último, Dios es independiente, no depende de nada creado. Estas verdades se enseñan en esas primeras palabras de las Escrituras: “En el principio creó Dios”. Si en verdad comprendemos esta primera frase de las Escrituras, el resto de nuestra convicción teológica va a encajar y cobrar sentido. Si fallamos en entender estas palabras del principio, es posible que nos encontremos rápidamente en el camino de la idolatría.

Choque de cosmovisiones

Las características más básicas de nuestra cosmovisión tienen su origen en nuestra doctrina de la creación. Cada cosmovisión tiene una teoría de los orígenes, y la manera en que entendemos nuestros orígenes influye en nuestra manera de pensar acerca de la identidad y el propósito humanos, y el rumbo de la historia. La manera en que respondemos la pregunta de los orígenes revela lo que pensamos acerca de nuestro valor, nuestro propósito, y nuestro sentido de obligación mutua y delante de Dios.

A diferencia de las cosmovisiones seculares, el argumento bíblico asigna a cada vida humana significado y relevancia al basarse en los propósitos de Dios para su creación. La creación es parte de una historia más amplia que avanza hacia la culminación de los propósitos de Dios y la revelación completa de su carácter. Esta historia más amplia transcurre en cuatro momentos principales: creación, caída, redención y consumación. Cada uno es como un movimiento principal en una gran sinfonía. Nosotros, es decir, la humanidad, somos personajes en esta historia. Si nuestras vidas han de tener verdadero significado, debemos conocer nuestro lugar en esta

narrativa, y entender cómo podemos ser parte del propósito de Dios de glorificarse a sí mismo en la creación.

Sin embargo, si la narrativa no empieza con la creación, el mundo en sí mismo existe por alguna explicación aparte de Dios, y la narrativa bíblica termina.^[1] Si perdemos esta perspectiva, no solo nos arriesgamos a caer, sino que caemos en el error teológico. Al establecer a Dios como Creador, y nosotros como sus criaturas, encontramos propósito y orden en el universo. Existimos para Dios y para su gloria. La cosmovisión cristiana entera depende de la distinción entre Creador y criatura.

Aunque la creación misma revela a Dios y nos deja sin excusa para rehusar creer y adorar a nuestro Creador (Romanos 1:20), por causa de nuestro pecado todavía necesitamos la revelación especial para creer *en él*. Pablo aseguró que la creación testifica del Creador, y que nosotros, las criaturas, deberíamos ver los atributos invisibles de Dios en las cosas que son hechas (Romanos 1:18-32). Sin embargo, Pablo no olvidó el efecto de la caída, que dejó cada parte de nuestro ser afectada por la corrupción del pecado (Génesis 6:5-6; Romanos 3:10-18). Nuestro pecado nos impide ver claramente lo que debería ser evidente en la creación. Por consiguiente, dependemos por completo de una revelación especial y de la Palabra de Dios que nos hagan ver lo que de otra manera somos incapaces de ver y no veremos.

El Credo de los Apóstoles depende de la claridad de la Palabra de Dios. El credo establece las doctrinas cristianas centrales y, por ende, la estructura completa de la cosmovisión cristiana. Entender la primera frase del credo, “Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra”, nos permite responder las preguntas fundamentales de cualquier cosmovisión: ¿Quién? ¿Qué? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Por qué?

¿Quién?

Las Escrituras responden inmediatamente la pregunta acerca de

“¿Quién?”. En el principio *creó Dios* (Génesis 1:1-31). Este Dios no es otro sino el Dios trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Señor Dios, que se reveló a Israel como Yahweh es el Creador de los cielos y de la tierra (Génesis 2:4; Éxodo 20:11; 2 Reyes 19:15; 2 Crónicas 2:12; Nehemías 9:6; Salmo 121:2; Isaías 37:16; Jeremías 32:17). El Salmo 115:15 dice:

Benditos vosotros de Jehová,
Que hizo los cielos y la tierra.

Isaías expresó en lenguaje poético:

Él está sentado sobre el círculo de la tierra, cuyos moradores son como langostas; él extiende los cielos como una cortina, los despliega como una tienda para morar (Isaías 40:22).

¿A qué, pues, me haréis semejante o me compararéis? dice el Santo...

Mirad quién creó estas cosas; él saca y cuenta su ejército; a todas llama por sus nombres; ninguna faltará; tal es la grandeza de su fuerza, y el poder de su dominio (Isaías 40:25-26).

¿No has sabido, no has oído que el Dios eterno es Jehová, el cual creó los confines de la tierra? No desfallece, ni se fatiga con cansancio, y su entendimiento no hay quien lo alcance (Isaías 40:28).

Dios también se reveló a Job como Creador, para desafiarlo y animarlo. En Job 38:1-7, Dios habló a Job:

Entonces respondió Jehová a Job desde un torbellino, y dijo:

¿Quién es ése que oscurece el consejo
Con palabras sin sabiduría?
Ahora ciñe como varón tus lomos;
Yo te preguntaré, y tú me contestarás.
¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra?
Házmelo saber, si tienes inteligencia.
¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes?
¿O quién extendió sobre ella cordel?

¿Sobre qué están fundadas sus bases?
¿O quién puso su piedra angular,
Cuando alababan todas las estrellas del alba,
Y se regocijaban todos los hijos de Dios?

Dios preguntó a Job: “¿Dónde estabas tú...?” (38:4). No hay pregunta más intimidante que esa.

¿Has mandado tú a la mañana en tus días?
¿Has mostrado al alba su lugar? (38:12).

Como correspondía, Job permaneció callado. Pero Dios prosiguió:

¿Alzarás tú a las nubes tu voz,
Para que te cubra muchedumbre de aguas? (38:34).

¿Sabes tú el tiempo en que paren las cabras monteses?
¿O miraste tú las ciervas cuando están pariendo? (39:1).

¿Diste tú al caballo la fuerza?
¿Vestiste tú su cuello de crines ondulantes? (39:19).

¿Vuela el gavián por tu sabiduría,
Y extiende hacia el sur sus alas? (39:26).

Sin embargo, ante la pregunta “¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra?” (Job 38:4), Job finalmente respondió a Dios:

He aquí que yo soy vil; ¿qué te responderé?
Mi mano pongo sobre mi boca.
Una vez hablé, mas no responderé;
Aun dos veces, mas no volveré a hablar (40:4-5).

Job creía en Dios Padre, Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Nosotros también creemos, al igual que Job y en acuerdo con el Credo de los Apóstoles, y nos humillamos ante la presencia de nuestro Creador.

Contrariamente a cualquier posibilidad de lo sobrenatural, el darwinismo y otras teorías seculares acerca del origen toman como punto de partida el

mundo material para explicar la existencia del universo. En *Darwin's Dangerous Idea*, el ateo Daniel Dennett recuerda una canción que le gustaba entonar en su infancia, y que ahora le parece fantasiosa. Como explica Dennett, “una de mis canciones favoritas era ‘Dime por qué’”. El sentir fundamental de la canción es que Dios hizo todo.

Dennett dice: “Esta sencilla declaración sentimental todavía me hace un nudo en la garganta. Es tan dulce, tan inocente, tan reconfortante... una visión de la vida... y luego viene Darwin y echa a perder el pícnic”. Él explica lo que sucede cuando seguimos la lógica de Darwin:

La versión dulce y sencilla de la canción, tomada en forma literal, es algo que para la mayoría de nosotros ha quedado en el pasado... *que* Dios es como Papá Noel, un mito de la infancia, no algo que un adulto cuerdo y racional pueda creer literalmente. *Ese* Dios debe convertirse en un símbolo de algo menos concreto, o simplemente desaparecer por completo”.^[2]

Para los darwinistas, esta lógica es ineludible. El darwinismo empieza con el mundo material, no con Dios como Creador. Negar a Dios como Creador destruye todo lo demás que los cristianos afirman. Dennett llegó incluso a llamar el darwinismo “un ácido universal”. Como explica Dennett, él y sus amigos de la secundaria inventaron el término de ácido universal, una sustancia tan potente que quema todo lo que busca contenerlo. Al quemar el recipiente que lo contiene, quema el salón de clases donde se halla el recipiente. Luego quema atravesando la escuela. Termina por disolver el edificio entero, que se convierte en una nada absoluta. El ácido llega hasta el núcleo de la tierra, hasta que no queda nada más por destruir (puedes imaginar a estos chicos de secundaria asombrados con esta idea). Dennett dice que el darwinismo es como un ácido ideológico universal. Lo quema todo, dejando nada. Por eso, el darwinismo y el nihilismo van de la mano. Sin Dios como punto de partida definitivo, no tenemos propósito en la vida, y el universo no es más que un accidente.

¿Qué?

Dios Padre, Todopoderoso, es Aquel que creó. Pero ¿qué creó Dios? Las Escrituras dan respuesta a este segundo interrogante fundamental: “los cielos y la tierra” (Génesis 1:1). El universo entero, o cosmos, nos llena de asombro y admiración por el Creador. Él creó animales, plantas, hongos, bacterias, etc. Creó elefantes y ranas, bosques de hoja caduca y de coníferas, hongos, bacterias, incluso la ameba microscópica. Tal biodiversidad da testimonio del deleite de Dios en la complejidad del universo, y lo glorifica en gran manera.

Algunos aspectos de la diversa creación de Dios son un deleite para la vista, mientras que otros estremecen el corazón del hombre. William Blake da testimonio de esta diversidad en dos poemas de sus series *Songs of Innocence and Experience*. Primero, Blake reflexiona sobre “El Cordero”:

Corderillo, ¿quién te hizo?
¿Sabes acaso quién fue?
¿Quién te dio alimento y vida
junto al arroyo y el prado,
te dio un manto delicioso,
de suavísimo vellón,
Y te dio una voz tan tierna?...
Corderillo, te diré:
A él lo llaman por tu nombre,
pues se nombra a sí Cordero.
Él es manso y es humilde;
encarnó en niño menudo.
Yo un infante y tú un cordero,
por su nombre nos llamamos.
Corderillo, ¡Dios te salve!
Corderillo, ¡Dios te salve![\[3\]](#)

Blake toma la forma de un niño, un niño que observa la naturaleza. Él entiende que el cordero tiene un origen. El mismo Creador que se esconde

detrás del cordero sencillo y manso, debe ser el Creador que se esconde detrás del formidable tigre feroz.

¡TIGRE!, ¡tigre!,
en los bosques de la noche,
brillando ardientemente.
¿Qué inmortal mano,
qué ojo majestuoso,
forjó tu atroz simetría?[4]

En efecto, Dios creó tanto al tigre como al cordero. Hizo al halcón y al gorrión. Hizo lo tierno y lo robusto, lo feroz y lo débil. Hizo todo lo que habita en la tierra. Y su gloria está presente en todos ellos.

El nihilismo, que es un postulado completamente opuesto al Credo de los Apóstoles y a la cosmovisión cristiana, plantea que la vida carece de significado y que la creación no tiene propósito. El universo, impulsado por las fuerzas aleatorias y sin sentido de la naturaleza, es completamente amoral. Para los nihilistas no hay un creador, y dirían más bien “en el principio, érase una fuerza”. Sin embargo, una fuerza no puede explicar la existencia de los absolutos morales universales. El nihilismo propone que el asesinato, la violación y la opresión no son incorrectas, sino más bien sucesos desafortunados que carecen de importancia moral. Por su parte, los cristianos no pueden afirmar este absurdo tan obvio. Nosotros afirmamos desde el principio que Dios creó el mundo y nos dio moralidad con el propósito de que florezcamos.

Este hecho es intrínseco a la naturaleza humana. Como escribió Moisés, Dios nos creó a su imagen (Génesis 1:26-27; 9:6). Los seres humanos son también criaturas, pero criaturas diferentes a todas las demás. El hecho de poseer la imagen de Dios, o *imago dei*, nos permite pensar acerca de las cosas que estamos analizando. Ser hechos a imagen de Dios significa que tenemos las facultades necesarias para pensar acerca del Creador, porque

reflejamos la capacidad de Dios para razonar. Ser hechos a imagen de Dios también nos permite adorar a Dios, porque entendemos nuestra dependencia de Él. Los seres humanos también son las únicas criaturas capaces de rebelarse *conscientemente*. De ahí que en este mundo no solo encontramos la criatura hecha a imagen de Dios, sino la imagen de la criatura desfigurada por el pecado después de Génesis 3. El pecado y sus consecuencias dejan a este mundo clamando por una redención.

¿Cuándo?

Ahora entendemos el *quién* y el *qué* de la creación, pero ¿*cuándo* creó Dios los cielos y la tierra? Para responder esta pregunta debemos entender que el tiempo, el espacio y la materia solo pueden existir juntos. Por ello, antes de la creación, Dios estaba al margen del tiempo, del espacio y de la materia. Solo Dios existía como la Trinidad. Pero la primera frase de las Escrituras nos dice que Dios creó “en el principio”. Dios creó la materia en un momento particular, y creó el espacio para que la materia existiera.

El relato bíblico tiene mucho que ver con el tiempo. El tiempo empieza en la creación. La creación y la posterior caída de la humanidad instauran la promesa por la cual Cristo vendría en el cumplimiento del tiempo. El relato también prevé una nueva era en la que el tiempo ya no existirá más.

¿Dónde?

Una negación muy popularizada de Dios y de todo lo que afirma el cristianismo, incluso del Credo de los Apóstoles, proviene de Carl Sagan, que fue científico de la Universidad de Cornell. En *Cosmos*, su miniserie televisiva de la década de los 80, Sagan inicia cada episodio con la misma frase: “El cosmos es todo lo que fue, todo lo que es, todo lo que será”. Esta declaración evidencia una cosmovisión de materialismo naturalista. En vez de empezar con Dios como Creador, los naturalistas empiezan y terminan

con el cosmos, lo cual deja abierta la posibilidad de la existencia de cualquier otro cosmos que todavía no conocemos.

Sin embargo, al dignificar *este* mundo material presente, los cristianos no quedan deseando alguna realidad hipotética en otro mundo. *Este* es el mundo de nuestro Padre. Las Escrituras no nos dan razones para pensar que Dios haya creado otro universo. Nuestro universo es el espacio que Dios creó. La Biblia señala continuamente *este* universo como nuestro marco de referencia constante para la historia bíblica. De hecho, las promesas de un nuevo cielo y de una nueva tierra emplean un lenguaje que solo se refiere a este universo. Por lo tanto, especular acerca de otros universos no resulta provechoso en una cosmovisión coherente cristiana. Él creó este mundo a fin de que sea posible, y necesario, estudiarlo. De este modo, el cristianismo afirma el fundamento inteligible que pudo dar origen a las ciencias naturales. Porque si el mundo no fuera inteligible, no podríamos investigarlo y no habría base racional para la investigación científica.

¿Cómo?

La ciencia no puede responder la pregunta de *cómo* creó Dios el universo. Una vez más, debemos apoyarnos en la clara enseñanza de las Escrituras, las cuales no solo nos enseñan que Dios es el autor de toda la creación, sino que también muestran el *agente* de Dios en la creación: su Palabra. Cada acto creativo empieza con “*di*jo Dios” (Génesis 1:3, 6, 9, 11, 14, 20, 24, 26). Su Palabra es la representación perfecta de su voluntad y de su gloria, a la cual nada le falta en ningún aspecto ni dimensionalidad. Por consiguiente, Dios creó, de la nada, por el poder de su Palabra. Su lenguaje no es simplemente una colección de verbos y sustantivos, sino más bien alguien que “fue hecho carne, y habitó entre nosotros” (Juan 1:14).

Haciendo eco del relato de la creación en Génesis, Juan empezó su evangelio diciendo: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él

fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Juan 1:1-3). La concisa pero profunda teología de Juan explica cómo Dios creó con la misma Palabra por medio de la cual nos redimió. La Palabra de Dios creó todo lo que existe, y la Palabra de Dios fue hecha carne para redimir a su pueblo.

Al hacerse carne y redimir a su pueblo, Jesús obtuvo el derecho de sentarse a la diestra del Padre y de recibir el honor debido.

Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas (Apocalipsis 4:11).

Dios recibe alabanza por autoría, Jesús por su acción.

De manera similar, Pablo reflexionó en la intervención de Jesús en la creación cuando escribió: “Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él” (Colosenses 1:15-16). “Él” se refiere a Jesús, el Hijo de Dios. Jesús creó todas las cosas, y todas las cosas fueron creadas “para él”.

¿Por qué?

Al decir “creadas... para él”, Colosenses 1:16 revela la finalidad por la cual Dios creó el mundo. Las Escrituras enseñan que Dios hace todas las cosas para su propio propósito y para su propia gloria:

Nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación

del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra (Efesios 1:4-10).

Nuestro Dios está en los cielos;

Todo lo que quiso ha hecho (Salmo 115:3).

Los cielos cuentan la gloria de Dios,

Y el firmamento anuncia la obra de sus manos (Salmo 19:1).

Como el ser supremo sobre todas las cosas, la determinación principal de Dios debe ser mostrar su propia gloria. Juan Calvino afirmó que el cosmos es el teatro de la gloria de Dios. Calvino tiene razón, porque todo el orden creado existe con un solo propósito: mostrar la gloria de Dios a través de la *redención* de los pecadores por medio de Jesucristo el Hijo. La creación lleva a una nueva creación. Por consiguiente, en última instancia, Dios creó el cosmos con propósitos redentores. El agente de la creación se convierte en agente de la redención. Un día, el agente de la redención se convertirá en el agente de la nueva creación.

Nuestros corazones ansían volver al Edén. Ansiamos regresar a Génesis 2, como si Génesis 3 nunca hubiera ocurrido, pero lo hacemos en vano. Regresar al pasado es imposible, y no glorificaría a Dios especialmente. En lugar de eso, vamos hacia delante. Luchamos por el nuevo cielo y la nueva tierra, no por los viejos. Gemimos junto con el resto de la creación, anhelando el regreso de Cristo y la plenitud del reino de Dios (Romanos 8:22). Desde Génesis hasta Apocalipsis veremos la gloria de Dios. Y al fin, un día le oiremos decir: “He aquí, yo hago nuevas todas las cosas” (Apocalipsis 21:5; véase 2 Corintios 5:17).

Esta promesa de la nueva creación debe ser una fuente de consuelo para el cristiano. Dios asume la responsabilidad de su creación, y Él la conducirá hasta la gloria. Dios llevará a sus hijos a casa por medio de su cuidado providencial. Tal vez la síntesis más hermosa de la provisión de Dios sea la que escribió Lutero en el primer artículo del *Catecismo Menor* de 1529:

Creo que Dios me ha creado y ha creado todo lo que existe; creo que Él me ha dado y todavía sustenta mi cuerpo y mi alma, todos mis miembros y sentidos, mi razón y todas las facultades de mi mente, junto con el alimento y el vestido, el techo y el hogar, la familia y los bienes; creo que Él provee todo lo que necesito en la vida de manera diaria y abundante, que me protege de todo peligro, y que me guarda de todo mal.

Entonces, ¿crees? Creemos en Dios Padre, Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.

[1]. Langdon Gilkey, *Maker of Heaven and Earth: A Study of the Christian Doctrine of Creation* (Garden City, NY: Doubleday, 1959). Langdon Gilkey reconoció que la doctrina de la creación ocupa el lugar central en la teología cristiana. Asimismo, él aclara: “Si este no es el Dios que es Padre del Señor Jesucristo, la historia bíblica no tiene ningún sentido”.

[2]. Gilkey, 18.

[3]. William Blake, *Songs of Innocence and of Experience* (Londres, 1874), 89-90. *Cantos de inocencia y experiencia*, traducido por Eutomia, año II, no. 1 (30-63).

[4]. Blake, 53.

CAPÍTULO 3

JESUCRISTO, SU UNIGÉNITO HIJO, NUESTRO SEÑOR

A los cristianos nos define un rasgo principal: creemos en el Señor Jesucristo y somos sus discípulos. Sean cuales sean las creencias que puedan separar a las iglesias y denominaciones, un verdadero cristiano es alguien que se ha arrepentido de su pecado y ha abrazado a Cristo como el único Señor y Salvador. Somos un pueblo de Cristo. De hecho, de manera instintiva empleamos un lenguaje “cristocéntrico” para describir nuestra adoración y nuestras vidas. Este compromiso con Cristo no solo es un fenómeno evangélico moderno, sino que se refleja también en la antigua fe del Credo de los Apóstoles. La mayor parte del credo está consagrada a Cristo. En realidad, debemos considerar el Credo de los Apóstoles como una confesión de Cristo con una introducción y una conclusión. El credo relata la historia de Jesús desde su concepción por el Espíritu Santo hasta su ascensión a los cielos, desde su exaltación a su regreso prometido como Rey.

Cabe observar de inmediato la manera en que el credo confronta la tendencia actual hacia el minimalismo teológico. No basta con decir “amo a Jesús” o “sigo a Jesús”. Muchos que dicen amar a Jesús y seguir a Jesús no

siguen a Jesús tal como lo revelan las Escrituras. Como nos recuerda la confesión, debemos profesar que creemos en “Jesucristo, su Unigénito Hijo, nuestro Señor”, el Jesús cuya verdadera identidad y misión están reveladas en las Escrituras.

Debemos identificar quién es este Señor al que adoramos, este Salvador que nos ha redimido de nuestro pecado. Tristemente, aun en las iglesias cristianas, a veces una cristología superficial se filtra en la iglesia y se refleja en la adoración y en el testimonio. Parte de esa espiritualidad se ha traducido en una doctrina descaradamente falsa. Algunos quieren a un Jesús que es un gran maestro, pero no el Hijo del Padre. Algunos quieren a Jesús como Salvador, pero no como Señor.

Vivimos estos tiempos extraños en los que, al parecer, hay quienes consideran emocionante la herejía. Al igual que en los primeros siglos de la iglesia, se requiere valentía para ser un cristiano ortodoxo. Hay que ser valiente para confesar la “fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 3). Hay que tener valor para creer la fe ortodoxa de la iglesia que se basa en las Escrituras, pero el valor de la confesión es vivificante. A lo largo de la historia cristiana, muchos creyentes han enfrentado la persecución, el encarcelamiento, e incluso la muerte por causa del evangelio. Su valor para enfrentar gran adversidad debería inspirarnos.

Hace unos años, viajé a Washington D.C. para participar en un debate teológico de la fe cristiana. Fue una invitación a la que no podía negarme. Sentí el deber de aceptarla. Les resultó muy difícil encontrar a alguien que defendiera realmente la fe ortodoxa, y yo sentí que era mi deber asistir. Descubrí, conforme avanzaba el debate, que era uno de aquellos debates que habían sido orquestados para un fin diferente al honesto intercambio de ideas. Era una oportunidad para burlarse de la fe. Y, en medio de este público tan hostil, oré para que el Señor me diera alguna oportunidad inesperada para abrirme paso en la dinámica de aquel debate para dar

testimonio del evangelio que no fuera solo la respuesta a una pregunta, sino que de algún modo el Espíritu Santo me usara para abrir ojos y corazones.

Este debate en particular permitía que el público formulara preguntas. El debate fue, en su mayor parte, un desastre. Sin embargo, en un momento fue curiosamente glorioso. Un hombre se puso de pie y se identificó como alguien que tenía dos doctorados, uno en astrofísica y otro en un área de estudio similar. Por ende, supusimos que se trataba de alguien inteligente. Además, declaró que había estudiado teología, y luego refirió que era un científico experimentado de la NASA. El hombre dijo: “Doctor Mohler, estoy cansado de toda esta teología. Estoy cansado de toda esta doctrina. Cada vez que le hacen una pregunta, usted contesta con una respuesta teológica”.

Y yo dije: “Como podrá notar, el programa anunciaba ‘un debate teológico’. Alguien con dos doctorados debería entender lo que esa palabra significa”.

Y entonces dijo algo que me dio todo lo que necesitaba. Exclamó: “Doctor Mohler, ¡estoy cansado de toda esta doctrina y teología! Soy cristiano, y no quiero saber nada de doctrina y teología. Lo único que quiero es a Jesucristo”.

Fue como si la pista hubiera quedado despejada. Todo el tráfico desapareció y las nubes se desvanecieron. Recibí la señal para el despegue. Yo dije: “Caballero, ¿cree usted que había un buzón de correo en Judea con una etiqueta que decía ‘Jesucristo’? ¿Cree que ese es un nombre compuesto de Jesús? ¡Usted acaba de hacer una declaración teológica! Usted, que no quiere tener nada que ver con la teología, al mencionar el nombre de Jesucristo ha hecho una declaración profundamente teológica. Usted dice que lo único que quiere es a Jesucristo, pero ¿sabe usted lo que está diciendo? Usted está declarando que Jesús es ‘el Ungido de Dios, el Mesías’. Cristo no es un nombre compuesto. Es un título. Jesucristo no es

simplemente un nombre, es una proposición teológica. Es la afirmación de que todas las promesas dadas a Israel se cumplen en este hombre encarnado. Su nombre, Jesús, significa ‘El Señor salva’.

Ese momento del debate revela lo inevitable que resulta hacer cualquier declaración acerca de Cristo que no encierre un significado teológico. De hecho, afirmar “lo único que quiero es a Jesucristo” se considera una *profunda* declaración teológica. La fe cristiana atesora la verdad de que Jesucristo es el Unigénito Hijo de Dios, el Señor. Esta es en realidad la suma y la sustancia de la fe cristiana. La declaración más breve y más universal que todo cristiano puede hacer es simplemente esta: “Jesús es Señor”.

Cuando se trata de responder la pregunta central “¿Quién es Cristo?”, Jesús mismo es quien plantea la pregunta. Jesús le preguntó a sus discípulos: “¿Quién decís que soy yo?” (Mateo 16:15). Más adelante, Jesús hizo la misma pregunta: “¿Qué pensáis del Cristo?” (Mateo 22:42). En realidad, no existe una pregunta más importante que esta. Es la que define lo que somos. En el día del juicio, lo que va a definirnos es nuestra cristología. Nos encontraremos con el Cristo ya sea como Salvador o como Juez. Estamos frente a la tentación del minimalismo y la confusión teológica. Queremos decir algo aparte de lo que la iglesia conoce por medio de las Escrituras. Pero debemos confesar siempre con las Escrituras y con el credo: “Creo en Jesucristo, su Unigénito Hijo, nuestro Señor”.

Jesús, el Cristo

Un ángel se apareció a José para decirle que el niño que había sido concebido en María, por el Espíritu Santo, sería llamado Jesús, “porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:21). Más adelante, una asamblea de ángeles se apareció a los pastores en los campos de Belén y proclamó: “Pero el ángel les dijo: No temáis; porque he aquí os doy nuevas

de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor” (Lucas 2:10-11). Creemos en Jesús el Cristo, el ungido, el Mesías, el que fue prometido a Israel, el que es el cumplimiento de todas estas promesas y mucho más. Llamarlo “Jesucristo” resalta de manera inequívoca que Él fue y que Él es nuestro Salvador. Al mencionar su nombre, si entendemos su significado, confesamos que somos un pueblo necesitado y débil, indefenso y desvalido. Necesitamos un Salvador. Necesitamos a Cristo, el Señor.

Y en Jesucristo tenemos el Salvador que necesitamos a todo nivel: Aquel que nos salva de nuestros pecados y que nos salva del infierno. La gran historia de cómo esto sucede se narra en las afirmaciones sucesivas del credo, pero no podemos entender la historia sin confesar lo que dijeron los ángeles aquella noche a los pastores: “Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor” (Lucas 2:11).

La salvación solo en Cristo

El Señor salva por medio de su Mesías. Esta idea es un elemento esencial en la predicación apostólica de la iglesia primitiva. En Hechos 2:36 encontramos que, el día de Pentecostés, Pedro dijo: “Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo”. Observa también que en el centro de esta predicación apostólica se encuentra la certeza de que este fue el plan de Dios. Justo antes de pronunciar esta declaración, Pedro había predicado:

Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole; al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella (Hechos 2:22-24).

Todas estas verdades quedan enunciadas y afirmadas varias veces a lo largo del libro de los Hechos, y ocupan un lugar destacado en el credo. En Hechos 3, cuando Pedro y Juan suben al templo, los aborda un hombre que ha sido cojo desde el vientre de su madre. Pedro le dice al hombre: “No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda” (v. 6). Observa que dio el mandato no solo en el nombre de Jesús, sino en el nombre de *Jesucristo*. Jesús como Mesías es la esencia de su obra salvadora.

En el segundo sermón de Pedro en Hechos, él predica diciendo:

Pero Dios ha cumplido así lo que había antes anunciado por boca de todos sus profetas, que su Cristo había de padecer. Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo [observa la especificidad, la claridad de su testimonio aquí], que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo (3:18-21).

La Palabra nos dice que Pedro estaba lleno del Espíritu Santo y, dirigiéndose al sanedrín después de su arresto, dijo:

Gobernantes del pueblo, y ancianos de Israel: Puesto que hoy se nos interroga acerca del beneficio hecho a un hombre enfermo, de qué manera éste haya sido sanado, sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano. Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos (Hechos 4:8-12).

Es impresionante la osadía de este acto en el contexto del judaísmo de aquella época. Es peligroso hablar acerca de estas cosas sin sopesar lo que significan. Poniendo en riesgo su propia vida, Pedro proclamó con valentía la exclusividad única de Jesucristo. Solo por medio de Cristo podemos ser salvos; solo por su nombre vendremos a la presencia de Dios.

La búsqueda del Jesús histórico

Por medio del ingenio humano, nadie habría llegado a la conclusión de que Jesús es el Cristo. Es algo que la investigación humana no puede discernir. Necesitamos este recordatorio porque, especialmente en el siglo XXI, han surgido movimientos en el interior del cristianismo que prueban otros métodos para definir a Jesús. En gran medida, esto puede atribuirse a la infame búsqueda del Jesús histórico que empezó en el siglo XIX. Nada más la idea de que podemos administrar en su conjunto los materiales bíblicos y tratar de reconstruir a Jesús a partir de la historia es una locura. Los cristianos no se reúnen en el nombre del Jesucristo que hemos llegado a conocer mediante la investigación histórica aparte de las Escrituras. Esa es una ambición vana que persiguen aquellos que quieren minimizar y humanizar a Jesús para que no sea más el Cristo, el Hijo del Dios vivo, sino nada más Jesús, el maestro.

En el corazón de esta búsqueda del Jesús histórico está la distinción entre lo que se denomina “el Jesús de la historia” y “el Cristo de la fe”. Sin embargo, una dicotomía entre el Jesús de la historia y el Jesús de las Escrituras resulta falsa y peligrosa. No somos cristianos a menos que creamos que el Jesús histórico es también el Cristo de nuestra fe tal como se nos presenta en el testimonio conjunto de los cuatro Evangelios. Más aún, seguimos muertos en nuestras transgresiones y pecados si el Jesús de la historia no es el Cristo de la fe. Como nos diría Pablo, “somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres” (1 Corintios 15:19) si el Jesús de la historia no es el Cristo de la fe que resucitó de los muertos al tercer día. Vivimos con gozo y buscamos la santidad porque creemos que el Jesús de la historia del que hablan los Evangelios, que fue proclamado por los apóstoles y que encontramos en el Nuevo Testamento, es el Cristo de la fe, Jesucristo.

George Tyrrell, refiriéndose a la búsqueda del Jesús histórico, alguna vez

señaló con acierto: “El Cristo que [estos eruditos ven] en una retrospectiva de diecinueve siglos de oscurantismo católico es solo el reflejo de un rostro protestante liberal que aparece en el fondo de un pozo profundo”.[1] Lo que Tyrrell dijo es que el Jesús “histórico” siempre termina reflejando los valores y los sesgos de los eruditos que lo investigan. Estos retratos de Jesús que son reconstruidos históricamente están reestructurados en la imagen del liberalismo teológico. Este es uno de los grandes atractivos de la herejía: tener un Jesús que sea más como nosotros. Puede que este Jesús reciba mayor aceptación cultural, pero definitivamente no es el Cristo, el Hijo del Dios vivo.

La búsqueda del Jesús histórico y su concomitante liberalismo teológico adquirieron una nueva forma en un movimiento conocido como “el seminario de Jesús”. Bajo el liderazgo de Robert Funk, esta agrupación académica decidió que iban a emprender una nueva búsqueda del Jesús histórico. Su trabajo se basó en el presupuesto de que no existe una revelación sobrenatural y que los Evangelios canónicos padecían de una baja fiabilidad histórica. Sin embargo, en las tradiciones de los Evangelios se incorporaban algunas fuentes históricas que podrían resumirse en algo que pudiera entenderse como el Jesús histórico.

Por increíble que parezca, estos eruditos decidieron proceder con una lectura de los cuatro Evangelios, versículo a versículo, asignando una canica de color a cada uno. Una canica roja significaba que ellos creían la declaración o acción de Jesús como auténtica. La canica negra representaba la falta de autenticidad. La canica gris significaba “probablemente no auténtico”, y la canica rosa significaba “probablemente auténtico”. Como era de esperarse, hubo muy pocas canicas rojas. Por último, el seminario de Jesús publicó una versión de los Evangelios codificada con colores, la cual consistía principalmente de texto negro y gris. Al final, la única evaluación que puede hacerse del seminario de Jesús es que estos eruditos han perdido,

en sentido figurado, sus canicas. Se han inventado su propia versión de un Jesús que es semejante a ellos.

Si bien es fácil rebatir la adulteración del seminario de Jesús con las Escrituras, debemos recordar que todos enfrentamos la misma tentación. Leemos los Evangelios y, de manera selectiva, acomodamos textos que crean a un Jesús que valora lo que nosotros valoramos. Debemos confesar nuestra absoluta dependencia de la revelación de Dios en las Escrituras para no predicar otro Jesús, algún otro Cristo.

Jesús es el Salvador sobrenatural. Sabemos esto por medio de una revelación sobrenatural. Para un buen número de personas con quien nos encontraremos, eso significa que creemos en lo sobrenatural, y por ende hemos de ser desechados en un mundo comprometido con el materialismo naturalista. Tal es el escándalo que debemos soportar. Ese es el Jesús al que adoramos: Jesús, el Cristo.

Su Unigénito Hijo

“Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Creo en Jesucristo, su Unigénito Hijo, nuestro Señor”. Su Unigénito Hijo. La noción de que el Mesías es el “Hijo de Dios” tiene su origen en el Antiguo Testamento. Dios, cuando prometió a David que su hijo Salomón construiría el templo, dijo: “Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo” (2 Samuel 7:14). Así pues, la noción de “hijo” siempre ha estado relacionada con el reinado davídico. El Mesías sería rey de Israel, y a la vez un nuevo David, porque sería el Hijo de Dios.

Sin embargo, en un sentido más profundo, Jesús es el Hijo de Dios porque es la segunda persona de la Trinidad. Quizás el aspecto más profundo de la encarnación es que, antes de la encarnación, el Hijo ya era el Unigénito Hijo del Padre. El Credo Niceno usa un lenguaje bíblico y sencillo con el objetivo de comunicar esta noción, describiendo a Jesús

como el que es “unigénito” desde la eternidad, y no “creado”. Debemos reconocer que el Hijo no es una criatura. Ninguna criatura podría salvarnos. Jesucristo no es una criatura. Él es el Unigénito Hijo del Padre. Las Escrituras enseñan claramente la preexistencia del Hijo como el Hijo. El Hijo es enviado. “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito” (Juan 3:16; Hebreos 1:1-4).

Después que Jesús fue bautizado, el Padre habló desde el cielo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17). En virtud de la unión con Cristo por medio de la fe, nosotros también somos hijos e hijas de Dios. Jesús es el eterno Hijo de Dios. Él es el único Hijo de Dios. Sin embargo, como nos dice Hebreos, Él lleva “muchos hijos a la gloria” (2:10), y por medio de su expiación somos adoptados como hijos e hijas del Altísimo. Como declaró el apóstol Pablo, somos “coherederos con Cristo” (Romanos 8:17). La única razón por la cual podemos llegar a ser llamados hijos e hijas de Dios adoptados es porque Jesús es, en verdad, el Unigénito Hijo de Dios.

Cristo, nuestro Señor

“Creo en Jesucristo, su Unigénito Hijo, nuestro Señor”. Filipenses nos presenta un asombroso testimonio del hecho de que Jesús voluntariamente se hizo carne y mediante la encarnación se identificó con la humanidad pecaminosa. Él vino a salvar a su pueblo de sus pecados, y esto condujo a la cruz no como un accidente ni como un incidente inesperado, sino más bien como el plan predeterminado de Dios, por el cual Jesús estuvo dispuesto a despojarse a sí mismo. No solo accedió a tomar la forma de un hombre, sino que estuvo dispuesto a padecer la muerte por nosotros. Como resultado, Cristo se convirtió en Señor, el rey davídico eterno.

En Filipenses, Pablo hizo una descripción de la obra de Cristo en la cruz: “Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que

es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (2:9-11). Este versículo es el cumplimiento de la promesa de Isaías 40:5, que el Cristo revelaría la gloria de Dios a todos los pueblos. Esta doctrina es también la sustancia de la enseñanza apostólica: “Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo” (Hechos 2:36).

Muchos se oponen a la doctrina del señorío de Cristo. Las formas de oposición son numerosas y complejas. Lo cierto es que el corazón pecaminoso aborrece el señorío de Cristo. Por ejemplo, una noticia que tuvo lugar hace unos años, en Tucson, Arizona, refleja este hecho:

En la iglesia episcopal más grande de Tucson, St. Phillips in the Hills, los creadores de un culto alternativo de adoración autodenominados “Venid y ved”, están desafiando la tradición al reescribir lo que se consideraban formas prescritas de adoración. Para los fieles, eso significa que no se refiere a Dios como “Él”, y que las referencias al “Señor” son esporádicas. Susan Anderson Smith, rectora asociada de St. Phillips, comenta: “La palabra ‘Señor’ se ha convertido en un término cargado de implicaciones que alude a poderes jerárquicos, lo cual, según hemos registrado en nuestros textos sagrados, no es lo que Jesús consideró que era”. Thomas Lindell, diácono asociado de St. Phillips, añadió: “La forma como nuestro culto lee la teología es que Dios es amor, y punto. Nuestro culto ha hecho todo lo posible por despojarse de las imágenes de poder. Nosotros no oramos como si esperáramos que un gran personaje en el cielo venga y arregle todo”.[\[2\]](#)

Sin embargo, esto es precisamente lo que necesitábamos: que Dios viniera y arreglara todo, que enviara a su amado Hijo para salvarnos del pecado.

Una oposición más común es que las personas, en su mayoría, declaran que no necesitan un señor. Algunas aseguran incluso que pueden aceptar a Cristo como Salvador, pero no como Señor. Sin embargo, esta afirmación es una interpretación totalmente errónea de la teología del Nuevo Testamento

y una separación no bíblica de las funciones de Cristo como Sacerdote y Rey. Jesús mismo pregunta en Lucas 6:46: “¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?” (Lucas 6:46). Quienes experimentan la salvación somos los que confesamos que necesitamos con urgencia un Salvador y, al mismo tiempo, que el Salvador es “Cristo el Señor” (Lucas 2:11). Romanos 10:9 nos dice que la salvación es de quienes confiesen con su boca que Jesucristo es el Señor.

Las herejías vienen y van. Las pruebas vienen y van. En cambio, la iglesia del Señor Jesús permanecerá. Su señorío perdura incluso en medio de nuestras luchas para abrazar plenamente su soberanía en cada circunstancia de nuestra vida. Al final, vendrá el día cuando toda rodilla se doble y toda lengua confiese “que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:11). Y somos salvos gracias a, y solo gracias a Jesucristo, el Unigénito Hijo de Dios, nuestro Señor.

[1]. George Tyrrell, *Christianity at the Cross-roads* (Londres: Longmans, Green and Co., 1913), 44.

[2]. Stephanie Innes, “‘Lord’ Is Fading at Some Churches”, *Arizona Daily Star*, 22 de abril de 2007, http://tucson.com/lifestyles/faith-and-values/lord-is-fading-at-some-churches/article_edff2a01-0a35-53b4-bd28-c740f81a28ff.html.

CAPÍTULO 4

CONCEBIDO POR EL ESPÍRITU SANTO, NACIDO DE LA VIRGEN MARÍA

A todo lo largo de la historia de la iglesia, los cristianos han preservado las doctrinas esenciales en sus himnos y a través de ellos. Por ejemplo, la doctrina del nacimiento virginal está presente en muchos himnos navideños como “Noche de paz” y “Se oye un son en alta esfera”. Estos himnos, que representan muchos otros, están llenos de significado y representan un elemento necesario de la fe cristiana sin el cual el evangelio no salvaría pecadores. Sin embargo, para algunos el nacimiento virginal y la concepción milagrosa de Cristo son ejemplo del escándalo sobrenatural del cristiano. Los escépticos modernos como el obispo episcopal jubilado John Shelby Spong, han sostenido que estas doctrinas son la evidencia de cómo la iglesia primitiva inventó la deidad de Cristo. Según explica Spong, el nacimiento virginal es “el mito de entrada” que acompaña la resurrección, que él considera “el mito de salida”. Al igual que Spong, muchos se consideran demasiado sofisticados para creer cosas como la redención por la sangre o el nacimiento virginal. Estas doctrinas siguen siendo un

concepto ajeno para muchos, un símbolo cultural para algunos, y un motivo de división para otros.

Mi elección como presidente del Southern Baptist Theological Seminary (Seminario Teológico Bautista del Sur) tuvo lugar durante un período virulento de divisiones en la Southern Baptist Convention (Convención Bautista del Sur). La ortodoxia teológica y la fidelidad doctrinal pendían de un hilo en medio de conflictos entre facciones que buscaban controlar el futuro de la Convención. En medio de esa controversia, surgió el tema del nacimiento virginal. Un líder destacado de la facción liberal dijo que un profesor de teología “que podría también ser guiado por las Escrituras a no creer en el nacimiento virginal, no debería ser despedido”. En otras palabras, cualquier maestro que niegue el nacimiento virginal permanece en la ortodoxia, siempre y cuando ellos crean que esa posición surge a partir de las Escrituras. ¿Ser guiado por las Escrituras para no creer el nacimiento virginal? ¿Qué clase de evasiva es esa? La frase ni siquiera tiene sentido. Las Escrituras enseñan nada menos que el nacimiento virginal de Jesucristo. De hecho, ¡sin tal nacimiento no hay evangelio! Un cristiano que no cree en el nacimiento virginal está en peligro eterno, porque la persona en quien cree no es Aquel de quien dan testimonio las Escrituras.

Por lo tanto, el Credo de los Apóstoles ha incluido el nacimiento virginal con mucha razón: Es verdadero, es esencial y es glorioso. Como sugiere el credo, Jesucristo, la simiente de la mujer que aplastaría la cabeza de la serpiente y revertiría la maldición, fue concebido por un acto soberano de Dios, y nacido de una virgen. Espero poder demostrar que la iglesia debe afirmar el nacimiento virginal porque constituye el fundamento de otras doctrinas capitales. Sin el nacimiento virginal, Cristo no es Dios. Si Cristo no fue concebido por el Espíritu Santo, entonces debe tener un padre humano y, por lo tanto, no es divino. Asimismo, sin el nacimiento virginal, el evangelio ya no provee salvación. Si el nacimiento virginal es una

mentira, entonces Jesús nunca pudo revocar la maldición ni salvar a los pecadores. Además, si los cristianos niegan el nacimiento virginal y tratan la concepción del Espíritu Santo como un mito, ponen en riesgo toda una serie de doctrinas cristianas: la veracidad de las Escrituras, la humanidad de Cristo, la ausencia de pecado en Cristo, y la naturaleza de la gracia. Los cristianos de hoy deben afirmar el nacimiento virginal de Cristo; es más, la fe cristiana y la Biblia en la cual se erige esa fe lo exigen.

Examen de la historia de la iglesia

Los padres de la iglesia

El Credo de los Apóstoles recuerda a los cristianos modernos que nuestra fe tiene raíces muy profundas en la historia de la iglesia. Con más de dos mil años de cuidadosa interacción con las Escrituras, la historia de la iglesia ofrece abundante material teológico para abordar las preguntas teológicas modernas. De hecho, no hace falta mirar muy lejos en la historia de la iglesia para ver que el nacimiento virginal fue central en la proclamación de los padres de la iglesia primitiva. Justino Mártir, Ireneo, Tertuliano, Basilio, Jerónimo y Agustín escribieron todos acerca de la importancia del nacimiento virginal. La iglesia ha entendido de manera uniforme el nacimiento virginal como un aspecto central de la proclamación de las Escrituras.

Los padres de la iglesia explicaron, expusieron y aplicaron la doctrina del nacimiento virginal con el propósito de que la iglesia entendiera su importancia. Fueron algunos de los primeros en ver la conexión entre estos tres aspectos: la naturaleza de la concepción de Cristo, la naturaleza de Cristo y la obra de Cristo. En otras palabras, la naturaleza de la concepción de Cristo es central en la historia entera de la redención. Los padres de la iglesia entendieron que a fin de que Jesús salvara, Él tenía que ser Dios y también hombre, y a fin de lograr esta unión entre Dios y la humanidad,

Jesús tenía que ser concebido por el Espíritu Santo y nacido de la virgen María. Jesús solo sirve como sustituto perfecto y ofrenda eficaz por el pecado si Él es a la vez completamente Dios y completamente hombre. Ireneo, al comentar acerca de una herejía que niega la concepción virginal, señaló la importancia de la naturaleza humana y divina de la concepción de Jesús:

Porque no habría tenido verdadera carne y sangre para por ellas redimirnos, si no hubiese recapitulado en sí la antigua criatura de Adán [la humanidad]... Vanos son también los ebionitas... que rehúsan comprender que el Espíritu Santo descendió sobre María, y que el poder del Altísimo la cubrió (Lucas 1:35). Por eso, el que fue engendrado es santo e Hijo del Dios Altísimo, Padre de todas las cosas, el cual, llevando a cabo la encarnación de este ser, reveló un nuevo nacimiento. Pues, así como por el viejo nacimiento heredamos la muerte, así por este nacimiento heredamos la vida.[\[1\]](#)

En este pasaje, Ireneo establece una conexión entre la naturaleza de la concepción de Cristo (concebido por el Espíritu y nacido de María), la naturaleza de Cristo (completamente Dios y completamente hombre), y la obra de Cristo (perfecto representante humano y último Adán; 1 Corintios 15:22). Los padres de la iglesia entendieron que, sin una comprensión adecuada de Jesús en el vientre, sería imposible comprender la importancia de Cristo en la cruz. La naturaleza de la concepción de Cristo es fundamental para el evangelio.

La Ilustración y el liberalismo clásico

A pesar de que la iglesia ha afirmado el nacimiento virginal de Cristo durante dos milenios, en los últimos doscientos años algunos han catalogado el nacimiento virginal como un escándalo. La Ilustración y el surgimiento de la teología liberal explican esta separación radical de la ortodoxia de la historia de la iglesia. En efecto, pocos acontecimientos en la historia de la iglesia han jugado un papel tan sustancial en la alteración de la fe histórica. Para algunos teólogos modernos, la doctrina del nacimiento

virginal ha sido una vergüenza. Durante la Ilustración, los teólogos y filósofos utilizaron la razón humana, independiente de la revelación divina y de la ortodoxia histórica. Como resultado, los teólogos empezaron a cuestionar la validez de la ortodoxia heredada. Las Escrituras se convirtieron en un simple documento histórico y en objeto de toda la crítica que recibe cualquier texto literario histórico que carece del estatus de autoridad divina. Junto con el texto de las Escrituras, cada doctrina bíblica principal fue redefinida y reformulada por vía racional. La cristología, en general, y el nacimiento virginal, en particular, experimentaron la redefinición más severa en esta nueva “era de la razón”.

El filósofo alemán G. E. Lessing demostró los efectos de la Ilustración sobre la ortodoxia cristiana e histórica. Sugirió que los acontecimientos históricos nunca podrían proveer el tipo de conocimiento que se necesita para la religión racional. Denominó a la historia “una horrible y ancha zanja” entre el pasado y el presente. Con esto, Lessing quiso decir que nunca podemos saber realmente lo que sucedió en el pasado. Nadie, aseguró él, podía cruzar esa “horrible zanja” hacia el pasado.

Sin embargo, la Biblia nos revela el pasado. Una vez más, entendemos cuán dependientes somos de las Escrituras. Sin la Biblia ni siquiera podríamos conocer nuestra propia historia. La Biblia, la Palabra de Dios inspirada y totalmente veraz, cruza por nosotros la “horrible zanja” de Lessing.

La Ilustración y sus efectos sobre la teología produjeron una división entre la ortodoxia histórica y la nueva comprensión liberal de la teología. Estas dos visiones rivales del cristianismo discrepaban acerca del papel de lo sobrenatural. O el Dios de la Biblia existe y actúa de manera unilateral en la historia para revelarse a sí mismo, o no existe y su revelación de sí mismo sigue siendo un mito cristiano. Si Dios existe y obra en formas sobrenaturales, el cristiano no tiene que preocuparse más por “la horrible y

ancha zanja” de la historia, porque Dios mismo conecta el pasado y el presente por medio de su revelación en las Escrituras. Para el pensador de la Ilustración, la revelación de Dios en su Palabra y en Jesús no fue sobrenatural, inerrante ni infalible. Y, con la negación de lo sobrenatural, este nuevo movimiento intelectual sentó las bases para el liberalismo teológico.

En los siglos XIX y XX, el liberalismo protestante continuó repudiando las creencias sobrenaturales como el nacimiento virginal de Cristo. Friedrich Schleiermacher, el padre del liberalismo teológico, se negó a hablar de Cristo y de la salvación en términos de lo sobrenatural. Para él, la salvación no precisó de una intervención sobrenatural como el nacimiento virginal. David Strauss sugirió que el Nuevo Testamento, un artefacto de la historia, representa una expresión primitiva de religión, la cual se basa en el mito y el misticismo. Adolf von Harnack trató de separar el dogma religioso (la “cáscara”) de las consecuencias prácticas (el “grano”) del cristianismo. Rechazó los debates acerca de la naturaleza de Cristo y de la relevancia de su nacimiento virginal porque Jesús era, a fin de cuentas, solo un reformador y profeta religioso. Por su parte, Rudolph Bultmann enseñó que el Nuevo Testamento no era más que una colección de mitos con relevancia existencial. La Biblia, según sugirió él, debe ser sometida a un proceso de “desmitologización” mediante el cual la verdad existencial salga a la superficie al despojarse de mitos como el nacimiento virginal. Otro, Wolfhart Pannenberg, uno de los teólogos más influyentes del siglo XX, curiosamente creía en la resurrección histórica de Cristo, pero no en el nacimiento virginal. En todas sus repeticiones, el liberalismo protestante de los últimos dos siglos se ha inclinado a rechazar el acto sobrenatural y unilateral de Dios en el nacimiento virginal de Jesús.

El liberalismo creía que el nacimiento virginal era una afirmación sobrenatural humillante, y el liberalismo protestante trató de salvar la fe

cristiana de su vergonzosa afirmación. Los escépticos del nacimiento virginal, si han de ser coherentes, también tienen que dudar de todos los otros elementos sobrenaturales que están presentes en los Evangelios, como la ocurrencia de milagros o la tumba vacía. En el siglo IV, Agustín habló acerca de la esencia de la vergüenza que está presente en gran parte de la teología moderna:

Aquellos sabios e inteligentes prefieren juzgar ficción, antes que realidad, tan gran milagro. Así, respecto a Cristo, hombre y Dios, como no pueden creer lo humano, lo desprecian, y como no pueden despreciar lo divino, no lo creen. Cuanto más abyecto es para ellos, tanto más grato sea para nosotros el cuerpo humano al humillarse Dios, y cuanto más imposible lo consideran ellos, tanto más divino sea para nosotros el parto de una virgen al dar a luz a un hombre.[2]

En la época de Agustín de Hipona, el nacimiento virginal se había convertido en una doctrina escandalosa, pero él entendió que la iglesia verdadera y fiel siempre creará las enseñanzas de las Escrituras.

El testimonio de las Escrituras

Contrario a los pronunciamientos de algunos teólogos modernos, los Evangelios describen sin vergüenza alguna el nacimiento de Jesús como una intervención milagrosa y sobrenatural de Dios. Mateo y Lucas presentan la sustentación más clara del nacimiento virginal, y la iglesia tiene buenas razones para confiar en la historicidad de estos relatos. Muchos eruditos han observado la personalidad “hebrea” de los relatos de estos Evangelios, lo cual significa que estas descripciones divinas no fueron intentos posteriores al primer siglo que hicieron algunos cristianos para fortalecer la doctrina concerniente a la divinidad de Cristo. Por otro lado, incluso el erudito liberal y crítico histórico Adolf von Harnack reconoció que Lucas era una fuente “fidedigna” y “auténticamente histórica”. [3] Si un análisis cuidadoso de la historicidad de los relatos de los Evangelios puede ayudar a los cristianos a ver la fiabilidad de las Escrituras, la credibilidad de

las Escrituras debe depender de la doctrina de la inspiración. Por consiguiente, los Evangelios han provisto la evidencia más sólida del nacimiento virginal, porque representan el mensaje exacto de Dios a la iglesia.

Tanto Mateo como Lucas sostienen la concepción virginal de Jesús. Mateo dice: “Estando desposada María su madre con José, antes que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo” (Mateo 1:18). Según el autor del Evangelio, María cumplió la profecía de Isaías 7:14 y 9:6-7: “He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel” (Mateo 1:23). Lucas, en su narrativa, subraya con tres repeticiones el hecho de que María era virgen. El ángel Gabriel visitó “a una virgen” y “el nombre de la virgen era María” (Lucas 1:27). Entonces María respondió al ángel: “soy virgen” (Lucas 1:34, nbla). Lucas también explica más detalladamente el papel del Espíritu Santo. Él explicó: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35). Los Evangelios presentan tanto la virginidad de María como la concepción milagrosa del Espíritu Santo.

Entendidos a la luz de la historia de la salvación, estos relatos de los Evangelios acerca del nacimiento virginal satisfacen el anhelo del Antiguo Testamento de un salvador. Dios hizo una promesa en Génesis 3:15 acerca de destruir al que trajo corrupción y, en el nacimiento de Jesús, Dios cumplió sus promesas de redimir a su pueblo, de destruir el pecado y de introducir una nueva creación. Jesús fue la simiente de la mujer que heriría en la cabeza a la serpiente y anularía la maldición. Al parecer, Eva pensó, irónicamente, que el nacimiento de Caín pondría fin a la maldición (Génesis 4:1). Lo cierto es que ningún hijo concebido de esta manera podría anular la maldición, porque ningún hijo concebido como Caín sería concebido sin que le fuera heredado e imputado el pecado de Adán. A fin de que la muerte

de Cristo pudiera ser la expiación completa por el pecado, Él tenía que ser completamente Dios y completamente hombre, nacido del Espíritu Santo por medio de la virgen María. Jesús ofrece salvación al mundo como el representante perfecto a favor de la humanidad.

Asimismo, María y José son ejemplo de cómo se debe recibir el nacimiento virginal por la fe. Cuando José descubrió el embarazo de su prometida, siendo hombre justo no quiso humillarla. Como no deseaba denunciarla, trató de dejarla en privado. Luego, cuando el ángel se apareció a José y explicó que este hijo en el vientre de María había sido concebido por el Espíritu Santo, él creyó. José hizo exactamente lo que el Señor le había dicho: “no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es” (Mateo 1:20). Un ángel también visitó a María y le anunció que Dios la había escogido como un instrumento del nacimiento de Emanuel. María respondió: “He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra” (Lucas 1:38). María y José fueron ejemplo de fe en Dios y de fidelidad a su plan.

Importancia doctrinal del nacimiento virginal

Como hemos visto, la concepción virginal de Cristo reviste una gran importancia doctrinal para la iglesia. Sin embargo, consideremos por lo menos tres implicaciones del nacimiento virginal. Primero, el nacimiento virginal afirma la verdadera identidad de Cristo como verdaderamente Dios y verdaderamente hombre. Wayne Grudem sintetizó la importancia de esta doctrina:

Dios, en su sabiduría, ordenó una combinación de influencias humanas y divinas en el nacimiento de Cristo, de manera que toda su humanidad fuera evidente para nosotros en razón del hecho de su nacimiento humano normal de una madre humana, y su plena deidad fuera evidente en el hecho de la concepción en el vientre de María mediante la obra poderosa del Espíritu Santo.^[4]

Jesús no fue concebido por voluntad de un hombre, sino que fue concebido por el Espíritu Santo. El nacimiento virginal hace posible la unidad de lo divino y lo humano.

En segundo lugar, el nacimiento virginal ciertamente apunta al milagro por medio del cual este niño es concebido sin pecado. Según las Escrituras, todos los descendientes de Adán reciben la culpa del pecado; sin embargo, Jesús no desciende de Adán y por tanto no es partícipe de esa condición común a los hombres (2 Corintios 5:21; Romanos 5:18-19). Pedro Mártir Vermigli explicó:

Todos los descendientes del primer Adán estaban, sin excepción, sujetos a la ira y al pecado. Sin embargo, para proteger la humanidad de Cristo de la condición común de nuestra raza, erradicando lo que es inherente a la naturaleza humana, la divina sabiduría ideó un plan asombroso y extraordinario. Sería entonces concebido el Hombre que estaba unido a Dios y que habría de poseer tanto deidad como humanidad. Cuando el ángel profetizó a la virgen María, el Espíritu Santo descendió sobre ella. Con pericia inigualable formó Él de la sangre de ella, ya purificada por la gracia más santa, a este hombre único y perfecto. De ese modo, por el Dios de misericordia, la Palabra eterna tomó forma humana. El vientre de la virgen María se convirtió en el horno divino desde el cual el Espíritu Santo, con sangre y carne santificadas, formó aquel cuerpo destinado a ser el siervo obediente de un alma no menos noble, pues ninguno de los defectos del Adán caído le fue transmitido a Cristo. Aunque los cuerpos de ambos fueron creados de manera similar, siendo nuestro primer padre milagrosamente formado de la tierra sin simiente de hombre, por el poder de Dios lo fue también el segundo Adán.^[5]

En tercer lugar, el nacimiento virginal acentúa la naturaleza milagrosa de la redención de Dios. En efecto, la concepción virginal de Jesús solo puede explicarse por un acto unilateral y soberano de Dios. Este niño es un regalo de Él. Si bien la humanidad necesitaba un salvador humano perfecto, la humanidad nunca habría podido producir uno. Carl F. H. Henry aclaró: “Por esto, a partir del hecho de que Jesús es ‘nacido de la virgen María’, puede verse que la obra de la encarnación y de la reconciliación supone un acto definitivo de intervención por parte de Dios mismo. Como observó Lutero, era preciso un nuevo principio, era necesario iniciar una nueva creación”.

[6] El nacimiento de Cristo pone de relieve la necesidad de la intervención sobrenatural de Dios en la historia y hace manifiesta la iniciativa de Dios.

Aquellos que niegan, rechazan o desestiman el nacimiento virginal no logran explicar en ninguna manera significativa la divinidad del Hijo o la majestad de la encarnación. Por esta razón, el tema del nacimiento milagroso de Cristo ocupa un lugar prominente en el Nuevo Testamento, y se ha convertido en una prueba decisiva para la ortodoxia:

El nacimiento virginal se exhibe como sobre aviso en la puerta del misterio de la Navidad, y ninguno debe atreverse a pasarlo sin detenerse en él. Se erige en el umbral del Nuevo Testamento, manifiestamente sobrenatural, desafiando nuestro racionalismo, informándonos que todo lo que sigue corresponde a su mismo orden, y que si nos resulta ofensivo no tiene caso continuar.[7]

El liberalismo protestante provee un ejemplo excelente de esta separación de la naturaleza milagrosa del nacimiento de Cristo. Como resultado, reducen a Cristo a un sabio o un revolucionario moral, el evangelio no es más que un modelo de visión moral, y el cristiano es solo un camino más, entre muchos, para llegar a Dios. Sin el nacimiento virginal, la historia de la salvación no tiene salvador.

La veracidad del nacimiento virginal, por consiguiente, establece una obligación moral. En otras palabras, puesto que las Escrituras afirman el nacimiento virginal, entonces es cierto; y si es cierto, entonces debe ser creído. Negar el nacimiento virginal, a pesar del hecho de que los Evangelios lo declaren, pondría en tela de juicio la autoridad de las Escrituras. Puede que los teólogos liberales elijan abrazar o negar la veracidad del nacimiento virginal, pero ambas elecciones tienen repercusiones en el conjunto de las Escrituras. Sin embargo, los cristianos no tienen la opción de aceptar o rechazar la verdad de las Escrituras. Las Escrituras ejercen autoridad sobre el cristiano, quien debe aceptar su verdad.

Para los creyentes, el nacimiento virginal tiene aún más sustancia. Aquel que fue concebido por el Espíritu Santo en el vientre de la virgen fue también concebido por el Espíritu Santo en los corazones de los cristianos. Por medio del milagro del evangelio, que empieza en el nacimiento virginal, Dios produce vida nueva en personas completamente pecadoras. No te avergüences del nacimiento virginal; antes bien, enséñalo, predícalo y habla de él como parte de la historia del evangelio, a fin de que cuando una persona responda con fe, sepa en quién ha creído. Pide en oración que puedas ver el milagro de Cristo concebido en sus corazones, así como fue concebido en el vientre de María. El niño del pesebre de Belén era el niño cuyo talón aplastaría la serpiente y en cuyo nombre se congregarían los cristianos.

[1]. Ireneo, *Contra las herejías*, 5.1.2-3.

[2]. Agustín de Hipona, sermón 184, “El nacimiento del Señor”, traducción de Pío de Luis, OSA.

[3]. Adolf von Harnack, *The Acts of the Apostles*, trad. J. R. Wilkinson (Londres: Williams & Norgate, 1909), 298.

[4]. Wayne Grudem, *Teología sistemática: Una introducción a la doctrina bíblica* (Miami: Editorial Vida, 2007), 554.

[5]. Pedro Mártir Vermigli, *Early Writings: Creed, Scripture, Church*, trad. Mario Di Gangi y Joseph C. McLelland, The Peter Martyr Library 1 (Kirkville, MO: Thomas Jefferson University Press, 1994), 37.

[6]. Carl F. H. Henry, “Our Lord’s Virgin Birth”, *Christianity Today*, 7 de diciembre de 1959, 20.

[7]. Donald Macleod, *The Person of Christ* (Downers Grove, IL: IVP Academic, 1998), 37. Publicado en español por Andamio con el título *La persona de Cristo*.

CAPÍTULO 5

SUFRÍÓ BAJO PONCIO PILATO

La película de Mel Gibson titulada *La pasión de Cristo* fue un éxito de taquillas en 2004. En aquel entonces, la película fue motivo de gran controversia. Hubo numerosos desacuerdos acerca de si convenía presentar a Jesús a través del medio cinematográfico.

Toda esa controversia despertó el interés de posibles espectadores y, como resultado, la película fue muy exitosa en las taquillas. De hecho, llegó a convertirse en uno de los productos culturales más debatidos del siglo. Antes del lanzamiento oficial de la película, me invitaron a una proyección especial. Sin embargo, yo tenía reservas acerca de mi asistencia a tal evento. Por un lado, yo tenía la absoluta certeza de que ninguna representación artística podría captar las infinitas profundidades de la persona de Cristo y que la presentación cinematográfica de la crucifixión de nuestro Señor desluciría los aspectos sobrenaturales de la obra de Cristo en la cruz. Por otro lado, sentía el deber de pronunciarme acerca de la película como quien está bien informado, y eso exigía que yo fuera en persona a verla. Al final decidí asistir a la proyección a pesar de mis reservas teológicas.

Al entrar en la sala de cine, me sorprendió ver la multitud reunida allí. Todos los asientos estaban ocupados y se oían resonar las animadas

conversaciones. Los espectadores parecían listos para hacer un análisis de la película y para desglosar cada elemento de la representación artística, la cinematografía, la dirección y demás. Mi escepticismo acerca de la película parecía validado de antemano. Para ellos, esta película no era más que otra producción de Hollywood. Apenas empezó la película, las voces se silenciaron. La narrativa de la película pasó de inmediato a la conclusión, la pasión o crucifixión de nuestro Señor. La violencia que se prolongó y se intensificó a lo largo de la película sacudió las emociones. Irónicamente, en medio de la proyección, las personas ponían de manera despreocupada palomitas de maíz en sus bocas. Yo me preguntaba cómo era posible que las personas observaran semejantes escenas, la descripción de la crucifixión del Hijo de Dios, al tiempo que comían palomitas de maíz.

Entonces me di cuenta de que ellos no comprendían la gravedad de este suceso histórico. Aun las personas que llevaron a cabo la ejecución del Señor fueron incapaces de comprender la trascendencia de lo que hicieron, porque si lo hubieran sabido, “nunca habrían crucificado al Señor de gloria” (1 Corintios 2:8). Para aquellas personas cuyos ojos el Espíritu de Dios no ha abierto, la muerte de Jesús no es más que un hecho brutal de la historia. En cambio, para quienes han puesto su fe en Cristo y han experimentado el poder de la resurrección, la muerte de Jesús constituye una paradoja: Su muerte es al mismo tiempo la verdad más trágica y la más gloriosa que se pueda imaginar. Para el creyente, Jesús vino como el siervo que sufrió y murió en nuestro lugar por nuestros pecados. El Credo de los Apóstoles consagra esta verdad en su afirmación de que Jesús “sufrió bajo Poncio Pilato”.

No obstante, esta frase pareciera una afirmación que resulta extraño incluir en este venerable credo para la iglesia. Cada segmento del Credo de los Apóstoles contiene una verdad esencial de la fe y del evangelio mismo. Quitar cualquier declaración del credo haría tambalear el cristianismo

entero. Pero ¿cómo puede la afirmación de que Jesús, “sufrió bajo Poncio Pilato”, convertirse en una verdad fundamental sobre la cual debe fundarse la iglesia? ¿Qué es esencial acerca del sufrimiento de Cristo?

Sufrimiento sustitutivo

Los creyentes en el Señor Jesucristo han confesado al unísono estas palabras a lo largo de milenios y en varios continentes *porque* el sufrimiento de Cristo constituye un aspecto central del evangelio. Aun así, los evangélicos tienden a enfocarse casi de manera exclusiva en la *muerte* sustitutiva de Cristo. La muerte de Cristo es una de las dos dimensiones centrales y esenciales de la obra de Cristo para obtener nuestra salvación. La cruz y la tumba vacía representan claramente estas dos dimensiones. El apóstol Pablo dijo a la iglesia de Corinto que la muerte de Cristo en la cruz *por nuestros pecados* era el aspecto prioritario del evangelio de Cristo, junto con su resurrección (1 Corintios 15:1-3).

En efecto, el apóstol Pablo instruyó a los cristianos a “gloriarse” en la cruz de Cristo (Gálatas 6:14). Sin embargo, a veces los cristianos olvidamos que Jesús no solo *murió* por nosotros, sino que también *sufrió* por nosotros. Precisamente, Isaías 52–53 profetizó acerca del *sufrimiento* del Siervo que habría de venir y rescatar al pueblo de Dios. El texto revela la completa conexión que existe entre Aquel que ha de reinar revelada en Aquel que ha de sufrir. Solo una persona encaja con la descripción del Siervo sufriente acerca del cual profetiza Isaías. Su nombre es Jesús de Nazaret, Jesucristo el Señor.

En Isaías 52–53, el profeta revela cinco elementos claves del Siervo sufriente. Primero, Isaías revela la promesa de Dios que fundamenta y asegura el ministerio del Siervo. Luego, el texto revela la misión del Siervo. Tercero, Isaías demuestra la inocencia del Siervo a pesar de que sufre como si fuera culpable. Cuarto, el profeta revela la magnitud del sacrificio del

Siervo. Por último, Dios valida el camino de la cruz, ya que el sufrimiento del Siervo trae la justificación.

La promesa

La profecía sobre el Siervo sufriente empieza con una promesa en Isaías 52:13: “He aquí que mi siervo será prosperado”. La misión entera del Siervo sufriente empieza con una promesa que viene directamente de Dios mismo. Por causa de la promesa de Dios, la obra del Siervo sufriente cumplirá su propósito. No puede fallar. En Isaías 52–53, Dios no presenta una propuesta tentativa para su pueblo. Él lanza desde sus atrios del cielo una promesa para el pueblo de su pacto. Él promete un Siervo que va a salvar, y promete que la obra de su Siervo va a prosperar.

Estas noticias de labios del profeta debían animar a quienes las oyeran. Aunque Israel se encontraba bajo el juicio de Dios y padecía la burla de sus enemigos, Dios les prometió un Siervo que prosperará y que será justificado. Los cristianos, por su parte, reconocen que la plenitud de esta promesa culminó en la obra de Jesús. Como tal, la afirmación “sufrió bajo Poncio Pilato” tiene sus raíces en la promesa de Isaías 52:13. Los cristianos reconocen el cumplimiento de la promesa de Dios por medio del sufrimiento de Jesús. Aunque Él sufrió en la cruz y soportó la ira de Dios por causa de su pueblo, la promesa de Dios se cumplió el día de la muerte de Jesús. La prosperidad de su Siervo vino a través de su sufrimiento cuando con su propia sangre se hizo expiación por el pueblo de Dios. La vida y el ministerio de Jesús prosperaron al culminar en la gloriosa victoria sobre la tumba en la cruz de Cristo. Jesús cumplió la promesa cuando colgó del madero.

La misión

La declaración “sufrió bajo Poncio Pilato” consagra la misión de la encarnación de Jesús. Isaías 53:4-5 describe la misión de manera detallada:

Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.

El Siervo sufriente viene a llevar enfermedades, a sufrir dolores, y a ser abatido como intermediario entre Dios y los hombres. El carácter deliberado del sufrimiento resuena en las palabras: “herido fue *por* nuestras rebeliones... molido *por* nuestros pecados... *por* su llaga fuimos nosotros curados”. Esta es la cadencia de la vida del Siervo cuando, en su camino de sufrimiento sustitutivo, las transgresiones del pueblo de Dios fueron sobre Él.

Los cristianos de la iglesia primitiva demostraron una gran sabiduría y fidelidad al evangelio al incluir en el Credo de los Apóstoles el sufrimiento de Jesús bajo Pilato. Su entendimiento fue profundamente bíblico. La misión de la vida de Jesús apuntaba a la cruz. El propósito de su encarnación fue poder colgar en la cruz y sufrir en su recorrido hacia ella. El gozo de la Navidad ocurre únicamente por el escándalo de la cruz. Pablo proclamó: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21). Este versículo condensa la misión del Siervo sufriente. Él vino *por* nosotros. Él vino *para llevar* nuestro pecado. Él vino *para vivir* una vida sin pecado. Él vino *para hacer* justo a su pueblo. Esto lo hizo por medio de su sufrimiento en nuestro lugar. Su sufrimiento por su pueblo indica el propósito mismo de su encarnación.

Su inocencia

La inocencia del Siervo sufriente sobresale como un aspecto central de la profecía de Isaías y del conjunto del mensaje del evangelio. Isaías escribió: “Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no

abrió su boca” (53:7). Jesús encarnó la profecía de Isaías cuando permaneció callado en presencia de sus acusadores, dispuesto a entregarse en sacrificio. Las autoridades judías exigieron su crucifixión, aunque Él había llevado una vida perfecta y sin pecado.

Jesús contiene todas las esperanzas y expectativas del Antiguo Testamento. El Mesías se levantó en presencia del pueblo de Israel, y ellos pidieron su ejecución. Cuando se les dio la oportunidad de liberar a Jesús o al asesino Barrabás, las multitudes escogieron a Barrabás. Pilato, solo por la autoridad derivada que Dios le había otorgado, entregó a Jesús al tormento de la cruz. A todo lo largo de este horrendo episodio, Jesús, el perfecto Hijo de Dios, que pudo haber llamado a una legión de ángeles, permaneció en silencio. Él vino a morir como un Cordero sin mancha, y en silencio permitió que las manos que Él mismo había creado por su palabra, lo clavarán a una cruz hecha para un pecador.

El Siervo sufriente de Dios no cometió delito alguno y guardó la ley en obediencia perfecta. El Siervo “nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca” (Isaías 53:9). Sin embargo, esta inocencia sigue siendo un aspecto crucial del evangelio y de la confesión del Credo de los Apóstoles. La inocencia del Siervo le confirió a su sacrificio el poder perfecto para limpiar el pecado. La inocencia de Jesús garantizó su carácter de cordero *sin mancha* que podía expiar los pecados de todo el pueblo, por toda la eternidad. Su inocencia consiguió el poder efectivo que ostenta el evangelio para salvar a los pecadores. No habría poder en el evangelio si no fuera por la vida perfecta y la inocencia absoluta de Jesús al enfrentar su ejecución.

Su sacrificio

La profecía de Isaías concerniente al sacrificio del Siervo debería sacudir los sentidos. El lenguaje que emplea revela la intensidad y la profundidad del sufrimiento del Siervo. Isaías escribió: “Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento” (53:10). Dios se propuso

quebrantar al Siervo. Fue *voluntad* suya la muerte de su Ungido. Dios hizo esto por el bien de su pueblo. La culminación de esta profecía vino a través del Padre que quiso quebrantar a su Hijo eterno.

Nadie debería abordar esta verdad sin una contemplación seria de su gravedad y de su peso. El Hijo de Dios no ideó su propio plan para la salvación. Él vino a hacer la voluntad de su Padre. Jesús sabía que cada paso de su ministerio lo acercaba más y más a la obra para la cual su Padre lo había enviado: pagar por los pecados de su pueblo con su sacrificio. El Padre envió al Hijo. El Hijo vino voluntariamente. Jesús vivió una vida de obediencia hasta la muerte, incluso la muerte en una cruz (Filipenses 2:8).

El autor de Hebreos reflexionó acerca de la naturaleza del sacrificio de Jesús y su superioridad frente al antiguo pacto: “Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo... entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (9:11-12).

Jesús entró voluntariamente en el lugar de la expiación. Entró vestido con las vestiduras de sumo sacerdote para hacer la obra de expiación por los pecados del pueblo. Luego, en un estremecedor giro de los acontecimientos, se despojó de sus vestiduras sacerdotales y se sacrificó a sí mismo en el altar. No trajo consigo un macho cabrío ni un becerro para el sacrificio. Ese sistema no había obtenido una redención definitiva y duradera. Él entró en persona en el tabernáculo celestial para entregarse sobre el altar como el sacrificio perfecto y *definitivo* por los pecados del pueblo. Derramó su sangre y entregó hasta la última gota. El torrente carmesí y la marea escarlata de su sufrimiento y crucifixión fueron la propiciación por nuestros pecados para siempre. Este sacrificio existía como una sombra en la profecía de Isaías cuando Él declaró la voluntad de Dios de quebrantar al Siervo. La profecía se hizo realidad cuando el Hijo fue al altar y su Padre lo quebrantó en nuestro lugar.

La vindicación

Por último, los sufrimientos inconmensurables del Siervo culminaron en su vindicación prometida.

Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos.

Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores (Isaías 53:11-12).

Isaías revela el propósito del sufrimiento y muestra con gloria refulgente lo que el Siervo logró por medio de su agonía. El sufrimiento de Jesús llevó las iniquidades del pueblo. Al hacerlo, Jesús *satisfizo* la ira de Dios contra el pecado. Jesús *satisfizo* el juicio de Dios. Jesús *satisfizo* la santidad de Dios. Todos los anhelos de la historia de la redención, todos los gemidos de la creación sujeta al pecado encuentran descanso y esperanza en los sufrimientos de Jesucristo. Él pago todo. Él garantizó todo. No es necesario hacer nada más. *Todo fue consumado*.

La profecía de Isaías señala la vindicación del Hijo por medio de su obra terminada. Los sufrimientos de Cristo logran la justificación porque Él “justificará... a muchos” (Isaías 53:11). Al llevar los pecados de muchos, aseguró la salvación eterna para el pueblo de Dios. Sus sufrimientos, aunque escandalosos y espeluznantes, cambiaron el mundo. Sus sufrimientos alteraron el curso de la eternidad para un sinnúmero de almas que, sin su sacrificio, marchaban en pos de la perdición perpetua.

Por tanto, los cristianos deben comprender la gloria de los sufrimientos de Cristo. Cuando las palabras de Isaías llegan a cumplirse en la persona y en la obra de Cristo, brilla en todo su esplendor la necesidad de “sufrió bajo Poncio Pilato”, no como una simple afirmación histórica, sino como un pilar de la verdad del evangelio. Isaías revela que, por medio del sufrimiento del Siervo, Dios vindicará su nombre y justificará a su pueblo.

En efecto, por medio del sufrimiento viene la gloria. Por medio de los terribles sufrimientos de Jesús, Dios llevó a cabo la expiación para su pueblo.

¿Qué fue entonces lo que sufrió el Cristo?

La afirmación “sufrió bajo Poncio Pilato” consagra los pronunciamientos proféticos de Isaías 52–53 y el cumplimiento detallado en los sufrimientos de Jesucristo. El credo afirma la realidad de la historicidad del suceso al incluir el nombre “Poncio Pilato”. El sufrimiento de Jesús constituye un suceso histórico real que ocurrió en un lugar y en un tiempo determinados, tal como se revela en las Escrituras. Sin embargo, el credo afirma mucho más que la simple historicidad al reiterar el sufrimiento de Jesús bajo Pilato. Registra un componente del ministerio de Jesús, sin el cual el evangelio quedaría despojado de su poder. El credo subraya la importancia del sufrimiento de Cristo. ¿Qué fue entonces lo que sufrió el Cristo?

Sufrimiento físico

Los cristianos contemporáneos pasan por alto los sufrimientos físicos de Jesús. Es posible que los cristianos cautelosos no estén dispuestos a abordar el tema por temor a caer en las arenas movedizas de la cristología. A los cristianos les resulta difícil pensar en la realidad de las dos naturalezas combinadas en una sola persona, es decir, la humanidad y la divinidad en la persona de Jesucristo. Sin embargo, la dificultad que reviste esta doctrina en nuestras mentes caídas y falibles no debe alejar a los cristianos de las enseñanzas claras de las Escrituras. La Biblia da cabida a que los cristianos piensen en el Dios-hombre como quien padece en su cuerpo.

Jesús experimentó diversos sufrimientos desde el punto de vista físico. La Biblia revela su sufrimiento de las siguientes formas:

- Jesús experimentó hambre (Marcos 11:12).

- Jesús experimentó sed (Juan 4:7).
- Jesús sintió cansancio (Juan 4:6).
- Jesús necesitó dormir (Marcos 4:38).

La Biblia enseña claramente la humanidad de Jesús por medio de las cosas que Él sufrió y que todos los seres humanos experimentamos. Por consiguiente, la realidad de que el Dios-hombre experimentara el sufrimiento debería influir en la lectura que hacemos de los sufrimientos descritos en el juicio, la flagelación y la crucifixión de Jesús.

Jesús, el eterno Hijo de Dios, experimentó a fondo el dolor por cuenta de su tortura y ejecución. Los métodos romanos de flagelación provocaban el máximo dolor posible a la víctima, al tiempo que evitaba matarlos o estados de inconsciencia. Los métodos de tortura se proponían que la víctima sintiera y experimentara al máximo el dolor infligido. Jesús, el Hijo de Dios, plenamente hombre, experimentó plenamente cada dolor infligido a través del sufrimiento cuando fue torturado y crucificado.

El hecho de que Jesús experimentara el sufrimiento en toda su expresión humana solo magnifica la gloria de su intencionalidad y obediencia para sufrir y cumplir la profecía de Isaías. El Hijo de Dios se sometió voluntariamente al dolor intenso, horrendo y agonizante de la tortura y la crucifixión romanas. Lo hizo por su pueblo. Sus sufrimientos demuestran el amor infinito de Dios en Cristo por su pueblo. Él soportó el dolor, el desprecio, el ultraje y el desgarramiento de su propia carne por el amor divino hacia un pueblo rebelde y pecador.

Sufrimiento espiritual

Además del sufrimiento físico que Jesús soportó por el pueblo de Dios, Él también sufrió por nosotros como maldición bajo la ira de Dios. Lo hizo para llevar a cabo la redención, la propiciación y el perdón del pecado. En

pocas palabras, soportó la ira de Dios para comprar las buenas nuevas del evangelio.

Pablo escribió: “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)” (Gálatas 3:13). Pablo magnifica los sufrimientos de Cristo cuando revela la función redentora que llevó a cabo Jesús cuando colgaba en la cruz. Cristo no solo sufrió en el cuerpo, sino que sufrió al convertirse en maldición. Todo el pueblo de Dios ha pecado y ha sido destituido de la gloria de Dios (Romanos 3:23). Todos vivíamos bajo la maldición de la ley, porque ninguno había guardado la ley. Sin embargo, Jesús se hizo maldición. Él tomó sobre sí la ira de Dios contra el pecado.

Al convertirse en maldición, Jesús experimentó plenamente la ira y el juicio de Dios por el pecado de la humanidad. Dios derramó sobre Cristo el castigo eterno que merecía cada pecado cometido por su pueblo. Jesús lo soportó todo, lo sufrió todo, lo llevó todo sobre sí mismo. Durante las horas en las que colgó en la cruz, Jesús sufrió el castigo eterno de un pecador, por lo que satisfizo la ira de Dios. “Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira” (Romanos 5:9). Pablo proclamó las espléndidas riquezas y el triunfo de los sufrimientos de Cristo en la cruz. Por su sangre, Él satisfizo la ira de Dios. Por medio de su sufrimiento, Él obtuvo nuestra salvación. Además, Él soportó el castigo por el pecado que todos merecíamos *y que ninguno que ponga su fe en Él experimentará jamás.*

Respuesta frente a su sufrimiento

La última frase expresa una gloria eterna y perfecta. Todo el pueblo de Dios merece por toda la eternidad lo que Cristo tomó en nuestro lugar. Con todo, ninguno que tenga fe en Él experimentará jamás el castigo y la ira de Dios, porque Cristo satisfizo la justicia de Dios. Cristo sufrió a fin de que los que

tenemos fe en Él nunca padezcamos las llamas del infierno. Los sufrimientos de Cristo, por tanto, exigen de nuestra parte una respuesta.

Cree en la promesa de Dios

Los sufrimientos de Cristo se erigen como un monolito, un recordatorio para que todos sepamos que Dios cumple su palabra y sus promesas. Por consiguiente, los sufrimientos de Jesús deberían llevar a todo el pueblo de Dios a confiar en Dios siempre. Él ha manifestado su amor por su pueblo. Él ha demostrado la infinitud de su amor. Pablo escribió: “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Romanos 8:32). Dios se propuso quebrantar a su Hijo como una demostración de su amor por nosotros, y con la finalidad de satisfacer su ira contra nuestro pecado. El amor de Dios fluye a través de la cruz de Jesucristo manchada con sangre. Dios no escatimó a su propio Hijo para salvar a su pueblo. Por tanto, los sufrimientos de Cristo invitan al pueblo de Dios a creer en Él, a confiar en Él, y a aferrarse a sus promesas.

Participa de los sufrimientos de Cristo

Los sufrimientos de Cristo compraron para los cristianos un nuevo corazón y un poder inmanente a través del ministerio del Espíritu Santo (Romanos 8:14-17). Como tal, la Biblia ordena al pueblo de Dios seguir las pisadas de su Salvador, tomar su cruz y seguirlo. El apóstol Pablo consideró el llamado al sufrimiento no como una carga, sino como un gozo glorioso que se recibe. En Filipenses 3:7-11, Pablo demostró dos gloriosas verdades imitando el sufrimiento de Cristo.

Sufrir por la excelencia

Pablo escribió: “Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del

cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura” (v. 8). Pablo reconoció la realidad del sufrimiento para un cristiano. En esta vida, los cristianos van a sufrir de diversas maneras. En Filipenses 3, Pablo tenía en mente el sufrimiento que experimentan los cristianos cuando se apartan de las seducciones, las tentaciones y los placeres de un mundo perdido que está llegando a su final. Los cristianos sufren la pérdida de todo lo que el mundo temporal puede ofrecerles, a fin de ganar algo mucho más excelente. Pablo sufrió la pérdida del mundo para ganar a Cristo. El conocimiento de Cristo posee un valor infinitamente mayor que todo lo que el mundo puede ofrecer. Por eso estuvo dispuesto a sufrir la pérdida de todo lo que el mundo puede prometer, a fin de conocer a Jesucristo. En este sentido, los cristianos también deben sufrir la pérdida del mundo si quieren ganar una relación con Jesús.

Participar de sus sufrimientos y su muerte para la resurrección venidera

Pablo declaró que estaba dispuesto a sufrir como cristiano. Sus palabras en Filipenses 3 atacan y ofenden la conveniencia y los límites que se rigen por la comodidad del cristianismo occidental. Sin embargo, la visión de Pablo debe resonar como el latido del corazón de cada cristiano y correr por las venas de aquellos que invocan el nombre de Jesucristo. Pablo escribió acerca de la razón por la cual está dispuesto a perderlo todo: “a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y *la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte*, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos” (vv. 10-11). Pablo anhelaba participar de los sufrimientos de Cristo e imitarlo en su muerte. ¿Por qué? Pablo no creía que podía servir como otro sacrificio expiatorio por los pecados. Pablo no pensaba que podía reemplazar la obra de Jesucristo. No obstante, el deseo de Pablo de imitar los sufrimientos de

Cristo nació de su pasión por el evangelio como la única esperanza de salvación para un mundo perdido y condenado a toda una eternidad en el infierno.

Pablo deseaba imitar a su Salvador porque él sabía que el camino a la gloria pasa por el camino de la cruz. La economía de Dios prescinde de las inclinaciones mundanas y de la sabiduría de los estoicos. Dios estableció una sabiduría que glorifica al humilde y condena al altivo. Pablo tomó sobre sí el yugo de Cristo, un yugo de sufrimiento, porque *vale la pena*. El fruto del sufrimiento cristiano culmina en una resurrección. El sufrimiento cristiano culmina con un cuerpo nuevo y eterno garantizado por los sufrimientos de Jesucristo.

Conclusión

El himno de Isaac Watts declara la excelencia de las palabras de Pablo en Filipenses 3 y los sufrimientos de Cristo que proclama el Credo de los Apóstoles. Watts escribió:

Al contemplar la excelsa cruz
do el Rey de gloria por mí murió,
todo tesoro y orgullo en mí
causan tristeza en mi corazón.

No busco gloria ni honor,
sino en la cruz de mi Señor.
Las cosas vanas que fingen valor,
las sacrifico por su amor.

De su cabeza, manos, pies,
preciosa sangre dolida corrió;
Nunca existió tan sublime amor
que una corona de espinas llevó.

Su fiel torrente carmesí
como un manto cobija la cruz;
he muerto al mundo, a todo en él,
y el mundo ha muerto ya para mí.

Si el universo pusiera a sus pies
sería ofrenda muy pobre de dar.
Amor tan grande, amor sin igual
demanda mi alma, mi ser y mi andar.[1]

Este glorioso himno cristiano contiene imágenes muy vívidas de la cruz de Cristo y de los sufrimientos que soportó en el Gólgota. A diferencia de la escena de la que fui testigo en el cine con palomitas de maíz durante la proyección de *La pasión de Cristo*, el himno de Watts nos invita a contemplar la cruz y los sufrimientos de Cristo, y adorar. Los sufrimientos de Jesús en la cruz aseguraron nuestra vida eterna con Dios. Ninguna corona de reyes terrenales puede compararse con la corona de espinas que fue incrustada en la frente de Jesús. Ningún trono puede asemejarse al portento de la cruz resplandeciente de Cristo.

Las últimas dos estrofas del himno de Watts describen el torrente carmesí de los sufrimientos de Cristo y sus implicaciones para la iglesia. A través del sufrimiento de Cristo, los cristianos han de morir al mundo y hallar su vida en Cristo. El sublime despliegue de amor extraordinario en la cruz es un llamado al pueblo de Dios a entregar sus vidas por la excelencia del conocimiento de Cristo. Los sufrimientos de Cristo lograron nuestra salvación, nuestra justificación y nuestra vida eterna, y constituyen un llamamiento a la iglesia para que se gloríe en su sacrificio y siga sus pisadas. En efecto, Cristo sufrió bajo Poncio Pilato y, gracias a ello, somos salvos.

[1]. Isaac Watts, “When I Survey the Wondrous Cross”. Dominio público. Tomado de Hymns and the Faith, de Erik Routley, impreso en Greenwich, Connecticut en 1956. Traducción de Diego Basalo.

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

CAPÍTULO 6

FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO

Cuando era joven, conocí a un erudito del Nuevo Testamento que tenía muchos sentimientos encontrados acerca de la cruz de Cristo. Él detestaba la idea de que la crucifixión de Cristo fuera necesaria para nuestra salvación. Odiaba la idea de la muerte sustitutiva de Cristo en pago por nuestros pecados, la cual no podíamos pagar por nuestra cuenta. Rechazaba totalmente lo que él llamaba “la sangrienta religión de la cruz”, el mensaje de la cruz.

Sin embargo, la Biblia revela claramente que Cristo murió *por nuestros* pecados, y que era necesario pagar el castigo por nuestros pecados. Como nos enseña el apóstol Pablo, la cruz, y solo la cruz, revela cómo Dios puede ser a la vez “el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Romanos 3:26). En efecto, el símbolo inequívoco del cristianismo es una cruz. El hecho de que un horrendo instrumento de ejecución en el Imperio romano se haya convertido en un símbolo de amor, belleza y devoción es algo que requiere una explicación.

Esa explicación se llama el Nuevo Testamento. El mensaje de la cruz es la buena nueva de salvación, y la historia de la cruz es la historia del amor

de Dios por los pecadores. La verdad más asombrosa es que Dios ama a los pecadores y que Cristo murió por el impío. Como escribió el apóstol Pablo: “Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8). El apóstol Juan enseñó a los cristianos a meditar en “cuál amor nos ha dado el Padre” en la salvación que tuvo lugar en la cruz, al punto que quienes son de Cristo “seamos llamados hijos de Dios” (1 Juan 3:1).

El Credo de los Apóstoles nos lleva a las verdades centrales de nuestra salvación cuando confesamos que Jesucristo, el Unigénito Hijo de Dios, “fue crucificado, muerto y sepultado”. Estas tres palabras: *crucificado*, *muerto* y *sepultado*, cuentan la historia de la cruz en su poder y en su fuerza brutal.

Las tres verdades centrales confirmadas aquí declaran el hecho de que Jesús fue crucificado en una cruz a manos de hombres que se burlaron de Él, que Él realmente murió, y que después de su muerte fue sepultado, todo lo cual sucedió conforme al cumplimiento exacto del plan de Dios.

Cuando el apóstol Pedro predicó en el día de Pentecostés, dijo a la gran multitud reunida delante de él: “Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole” (Hechos 2:22-23). Este pasaje subraya que la cruz no fue algo que sorprendió a Dios ni algo que simplemente le sobrevino a Jesús. Era el plan de Dios.

Cuando Juan el Bautista vio a Jesús, exclamó: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). El cordero sin mancha y sin imperfecciones era el símbolo más conocido de todo el sistema de sacrificios de sangre.

Jesús dijo a sus discípulos: “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Juan 15:13). Refiriéndose a su vida, Jesús dejó claro que Él iba a la cruz por voluntad propia: “Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre” (Juan 10:18).

Por eso los cristianos vemos a Jesús en la cruz como victorioso, no como víctima. Él vino para cumplir su propósito, y Él cumplió completamente este propósito redentor.

Sin embargo, la centralidad de la cruz en la vida cristiana tiene detractores. A algunos les repugna la idea misma de la cruz, el concepto de la expiación por la sangre, y la necesidad de la muerte de Cristo por el pecado. En efecto, aquellos que dictaminan estos reclamos creen que el escándalo de la cruz no tiene cabida en un mundo moderno y progresista. Cuando examinamos más de cerca las profundidades de la cruz, tenemos que analizar algunas de estas objeciones. Si los cristianos permiten que esta frase del Credo de los Apóstoles se derrumbe bajo el peso de la heterodoxia, perderían su salvación, renunciarían a su esperanza y perderían las glorias de Dios manifestadas en el escándalo del Calvario.

Los enemigos de la cruz

Los enemigos modernos de la cruz de Cristo tienen sus orígenes en los tiempos de los apóstoles. Pablo escribió: “Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que *son enemigos de la cruz de Cristo*” (Filipenses 3:18). El mensaje de la cruz ofende a las mentes orgullosas y entenebrecidas. La cruz exige el reconocimiento del pecado y plantea la imposibilidad de una salvación basada en las obras.

Es obvio que existen oponentes del mundo secular, y también de otras creencias. Sin embargo, los detractores más peligrosos son los que salen de

las filas de cristianos confundidos. Estos críticos de la cruz abrazan falsas enseñanzas que, si se dejan sin respuesta, pueden apartar a muchos de la verdad. En su ataque contra la cruz de Cristo, presentan tres cargos principales contra el cristianismo bíblico e histórico. Primero, niegan la necesidad de un sacrificio por el pecado. Segundo, rechazan la cruz porque ella representaría un caso de maltrato a un hijo divino. Por último, algunos oponentes niegan la historicidad de los relatos acerca de la cruz y atribuyen a esos pasajes una simple lección moral.

La repugnancia del sacrificio

Yo tuve un profesor de seminario que detestaba la idea de que fuera necesaria una muerte para que Dios otorgara el perdón de los pecados. La esencia de esta objeción fluye de una aversión al sistema sacrificial, una aversión que considera que el derramamiento de sangre y el sacrificio no son más que un asesinato a sangre fría y una pérdida de vida innecesaria. Un Dios que exige tal sistema para el perdón no encaja en el sistema moderno de justicia que la humanidad ha alcanzado. Un Dios de amor y de gracia no necesita expiar el pecado por medio del derramamiento de sangre. Por supuesto, tales creencias revelan también una grave incompreensión de la santidad de Dios y de la realidad del pecado. Si se puede imaginar la santidad de Dios y despojarlo de este, su atributo más importante, se puede también redefinir el pecado como algo menos que una infinita transgresión contra la santidad de Dios.

Sin embargo, la Biblia no podría ser más clara en afirmar la expiación sustitutiva. El autor de Hebreos escribió: “sin derramamiento de sangre no se hace remisión” (Hebreos 9:22). El concepto bíblico de la seriedad del pecado y de la santidad de Dios van a la par. A los defensores de esta objeción les resulta repugnante la necesidad de un sacrificio porque no entienden que el pecado es repugnante, una rebelión infinita contra un Dios santo, y la violación de su ley santa. Mi antiguo profesor de seminario no

podía comprender a un dios que exigiera un sacrificio por el pecado, porque él había creado un dios conforme a su propia imaginación, muy diferente del Dios de las Santas Escrituras. El dios que él fabricó está infinitamente por debajo de la gloria y de la santidad que Dios revela de sí mismo en las Escrituras.

La Biblia responde a esta objeción de dos maneras. Primero, revela la gloria de Dios en su santidad:

Y no profanéis mi santo nombre, para que yo sea santificado en medio de los hijos de Israel. Yo Jehová que os santifico (Levítico 22:32).

No hay santo como Jehová;
Porque no hay ninguno fuera de ti,
Y no hay refugio como el Dios nuestro (1 Samuel 2:2).

Reinó Dios sobre las naciones;
Se sentó Dios sobre su santo trono (Salmo 47:8).

Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria (Isaías 6:3).

Sed santos, porque yo soy santo (1 Pedro 1:16).

Cada uno de estos pasajes revela la belleza resplandeciente de Dios y la pureza de su santidad. Su nombre, su trono, su reinado, de hecho, su esencia misma, exudan una santidad gloriosa que distingue a Dios de toda la creación. Dios reina como el Creador que creó *ex nihilo*, de la nada. Nada en toda la creación se le compara. Por consiguiente, la esencia misma de Dios detesta el pecado y debe desechar toda rebelión contra su reino santo y justo.

Segundo, la Biblia corrige a estos detractores mostrándoles la gravedad del pecado y sus consecuencias:

Mas los transgresores serán todos a una destruidos;
La posteridad de los impíos será extinguida (Salmo 37:38).

Y castigaré al mundo por su maldad, y a los impíos por su iniquidad; y haré que cese la arrogancia de los soberbios, y abatiré la altivez de los fuertes (Isaías 13:11).

Porque he aquí que Jehová sale de su lugar para castigar al morador de la tierra por su maldad contra él (Isaías 26:21).

Porque todos los que sin ley han pecado, sin ley también perecerán; y todos los que bajo la ley han pecado, por la ley serán juzgados (Romanos 2:12).

Porque la paga del pecado es muerte (Romanos 6:23).

La santidad de Dios se desborda en su ira contra el pecado. Dios debe castigar el pecado, porque nada en el cosmos entero se iguala a un mal mayor que el pecado de la humanidad. El pecado representa una declaración abierta de guerra contra el gobierno y la autoridad de Dios. La paga de ese pecado es una muerte inminente y eterna.

Sin embargo, nuestro Dios no dejó sin esperanza a la humanidad. Él proveyó un camino de perdón. En el Antiguo Testamento, Él proveyó el sistema sacrificial. Dios, en su gracia, derramaba su ira sobre el sacrificio. El sacerdote expiaba los pecados del pueblo por medio de la ofrenda del sacrificio. Sin embargo, este sistema nunca podría hacer expiación completa por el pecado. Por tanto, Dios, en un despliegue extraordinario de gracia, envió a su Hijo para ser el único sacrificio definitivo por el pecado. Su sangre preciosa expía eternamente los pecados del pueblo de Dios. Si no fuera por su sacrificio, todos viviríamos aún en pecado y sin esperanza. Por tanto, negar la necesidad de un sacrificio equivale a negar el evangelio.

Dios, el maltratador infantil cósmico

Otros niegan la necesidad de la muerte de Cristo porque afirman que eso promovería un acto de maltrato infantil divino por parte de Dios Padre. Estos detractores dicen: “¿Quién puede amar a un Dios que mata a su propio Hijo?”. Les estremece la idea de un Padre que abandona a su Hijo en la cruz de un delincuente. Por tanto, cualquiera que esté de acuerdo con el

concepto bíblico del sacrificio de Cristo promueve a un Dios perverso que abandonó a su Hijo para que padeciera una atroz persecución y luego soportara en pleno la ira de Dios contra el pecado.

No obstante, esta posición aísla la narrativa de la crucifixión del conjunto de la revelación bíblica. Primero, la Biblia describe a menudo el amor que existe entre el Hijo y el Padre. En el bautismo de Jesús, el Padre expresa el profundo amor y la complacencia que tiene por Cristo (Mateo 3:17). Pablo declaró la gloria del Padre que le fue conferida a Cristo *por cuenta de* su obediencia y sacrificio (Filipenses 2:9-11). El Padre *exalta* al Hijo por encima de toda la creación. Por medio del sacrificio de Jesús, el Padre le dio un nombre que es sobre todo nombre y ante el cual se postrará toda la creación.

Segundo, Jesús dejó claro que Él colgó en la cruz no por abandono, sino por su propia voluntad y deseo. Jesús dijo: “Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas” (Juan 10:11). El autor de Hebreos nos dice que por el gozo puesto delante de Él, Jesús sufrió la cruz (12:2). La Biblia no habla de un Padre que abandona a su Hijo en la cruz. Antes bien, revela a un Hijo que voluntariamente entrega su vida por su pueblo. *Él* dio su vida por sus ovejas. *Él* enfrentó la cruz, soportó su vergüenza, obedeció la voluntad de su Padre, y obtuvo la salvación para todo el pueblo de Dios.

La cruz, ¿una simple lección moral?

En nuestra cultura actual, la cruz se usa para decorar nuestras casas y adornar nuestro cuello como una joya. Algunos usan la cruz como símbolo de una enseñanza moral y ética, un llamado a servir a nuestro prójimo. Estas manifestaciones despojan la cruz de su verdadero significado: el lugar donde Dios derramó su ira sobre su Hijo para perdonar nuestro pecado. Las Escrituras muestran específicamente que cuando Dios creó el mundo, dispuso que su Hijo redimiera a los pecadores mediante el derramamiento de su sangre (Efesios 1:3-10).

Por desdicha, el sentimentalismo ha plagado al cristianismo. Este evangelio sentimentalista predica que la cruz tan solo nos transforma, por el ejemplo, en criaturas más amorosas. Este falso evangelio sostiene que el amor de Jesús en la cruz es una ética que todos estamos llamados a imitar, antes que un acontecimiento necesario para la salvación. Por ende, según ellos, la cruz no logró la expiación. Antes bien, la cruz solo ejemplificó un tipo de amor sufrido que nos lleva a cambiar nuestra disposición hacia Dios y hacia los demás. Esta teología tiene como presupuesto la ausencia de un problema de pecado en la creación. En esta teología heterodoxa, la cruz funciona como un intento divino por alcanzar buenas relaciones públicas donde Él demuestra amor como un mecanismo de persuasión para que la humanidad confíe en Él.

Sin embargo, la cruz no resolvió un problema de relaciones públicas divino. Satisfizo la ira encendida de Dios contra nuestro pecado. La cruz, sin duda, demostró el amor de Dios. No obstante, su amor brilla infinitamente más cuando lo vemos a la luz del paradigma del pecado. Como hemos visto, Romanos 5:8 dice: “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”. Aquellos que convierten la cruz en una simple lección de ética y un asunto de relaciones públicas del amor de Dios despojan la cruz de todo su efecto amoroso. La cruz hizo resonar el amor de Dios en toda su expresión cuando Dios sacrificó a su propio Hijo en nuestro lugar. Dios derramó su ira sobre su Hijo, ejecutando así justicia por nuestra rebelión contra Él. Al mismo tiempo, Él puso sobre los pecadores la justicia perfecta de Jesucristo. Él imputó a Cristo nuestro pecado, y a nosotros nos impartió su justicia por medio de la fe. Esto es verdadero amor. Esto es amor extraordinario. Esto es amor glorioso que nos llama a adorar.

Una última palabra contra los detractores

La Biblia presenta a Cristo como el sacrificio santo que hace expiación

por los pecados de los que creen. Por consiguiente, el evangelio proclama mucho más que un mensaje sentimental atractivo. Contiene el poder mismo de Dios para la salvación al llamar a los pecadores a poner su fe y su confianza en la obra sacrificial de Jesucristo.

A pesar de que algunos la nieguen, la obra expiatoria en la cruz revela la plenitud de la naturaleza y del carácter de Dios. En la crucifixión, la humanidad observa la vehemencia con que Dios aborrece el pecado. En la muerte de Cristo, el pueblo de Dios observa las trágicas consecuencias de nuestra rebelión. En la cruz, el pueblo de Dios también aprende acerca de la profundidad del amor de Dios. Él no deja a su pueblo en su pecado, condenado a una eternidad en el infierno. Él acude a rescatarlos de las garras de Satanás mediante la entrega de su propio Hijo. En la cruz, Dios obró conforme a su naturaleza y carácter perfectos. Así pues, Dios reveló en el sacrificio de Jesús la asombrosa intersección de su amor y de su justicia divinos.

Las Escrituras también atestiguan de la necesidad de la cruz. En Romanos 3:21 y los versículos siguientes, Pablo señaló que la cruz es el lugar donde Dios Padre entregó a su Hijo por amor a la humanidad, como “propiciación” por el pecado. Se trató de una demostración de la justicia misma de Dios. Esta lógica revela cómo Dios, en su santidad, debe exigir un sacrificio por el pecado, y a la vez hacerlo Él mismo por amor. John Stott comentó acerca de la relación entre el amor y la justicia de Dios:

Nunca debemos considerar que esta dualidad en Dios sea irreconciliable. Porque Dios no está reñido consigo mismo, por mucho que nos parezca a nosotros que lo esté. Él es “el Dios de paz”, de la tranquilidad interior y no del tumulto. Ciertamente es que nos resulta difícil aceptar en forma simultánea la imagen de Dios como el Juez que tiene que castigar a los obradores del mal y la del Dios que ama y que tiene encontrar la forma de perdonarlos. Sin embargo, Dios es ambas cosas, y ambas cosas a la vez.^[1]

Pablo también sabía claramente que el hombre no puede pagar el castigo

por el pecado. Solo el Dios que no tiene pecado podía pagar el precio y el castigo por el pecado. Solo la obediencia perfecta del Cordero sin mancha podía proveer la sangre que cancela la deuda eterna por el pecado. Como Pablo comentó en Filipenses 2, Jesús se humilló a sí mismo “hasta la muerte, y muerte de cruz”, a fin de que todos aquellos que acudan a Cristo puedan experimentar la justificación. En el sacrificio de Jesús, Dios Padre reveló tanto su justicia al requerir un sacrificio por el pecado, como su papel de justificador al proveer el sacrificio en Cristo.

Negar la expiación sustitutiva es negar la naturaleza de Dios y la única esperanza de salvación para la humanidad. Además, negar la obra expiatoria de Cristo anula la misión de Cristo sobre la tierra. En 1909, el teólogo escocés P. T. Forsyth escribió un libro titulado *The Cruciality of the Cross*. En su obra subrayó la relación integral entre Cristo y la cruz:

Cristo es para nosotros exactamente lo mismo que es para nosotros su cruz. Todo lo que Cristo era en el cielo o en la tierra fue puesto en lo que Él hizo allí... Cristo, repito, es para nosotros exactamente lo mismo que es para nosotros su cruz. Es imposible entender a Cristo a menos que se entienda su cruz.^[2]

Las palabras de Forsyth son un llamado a todos los creyentes a esa cruz. Él nos exhortó a nunca abandonar su poder y su revelación. Sin la cruz, la salvación nunca tuvo lugar. Sin la cruz, la humanidad sigue cegada por el pecado. Sin la cruz, nadie puede conocer a Dios.

La cruz, el símbolo de nuestra fe

La necesidad de la cruz para la vida cristiana se extiende a todas las eras de la iglesia. En efecto, los padres y los líderes de la iglesia primitiva podrían haber adoptado muchos signos y símbolos diferentes como emblemas de la fe cristiana. Sin embargo, nada pudo eclipsar el significado y la gloria de la cruz. La cruz de Jesús representa un símbolo poderoso para la fe en virtud de su papel central, escandaloso y glorioso.

Centralidad de la cruz

Pablo escribió: “Porque *primeramente* os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras” (1 Corintios 15:3-4). Pablo recordó a los corintios la centralidad de la cruz. Él proclamó la importancia primordial y capital de la muerte de Cristo para el perdón de los pecados. Pablo no concibe su ministerio ni el evangelio sin la cruz de Jesucristo. Por tanto, los apóstoles erigieron la cruz como un pilar central de la verdad desde los inicios de la iglesia.

El escándalo de la cruz

Los enemigos del cristianismo utilizaron la cruz como un medio de presión y de persecución contra los primeros cristianos. Buscaron humillar a los cristianos con el propósito de que su entorno cultural los rechazara. Sin embargo, los cristianos no se *avergonzaron* de la cruz. En lugar de eso, la *abrazaron*. Pablo escribió: “pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura” (1 Corintios 1:23). En tiempos del Imperio romano, la cruz representaba el pináculo del sufrimiento y la indefensión. La cruz era el castigo para los delincuentes o los opositores del gobierno. Predicar la cruz, por ende, suponía una solemne insensatez. Sin embargo, la cruz se erige como el altar de un sacrificio eterno por el pecado.

La muerte de Jesús en la cruz venció la muerte, rompió las cadenas de Satanás y dejó libres a los cautivos. La cruz de Cristo se alza como un monolito de salvación donde el amor y la justicia de Dios se encuentran juntos en un despliegue de poder hermoso y escandaloso. La iglesia se aferra a la cruz precisamente por su belleza escandalosa. Allí, en una cruz romana, Dios obtuvo la salvación en Cristo. Aunque para el mundo resulta ser tropezadero y locura, el poder de Dios para la salvación fluye del torrente carmesí de la sangre de Cristo en la cruz del Calvario.

La gloria de la cruz

Pablo escribió: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gálatas 6:14). Pablo confesó que su vida nada era aparte de la cruz de Jesucristo. Pablo se glorió en el hecho de perderlo todo por ganar a Cristo (Filipenses 3:7-8). La cruz era todo para Pablo. Sin la cruz él no tenía vida, ni ministerio, ni esperanza, ni gozo.

Por lo tanto, la cruz encarna la verdadera gloria de todo creyente en Jesucristo. La cruz se erige no como un instrumento de ejecución, sino como un monumento de gloria. La cruz despoja al mundo de su belleza pasajera y ofrece una vida eterna con Dios mismo. Gracias a la cruz termina la condenación (Romanos 8:1). Gracias a la cruz podemos ser partícipes de la redención (Efesios 1:7). Gracias a la cruz, Dios prodiga a su pueblo toda bendición del reino celestial (Efesios 1:4, 7-8). Jesús, en la cruz, contiene una gloria majestuosa e indescriptible que empequeñece cualquier ambición y esperanza terrenales. La cruz es nuestra gloria.

Crucificado, muerto y sepultado: Juan 19 y la crucifixión de Jesús

Con esta perspectiva en mente, las palabras del credo “crucificado, muerto y sepultado” sirven como pilares esenciales de la verdad cristiana y señalan la centralidad de la cruz como el símbolo de la fe cristiana. En Juan 19, el relato histórico de la crucifixión, muerte y sepultura de Jesús es el protagonista. Este relato incluye muchos detalles que constituyen pruebas de la validez de la muerte y de la sepultura de Jesús como hechos. Más importante aún, el relato de Juan aproxima a los lectores a un encuentro cara a cara con la muerte del Hijo de Dios. Esta fascinante narrativa revela los propósitos de la venida y del ministerio de Jesús. Él vino a morir por los

pecados del mundo. Juan 19 revela la historia sin precedentes del escandaloso y glorioso sacrificio de Jesucristo que cambió la historia.

El rechazo de Jesús

La historia no empieza con Jesús, de repente, colgado en una cruz. Algo desolador ocurrió para que este Salvador y Mesías sin pecado terminara en la cruz de un criminal. Juan escribió:

Era la preparación de la pascua, y como la hora sexta. Entonces dijo a los judíos: ¡He aquí vuestro Rey! Pero ellos gritaron: ¡Fuera, fuera, crucifícale! Pilato les dijo: ¿A vuestro Rey he de crucificar? Respondieron los principales sacerdotes: No tenemos más rey que César (Juan 19:14-15).

En esta horrenda escena, el pueblo de Dios rechazó al Hijo sin mancha. Los líderes religiosos habían anhelado el día de la venida del Mesías. Sus Escrituras añoraban la venida del Ungido de Dios. Y Él, en efecto, había venido. Jesús anduvo con ellos, sanó a sus enfermos, resucitó muertos, echó fuera demonios y enseñó con autoridad. El Mesías había venido, y ellos exclamaron: “¡Crucifícale!”.

Pilato, el gobernador romano, intenta librar a Jesús de la cruz. Considera que las acusaciones contra Jesús son infundadas e insuficientes. En su última petición le pregunta a la multitud: “¿A vuestro Rey he de crucificar?”. La respuesta de los líderes revela cuán entenebrecidos estaban sus corazones y cuán hondo era su pecado. Ellos exclamaron: “No tenemos más rey que César”. En ese mismo instante, el pueblo de Dios lo rechazó como su rey y defendió su lealtad a un gobernante mundano. Sin embargo, Jesús guardó silencio. Como un cordero que llevan al matadero, Él soportó en silencio el rechazo de un pueblo al que Él mismo había creado.

Jesús crucificado

Ahora el relato pasa al penoso recorrido hacia el Calvario hasta el Gólgota, el Lugar de la Calavera. “Y allí le crucificaron, y con él a otros

dos, uno a cada lado, y Jesús en medio” (Juan 19:18). El Hijo de gloria, el mismísimo Dios, ahora colgado en una cruz romana. Dejaron su cuerpo expuesto a los elementos. Los soldados habían azotado su cuerpo y habían despedazado su carne. Habían causado suficiente daño a su cuerpo para someterlo al dolor más agonizante, al límite soportable antes de dejarlo inconsciente o acelerar su muerte. Entonces tomaron clavos y con ellos perforaron sus muñecas y sus tobillos. Los golpes del martillo atravesaron su carne y, dolorosamente, lo sostuvieron allí para que otros vinieran a burlarse de Él, a expresar su escarnio. Con todo, allí permaneció por su propia aquiescencia, por su propia voluntad, por su propia iniciativa. Él había venido a salvar a los pecadores, aun a quienes lo habían puesto en esa cruz. En efecto, tu pecado, mi pecado, y el pecado de todo el pueblo de Dios, pusieron a Jesús en esa cruz.

Tetelestai, la muerte de Jesús

La escena no podría haber sido más desoladora. Todos los discípulos habían depositado su esperanza y sus vidas en Jesús. Cientos y miles en Jerusalén siguieron a Jesús y creyeron que era el Mesías. Ahora su esperanza radiante colgaba de una cruz y la muerte estaba cercana. Pero Jesús sabía bien cómo iba a terminar esto. Él sabía que, aunque colgaba de una cruz, seguía reinando mediante el cumplimiento de cada promesa de las Escrituras y del anhelo de toda la historia de la redención.

Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliera: Tengo sed. Y estaba allí una vasija llena de vinagre; entonces ellos empaparon en vinagre una esponja, y poniéndola en un hisopo, se la acercaron a la boca. Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu (Juan 19:28-30).

Tetelestai, “consumado es”. Juan tomó nota de estas últimas palabras de Jesús. Su pronunciamiento final sacudió los cimientos de la tierra, rasgó el velo del templo y resonó como un trueno en el cielo. Él había obedecido

perfectamente la voluntad de su Padre. Enfrentó la cruz y estuvo dispuesto a ofrecer su vida. Allí, en esa cruz, soportó el peso de la ira de Dios por el pecado de su pueblo. Jesús, el Hijo de Dios, había muerto. Sin embargo, ninguna muerte en la historia del cosmos había logrado tanto. Allí, en esa cruz, cuando Jesús dijo “*tetelestai*”, declaró que la salvación había llegado al fin, completa y para siempre.

La sepultura de Jesús

El credo afirma la crucifixión de Jesús, la muerte y la sepultura. No obstante, la sepultura todavía ocupa un lugar secundario en el pensamiento evangélico contemporáneo. Los cristianos adoran a un Dios vivo y resucitado, no a un Salvador muerto. Sin embargo, Juan describió la sepultura de Jesús no por casualidad ni como la conclusión de la historia. La sepultura de Jesús no sirve como un marcador práctico entre la crucifixión y la resurrección. Antes bien, la sepultura de Jesús comunica algo que reviste una importancia vital en todo lo que tuvo lugar en su crucifixión y muerte.

Después de todo esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, pero secretamente por miedo de los judíos, rogó a Pilato que le permitiese llevarse el cuerpo de Jesús; y Pilato se lo concedió. Entonces vino, y se llevó el cuerpo de Jesús.

También Nicodemo, el que antes había visitado a Jesús de noche, vino trayendo un compuesto de mirra y de áloes, como cien libras. Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas, según es costumbre sepultar entre los judíos. Y en el lugar donde había sido crucificado, había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aún no había sido puesto ninguno. Allí, pues, por causa de la preparación de la pascua de los judíos, y porque aquel sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús (Juan 19:38-42).

En este pasaje sucede algo extraordinario. En ese momento reaparece Nicodemo, quien había buscado encontrarse con Jesús en Juan capítulo 3. Viene a sepultar a Jesús, no como un simple hombre, sino como rey. La mirra y el áloe que trajo para la sepultura de Jesús eran empleados en las

ceremonias fúnebres de reyes y gobernantes. Nicodemo se propuso usarlos para Jesús, el *Rey* de reyes y *Señor* de señores.

La tumba de Cristo también debería asombrar a los cristianos. El relato de la sepultura de Cristo presenta ilustraciones gráficas de la envergadura de la obra expiatoria de Cristo. En la tumba de Jesús yace muerto el Hijo de Dios. Sin embargo, la tumba no debería ser para Jesucristo, sino para su pueblo. La tumba representa el alcance del amor de Dios y el precio de nuestro pecado. La sepultura del Hijo de Dios es una demostración de la unidad paradójica del horror absoluto del pecado humano y del ilustre amor infinito, cósmico y extraordinario de Dios por nosotros en Cristo.

Conclusión

Las palabras *crucificado*, *muerto* y *sepultado* revelan el fundamento de la esperanza cristiana. La imagen de un Rey crucificado marca el símbolo y el mensaje del evangelio cristiano. Los creyentes que desean ver el evangelio de Jesús arraigarse en sus hogares, en su nación y alrededor del mundo, deben predicar la *cruz*. El Antiguo Testamento previó la crucifixión y profetizó su venida. Jesús entendió el propósito de su tiempo en la tierra. Cada uno de sus movimientos los llevó a cabo con su mente puesta en la cruz.

Pablo sabía que le era menester predicar a Cristo crucificado y aferrarse a ese poderoso mensaje del evangelio. La iglesia reconoció de inmediato la cruz como el símbolo más acertado de la fe. Los padres de la iglesia consagran la cruz en el Credo de los Apóstoles en aras de la salud y la vitalidad de la iglesia. Los cristianos de hoy deben hacer revivir la gloria de su afirmación. Las palabras “crucificado, muerto y sepultado” contienen riquezas infinitas del amor espectacular de Dios. En efecto, nadie puede agotar la riqueza de estas palabras. El pueblo de Dios pasará la eternidad maravillándose de su gracia en la cruz, y apenas entonces habrá arañado

ligeramente la superficie de ella. Hermanos y hermanas, conozcamos y gloriémonos en el amor inagotable de Dios en Cristo, por ti y por mí, que fue consagrado en las palabras “crucificado, muerto y sepultado”.

- [1]. John Stott, *The Cross of Christ*, ed. aniv. (Downers Grove, IL: IVP Books, 2006), 131. Publicado en español por Certeza con el título *La cruz de Cristo*.
- [2]. Peter Taylor Forsyth, *The Cruciality of the Cross* (Londres: Hodder & Stoughton, 1909), 44–45.

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

CAPÍTULO 7

DESCENDIÓ AL INFIERNO

Después que Jesús murió en la cruz y que su cuerpo fue sepultado en la tumba, ¿dónde estuvo? Esta breve declaración del credo nos recuerda que Jesús, después de haber muerto, estuvo en lo que tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento describen como la dimensión donde habitan los muertos. La palabra hebrea para referirse en el Antiguo Testamento a ese lugar es *sheol*, y la palabra griega del Nuevo Testamento es *hades*. En ambos casos, se refiere a la esfera temporal de los muertos que esperan el juicio final.

Esta frase del credo corresponde a dicho lugar, como bien puede verse, pero en este caso tenemos que ser especialmente cuidadosos de no ir más allá de lo que la Biblia revela acerca del descenso de Jesús al *hades*. De hecho, la brevedad de este capítulo es una afirmación de que hemos de creer todo lo que la Biblia enseña y resistir la tentación de insistir más allá de eso.

Durante la era medieval, algunos teólogos cedieron a la tentación de la especulación teológica y traspasaron la revelación de las Escrituras hablando acerca del infierno. Además, la traducción de *hades* al latín, y más adelante a otras lenguas modernas, puede resultar confuso, porque la palabra *hades* se traduce con frecuencia “infierno”. Más que equivocado,

este hecho resulta inadecuado. El griego del Nuevo Testamento también incluye la palabra *Gehenna*, que es un lugar de tormento. La Biblia no nos dice que Jesús haya ido al *Gehenna*; lo que sí nos dice con toda certeza es que Jesús murió. Esta frase del credo resalta ese importante hecho.

Algunos cristianos han indagado acerca de 1 Pedro 3:19, que habla de Cristo en el Espíritu proclamando victoria a los santos del Antiguo Testamento como Noé. Esto concuerda perfectamente con otros pasajes bíblicos como Lucas 16:19-31, que relata la historia del hombre rico que era atormentado en el *hades* mientras Lázaro, también en el *hades*, era consolado en el seno de Abraham, un lugar de gran honor. *Hades*, la dimensión de los muertos, incluye tanto un lugar de tormento como un lugar de gran bendición, y esto concuerda con el conjunto de las Sagradas Escrituras.

Hebreos 12:2 se refiere a Jesucristo como “el autor y consumidor de la fe”. Hebreos 11 nos dice que los santos del Antiguo Testamento, incluso quienes reciben honra a lo largo del capítulo, “aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros” (vv. 39-40). Ahora, con todos los creyentes en Cristo, ellos serán perfeccionados con nosotros, no aparte de nosotros. El mismo Noé que menciona 1 Pedro 3 es, por supuesto, el mismo Noé elogiado en Hebreos 11:7. Cuando Pedro habló acerca de “los días de Noé”, sabía exactamente a qué se refería. Este mismo Noé, junto con otros héroes del Antiguo Testamento, son elogiados como ejemplos de la fe. Asimismo, consultamos el Antiguo Testamento para entender el contexto de esta frase del credo.

El salmista escribió:

Porque no dejarás mi alma en el Seol,
Ni permitirás que tu santo vea corrupción (Salmo 16:10).

Pedro, predicando en el día de Pentecostés, afirmó que David vio a Cristo:

Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy. Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono, viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción (Hechos 2:29-31).

Pedro dijo que David no se refería a él mismo, sino que hablaba de Cristo. Aunque Cristo en verdad murió y su cuerpo fue sepultado en una tumba, y su espíritu entró en la dimensión de los muertos (*hades*), no fue abandonado ni su cuerpo experimentó corrupción. ¿Por qué? Porque Dios lo levantó de los muertos. Y de esa manera, cuando confesamos que Cristo descendió al infierno, nos proponemos celebrar que el *hades* no pudo retenerlo.

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

CAPÍTULO 8

AL TERCER DÍA RESUCITÓ DE ENTRE LOS MUERTOS

¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? (Lucas 24:5). Esta es una de las preguntas más sorprendentes de toda la Biblia, la cual fue formulada por dos ángeles con “vestiduras resplandecientes” (Lucas 24:4). Nadie iría a una tumba a buscar a alguien que está vivo, lo cual es exactamente el punto que querían señalar los ángeles: “No está aquí, sino que ha resucitado” (Lucas 24:6).

Los ángeles recordaron, además, a las mujeres que habían ido a la tumba a preparar el cuerpo, que Jesús, estando en Galilea, les había dicho: “Es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercer día” (Lucas 24:7).

¡Jesucristo resucitó al tercer día! Estas son las mejores noticias de la historia de la humanidad. La resurrección de Jesucristo de los muertos no es solo una verdad histórica, ni el milagro supremo, sino la promesa misma de salvación para todos lo que creen y se arrepienten de sus pecados. La historia entera gira alrededor de la encarnación del Hijo de Dios, y la obra redentora de Cristo descansa en el hecho de que, al tercer día, Él resucitó de los muertos.

El testimonio de las Escrituras

Los Evangelios afirman y narran sin reservas la resurrección corporal de Jesús. Cada uno de los autores de los Evangelios, Mateo, Marcos, Lucas y Juan, escribieron acerca de la tumba vacía, de los testigos y de las apariciones del Cristo resucitado. El libro de Hechos presenta la cruz y la resurrección como pilares de la predicación apostólica en la iglesia primitiva. Además, las epístolas amplían las implicaciones teológicas de la resurrección. La esencia completa de la teología del Nuevo Testamento encuentra su expresión suprema en la resurrección de Jesucristo.

Cada uno de los cuatro Evangelios bíblicos presenta un testimonio coherente de la resurrección corporal de Cristo. Mientras que los primeros testigos de la tumba vacía pudieron haber expresado confusión respecto al hecho inesperado, cada Evangelio desde su óptica registra con claridad la historicidad de la resurrección en Mateo 28, Marcos 16, Lucas 24 y Juan 20. Después que los primeros dos testigos, que fueron dos mujeres, regresaron de la tumba vacía, sus palabras acerca de la resurrección parecieron un disparate a los oídos de los discípulos. Pedro examinó entonces por sí mismo la tumba vacía. Después de examinar la tumba vacía, se fue, maravillándose de lo que había sucedido (Lucas 24:12). Jesús mismo aparece en el relato más adelante en Lucas, cuando encuentra a dos hombres y dice:

¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían (Lucas 24:25-27).

Aunque la reprensión de Jesús parece enérgica, las palabras defienden su resurrección y demuestran que fue el cumplimiento de la profecía esperada. Sus discípulos debían esperar su resurrección, porque Jesús les había hablado de ello en muchas ocasiones (Mateo 17:22; 26:61; Marcos 8:31;

14:58; Lucas 9:22; Juan 2:19). Los Evangelios testifican sistemáticamente acerca de la resurrección corporal e histórica de Jesús.

Por otro lado, Cristo y su resurrección impulsaban y validaban el mensaje de los apóstoles y de la iglesia primitiva. Al comienzo del libro de los Hechos, Pedro proclamó con denuesto su certeza de que Cristo era el Salvador divino precisamente porque Dios lo había resucitado de los muertos: “al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuera retenido por ella” (Hechos 2:24). Para Pedro y los otros discípulos, la resurrección de Jesús confirmaba su posición como el heredero prometido que se sentaría en el trono de David (Hechos 2:29-36). El sermón de Pedro, al principio de Hechos, constituye un modelo de la doble proclamación apostólica: la cruz y la resurrección. En efecto, los pecadores son llamados a la fe y al arrepentimiento precisamente por causa de la cruz y de la resurrección. Pedro predicó a los gentiles y estableció esta relación entre la cruz, la resurrección y el arrepentimiento:

A quien mataron colgándole en un madero. A éste levantó Dios al tercer día, e hizo que se manifestase; no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había ordenado de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de los muertos. Y nos mandó que predicásemos al pueblo, y testificásemos que él [Jesús] es el que Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos. De éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre (Hechos 10:39-43).

Pedro entendió que la resurrección garantiza la esperanza de salvación. Asimismo, al final de Hechos, Pablo confirmó este concepto al plantear una clara correlación entre la resurrección de Jesús y el perdón de los pecados: “Mas aquel a quien Dios levantó, no vio corrupción. Sabed, pues, esto, varones hermanos: que por medio de él se os anuncia perdón de pecados” (Hechos 13:37-38). La resurrección de Cristo no fue solo una doctrina esencial para la iglesia primitiva, sino que constituye la esencia de la proclamación apostólica y del testimonio de la iglesia hoy.

Pablo y los demás escritores del Nuevo Testamento enseñaron ampliamente acerca de la resurrección. Pablo no escatimó en palabras cuando consideró la necesidad teológica de la resurrección: “si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados” (1 Corintios 15:17). Sin embargo, la muerte y la resurrección de Cristo juntas salvan a todos aquellos que están sujetos a la muerte y la corrupción (véase Hebreos 2:14-15). En otras palabras, gracias a la resurrección de Cristo todos aquellos que estaban muertos en pecados tienen esperanza de una vida nueva: “Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados” (1 Corintios 15:21-22). Por consiguiente, Pablo notó que Dios levantó a Jesús “para nuestra justificación” (Romanos 4:25; véase Romanos 10:9-10). Jesús murió para pagar por el pecado humano y fue resucitado para llevar a cabo la justificación; de hecho, puesto que Jesús no se quedó muerto, los cristianos no siguen en sus pecados.

Pedro también subrayó la resurrección de Cristo en el contexto de la salvación: “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos” (1 Pedro 1:3). Los cristianos, en su regeneración, experimentan el mismo poder de resurrección que levantó a Cristo de entre los muertos. Nosotros podemos nacer de nuevo porque Jesucristo se levantó del sepulcro.

Después de examinar algunos versículos del Nuevo Testamento que mencionan la resurrección, considera algunos temas principales que delinean los siguientes pasajes:

- Primero, la cruz y la resurrección representan una acción salvadora unificada (Romanos 4:24-25).
- Segundo, como una promesa del futuro, la iglesia predica la

resurrección *corporal* de Cristo de entre los muertos (Lucas 24:24).

- Tercero, la resurrección en cuerpo de Cristo es el cumplimiento de las promesas de Dios en el Antiguo Testamento (Lucas 24:25-27).
- Cuarto, la resurrección de Cristo de los muertos provee el fundamento de nuestra salvación, puesto que Él vive para siempre para interceder por nosotros (Hebreos 7:25).
- Quinto, la resurrección de Cristo es un incentivo para el arrepentimiento (Hechos 10:39-43; 13:37-38).
- Sexto, los cristianos experimentan el mismo poder de resurrección en la santificación (1 Pedro 1:3).
- Séptimo, la resurrección identifica a Jesucristo como el verdadero Hijo de Dios (Hechos 17:30-31). La resurrección de Cristo no es una simple doctrina entre muchas otras, sino que reviste la máxima importancia doctrinal.

Recordemos cómo el apóstol Pablo empezó el gran capítulo acerca de la resurrección:

Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano (1 Corintios 15:1-2).

Este es el evangelio que salva, dijo Pablo con denuedo, a menos que hayan creído en vano. ¿Qué quiere decir creer en vano? Pablo explicó aquí que si Cristo no hubiera resucitado en cuerpo, nosotros seguimos muertos en nuestros pecados. “Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados” (1 Corintios 15:17).

Pablo prosiguió para dejar el asunto claro: “Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres” (1 Corintios 15:19). Esta es la razón por la cual Pablo pone la

cruz y la resurrección en el centro del evangelio, y pone de relieve las prioridades teológicas:

Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras (1 Corintios 15:3-4).

Observa claramente el lenguaje que Pablo usó en este pasaje: *primeramente, conforme a las Escrituras*. El apóstol llama nuestra atención y nos lleva a enfrentar la realidad del evangelio y la centralidad de la cruz y de la tumba vacía. Aquí vemos igualmente que las palabras del Credo de los Apóstoles son extraídas directamente de la Biblia.

Importancia teológica

Para ilustrar un poco más la centralidad teológica de la resurrección, consideremos las tres dimensiones de la importancia teológica de la resurrección. Primero, gracias a la resurrección los cristianos encuentran *justificación*. El Padre justifica o ratifica al Hijo al aceptar el sacrificio del Hijo a favor de los cristianos, y el Padre demuestra esta reivindicación por medio de la resurrección. Por tanto, la resurrección constituye una prueba de que la expiación que hizo Jesús fue aceptada por el Padre (Romanos 4:24-25; Filipenses 2:8-9).

Segundo, la Biblia describe la regeneración como el resultado del poder de la resurrección. Pablo oró para que los efesios conocieran “la supereminente grandeza de su poder para con nosotros”, y escribió que este poder fue revelado cuando “operó en Cristo, resucitándole de los muertos” (Efesios 1:19-20). Asimismo, en virtud de su unión con Cristo, el poder de la resurrección transforma la vida del cristiano en una mayor semejanza de Cristo (Romanos 6:3-5, 8; 1 Corintios 15:20-23; Efesios 1:18-20). Calvino

caracterizó la resurrección en términos prácticos tanto de justificación como de regeneración:

Con su muerte se quitó de en medio el pecado, y por su resurrección quedó restaurada y restituida la justicia. Porque, ¿cómo podría Él, muriendo, librarnos de la muerte, si hubiera sido vencido por ella? ¿Cómo alcanzamos la victoria, si hubiera caído en el combate? Por eso distribuimos la sustancia de nuestra salvación entre la muerte y la resurrección de Jesucristo, y afirmamos que por su muerte el pecado quedó destruido y la muerte muerta; y que por su resurrección se estableció la justicia, y la vida renació. Y de tal manera que, gracias a la resurrección, su muerte tiene eficacia y virtud.[1]

Efectivamente, el Nuevo Testamento, la fuente de la teología de Calvino, aplica sistemáticamente la terminología de la resurrección a la regeneración del cristiano. Pedro, al igual que Pablo, asociaron el lenguaje de la regeneración con la resurrección de Cristo. Los cristianos fueron hechos para “renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos”. La resurrección de Cristo provee la fuente de nueva vida espiritual, una nueva vida que participa de la vida resucitada de Cristo (1 Pedro 1:3)

Tercero, la resurrección de Cristo presagia una gran glorificación escatológica del pueblo de Dios. De hecho, la resurrección de Jesús representa en sí misma un suceso escatológico y significa el comienzo de la resurrección escatológica para todos los cristianos:

La glorificación es el paso final en la aplicación de la redención. Tendrá lugar cuando Cristo vuelva y resucite los cuerpos de todos los creyentes de todos los tiempos que han muerto, y los vuelva a unir con sus almas, y cambie los cuerpos de todos los creyentes que están vivos, por ello dándoles a todos los creyentes al mismo tiempo cuerpos perfectos de resurrección como el suyo propio.[2]

Pablo indicó que la resurrección de Cristo simboliza el “primogénito de entre los muertos” (Colosenses 1:18). En consecuencia, la resurrección de Cristo prefigura la resurrección colectiva de su pueblo. Asimismo, la

resurrección de Cristo constituye las “primicias” de los que durmieron (1 Corintios 15:20, 23), y el término “primicias” (Romanos 8:23; 11:16; 16:5) asegura que vendrán más. Asimismo, las expresiones “el postrer Adán” y el “espíritu vivificante” (1 Corintios 15:45) revelan que Jesucristo es el creador de una nueva raza, de un pueblo al margen de la autoridad de Adán. Adán comunicó a la humanidad “la imagen del terrenal”, pero en Jesús los cristianos un día serán portadores de “la imagen del celestial” (1 Corintios 15:49).

La resurrección corporal de Jesucristo provee la garantía de que quienes creen en Él también se levantarán de los muertos. Pablo escribió:

Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción.

He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? Ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley (1 Corintios 15:50-56).

Por eso los cristianos gozan entonando cánticos acerca del Cristo resucitado. Si el cuerpo de Cristo se hubiera quedado en la tumba, el pecado todavía nos tendría atrapados en sus garras.

Conclusión

La resurrección de Cristo sienta las bases teológicas sobre las cuales el cristiano encuentra el perdón de pecados, la liberación de la muerte y la vida eterna. Ahora podemos ver por qué la tumba vacía es la fuente de tal esperanza y la seguridad de nuestra salvación. La resurrección de Cristo de los muertos cumplió todas las promesas de Dios. Ahora, los cristianos

podemos esperar el fin de los tiempos cuando Cristo destruirá la muerte para siempre, una acción que Él empezó con su resurrección de los muertos. El Padre ha anunciado a toda la creación, en el cielo y en la tierra, que Jesucristo es el Señor resucitado.

[1]. Juan Calvino, *Institución de la religión cristiana* ((Rijswijk: FELIRE, 1999), 386.

[2]. Grudem, *Teología sistemática*, 870-871 (véase capítulo 4, n. 4).

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

CAPÍTULO 9

ASCENDIÓ AL CIELO, Y ESTÁ SENTADO A LA DIESTRA DE DIOS PADRE TODOPODEROSO

Si el Credo de los Apóstoles omitiera la ascensión de Jesús a los cielos y su lugar a la diestra del Padre, ¿te darías cuenta de ello? Gran parte de la literatura y de la devoción cristianas gira alrededor de la cruz y de Cristo, y de todo lo que Jesús logró en su sacrificio, así como en su resurrección de los muertos. El énfasis sobre la Segunda Venida también establece las bases de la espiritualidad y la esperanza cristianas. Sin embargo, la ascensión al cielo recibe poco o ningún reconocimiento entre muchos cristianos contemporáneos. Pocos sermones que se predicán desde el púlpito explican las incalculables riquezas de la ascensión de Cristo a los cielos. Cantamos pocos himnos, si acaso, acerca de la ascensión de Cristo. Los cristianos no meditan ni aplican a sus vidas la gloriosa realidad de Jesús entronizado en las alturas con el cosmos a sus pies.

Sin la ascensión de Jesús, el evangelio carece de poder presente. Cuando Jesús se sentó a la diestra de Dios, Él inauguró una nueva era de esperanza fundada en su ministerio consumado. Ciertamente, este glorioso componente del Credo de los Apóstoles afirma verdades esenciales sin las

cuales la iglesia no podría sostenerse en pie. Por consiguiente, el esplendor de la ascensión de Cristo al cielo y su coronación como Rey del universo deben hacer eco en la vida de los cristianos. Estas dos verdades deberían instituirse como guías de espiritualidad cristiana. Pocas palabras son tan consoladoras para el cristiano como “ascendió al cielo y está sentado a la diestra de Dios Padre, Todopoderoso”.

¿Qué dice la Biblia acerca de la ascensión?

Los redactores del credo incluyeron entre sus afirmaciones solo aquello que, a su modo de ver, era esencial en la vida cristiana. Por tanto, la Biblia sirvió como fuente de su trabajo de demarcación de las bases de la teología, la doctrina y la adoración cristianas. La declaración de que Jesús ascendió al cielo y está sentado a la diestra de Dios fue incluida en el credo en virtud de su importancia en el Nuevo Testamento y por la fe de la iglesia.

Los Evangelios de Marcos y Lucas contienen la narración más completa y detallada de la ascensión de Jesús. Lucas también incluyó la ascensión en el libro de Hechos. Aunque Mateo y Juan no presentaron un recuento explícito de la ascensión, como tema permea la narrativa de sus Evangelios. El Evangelio de Mateo se centra en la inauguración del nuevo reino bajo Jesucristo y señala su ascensión a la diestra de Dios. Precisamente, la Gran Comisión expresada en Mateo 28 contiene dulces promesas de Jesús a sus discípulos. Él prometió que su presencia los acompañaría constantemente hasta el fin de los tiempos, y que a Él pertenecía toda autoridad en el cielo y sobre la tierra. Juan 3:13 y todo el capítulo 14 de Juan hablan acerca de la futura ascensión de Jesús y de su reino celestial venidero.

Sin embargo, los Evangelios de Marcos y Lucas, y el libro de Hechos, contienen relatos históricos explícitos de los últimos momentos del tiempo que Jesús pasó en la tierra con sus discípulos.

- “Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo. Ellos, después de haberle adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo; y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios” (Lucas 24:51-53).
- “Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios. Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían” (Marcos 16:19-20).
- “Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra. Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos” (Hechos 1:8-9).

Estos tres pasajes dan testimonio de la intimidad y del drama que se vivió en los últimos momentos que pasó Jesús con sus discípulos. Marcos y Lucas registraron este suceso para provecho de toda la iglesia. Sus relatos preservan la belleza que encierra este momento y la esperanza que los cristianos tienen en el reino eterno de Cristo sobre la creación. La ascensión de Cristo revela tres pilares que son esenciales en la teología cristiana. Primero, la ascensión de Cristo fundamenta su exaltación. Segundo, la ascensión establece la venida del Espíritu Santo. Tercero, la ascensión aseguró una morada eterna para los cristianos en el cielo.

La exaltación de Cristo

Yo tuve un querido amigo que sirvió como administrador del Southern Baptist Theological Seminary (Seminario Teológico Bautista del Sur). El señor Glenn Miles vivía en Crystal Springs, Mississippi. Acostumbraba a preguntarme: “¿Cuándo vas a subir a vernos?”. Yo pensaba que él se equivocaba. Por simple geografía, yo diría que mi posición en Louisville,

Kentucky significa que yo tendría que bajar, no subir. Yo dije: “Señor Miles, yo tendré que *bajar* a verlo”. Él dijo: “No, joven. Desde Crystal Springs, Mississippi todo va hacia abajo”. Entiendo lo que quiso decir. Para el señor Miles, su pequeña porción de tierra en Mississippi era un lugar sagrado, honorable y sin par sobre la tierra.

Dios dispuso la ascensión para exaltar a Cristo por encima de toda la creación. Cada relato de la ascensión muestra que Cristo *subió* al cielo. El lenguaje empleado en el relato de Lucas es que “fue llevado arriba al cielo” (24:51). Este ascenso, más que una progresión espacial desde la tierra hacia el cielo, consagra la gloria, la supremacía y la exaltación de Jesucristo. El Padre recibió a su Hijo de vuelta a su trono de gloria. Pablo reveló la exaltación de Cristo después de su ascensión:

La cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo (Efesios 1:20-23).

El Padre resucitó a Jesús de entre los muertos para sentarlo con Él a su diestra. Este asiento representa el lugar de suprema autoridad sobre la creación entera. La estrella más enorme y el átomo invisible están bajo el gobierno de Jesucristo. Cada trono sobre la tierra, cada rey en autoridad, cada poder en el cosmos se somete al reinado de Aquel que venció el sepulcro.

El hecho de que Cristo esté sentado a la diestra de Dios destaca el reino presente de Cristo y su obra perpetua a favor de los creyentes. El Cristo resucitado y exaltado es Profeta, Sacerdote y Rey. Como nuestro Sumo Sacerdote, Él intercede por los creyentes delante del Padre. Él es eterna y perfectamente nuestro Mediador delante del Padre. Como leemos en Hebreos 7:25: “por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que

por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos”. Si bien nos era indispensable la expiación de Cristo en la cruz en nuestro lugar, también necesitamos su intercesión delante del Padre. Nuestra salvación depende de su fidelidad como nuestro Mediador y como Sumo Sacerdote, sentado a la diestra del Padre.

Pablo también escribió acerca de la exaltación de Cristo en su bello himno cristológico que se encuentra en Filipenses 2:9-11. En este pasaje, Pablo escribió que Dios “exaltó hasta lo sumo” a Jesús. Su exaltación contiene tal poder que aun la proclamación de su nombre lleva a toda la creación a postrarse delante de su gloria y de su trono. Un día, toda lengua, toda tribu y toda nación resonarán unánimes para declarar el señorío de Jesucristo. La ascensión de Cristo, por tanto, funciona como una coronación cósmica mediante la cual el Padre confirma el sacrificio de Cristo y somete al universo a su reinado.

Sin la ascensión, Jesús no estaría reinando *ahora mismo* a la diestra de Dios Padre. Después que Jesús completó su obra y obedeció la voluntad de su Padre, hasta la muerte, las huestes celestiales lo recibieron en casa con esplendor celestial. El Padre exaltó a su Hijo y lo sentó en el trono que está por encima de todos los tronos. Jesús declaró “consumado es” (Juan 19:30), y luego el Padre lo resucitó de los muertos y lo recibió de vuelta. Esta verdad establece la esperanza de cada seguidor de Jesucristo. Sin esta ascensión, exaltación y coronación, Jesús no poseería autoridad para gobernar ni, en definitiva, reconciliar consigo todas las cosas (Colosenses 1:18-20). En pocas palabras, no existiría un evangelio para proclamar.

La venida del Espíritu Santo

Cuando Jesús ascendió al cielo no dejó a sus discípulos solos en el mundo. Antes bien, la ascensión aseguró para ellos, y para todos los cristianos de todas las eras, el poder que conocerían y del cual dependerían. Sin este poder, los cristianos fracasarían en su fe, permanecerían indefensos

contra Satanás, y no tendrían la certeza de su estatus como hijos de Dios. La ascensión de Jesús dio paso a la entrega del Espíritu Santo a la iglesia.

Cuando Jesús habló a sus discípulos acerca de su partida inminente, los consoló con esta asombrosa declaración: “Pero yo os digo la verdad: *Os conviene que yo me vaya*; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré” (Juan 16:7). Jesús comunicó la desventaja que suponía para sus discípulos y para la iglesia el hecho de que Él *no* ascendiera al cielo. Sin esta ascensión, el Espíritu no podía venir; y, de una manera misteriosa y espectacular, la presencia del Espíritu eclipsa la presencia física de Jesucristo.

Jesús señala a sus discípulos la necesidad que tienen de la venida del Espíritu, y lo necesario que es para ellos que Él ascienda. Jesús presentó tres razones por las cuales su ascenso y la sucesiva venida del Espíritu marcan un punto decisivo para sus discípulos y para la iglesia (Juan 16:13-14).

1. “Cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad”. Cuando Jesús ascienda, el Espíritu vendrá y dará testimonio de la verdad. Jesús sabía que sus discípulos iban a enfrentar tiempos turbulentos, persecuciones feroces y obstáculos teológicos que parecerían insuperables. Sin embargo, el Espíritu guiará a la iglesia en la verdad de Cristo y los guardará del peligro del error doctrinal.
2. Él “os hará saber las cosas que habrán de venir”. El Espíritu no solo guiará a los discípulos a toda verdad, sino que revelará la esperanza escatológica de la iglesia. Esta revelación, consagrada en las Escrituras, guiará a la iglesia a lo largo de los siglos. Las glorias futuras de la victoria final de Cristo resplandecen como una luz para cada creyente.
3. “Él “tomará de lo mío, y os lo hará saber”. El Espíritu Santo proclama la palabra de Cristo al pueblo de Cristo. Por tanto, el Espíritu trae la revelación directa de Dios a la iglesia. Lo hace por la salud de la iglesia

y por su supervivencia como peregrinos que están de paso hacia la ciudad celestial. Sin la revelación que provee el Espíritu de las cosas de Cristo, la iglesia no tendría palabra para guiarlos, ni instrucción por la cual vivir, ni verdad sobre la cual basar su esperanza. La iglesia recibió del Espíritu la Palabra inspirada de Dios que guía a los creyentes en cada faceta de su discipulado. Por consiguiente, la ascensión de Cristo aseguró la plenitud de la revelación de Dios a su iglesia, la cual comunicó a través del poder y del ministerio del Espíritu. Esta comunicación vino a la iglesia en forma de la Biblia, la Palabra de Dios inspirada por el Espíritu.

A la luz de lo anterior, la ascensión de Cristo proveyó para la iglesia el don del Espíritu Santo. Jesús reveló a sus discípulos que, sin su ascensión, el Espíritu Santo no vendría para cumplir su papel vital e indispensable para el pueblo de Dios. Los cristianos hoy deben reconocer la conexión fundamental que existe entre la ascensión de Cristo y el ministerio del Espíritu Santo. Sin la primera, la última no se habría vuelto realidad. Sin la última, la iglesia no habría sobrevivido, como tampoco podría sobrevivir la iglesia hasta hoy.

La morada eterna del pueblo de Dios

Por último, la ascensión de Cristo asegura la morada eterna para el pueblo de Dios en el cielo. Jesús consoló a sus discípulos frente a su partida inminente con promesas invaluable (Juan 14:1-4). Dijo a sus discípulos que, cuando Él partiera, iría a preparar un lugar para el pueblo de Dios. En efecto, Jesús dijo: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros” (Juan 14:2). Por lo tanto, Jesús notificó a su iglesia que debía partir no solo para su exaltación, sino también para dar el Espíritu Santo. La ascensión de

Jesús preparó el camino para el lugar de descanso eterno de la familia de la fe.

Jesús no ascendió al cielo para no hacer nada. Él está ocupado preparando un hogar para todos sus seguidores en la tierra. Jesús aseguró el anticipo con su sangre. Todos aquellos que se arrepienten de sus pecados y ponen su fe en Cristo participan de esta rica bendición y se convierten en ciudadanos del reino celestial. Con frecuencia, los cristianos fallan en reconocer las glorias inescrutables de la gracia que Cristo reveló (Juan 14). Él dejó establecida nuestra esperanza futura en el cielo con su ascensión a la diestra del Padre. Su reinado presente sirve como recordatorio para todos los creyentes de que su ciudadanía está en el cielo.

Jesús se centró no en las “moradas” en la casa del Padre; más bien, comunicó la bendita fraternidad y la comunión eterna que existen entre Cristo y su pueblo. Jesús dijo: “vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:3). Así, la ascensión de Jesús aseguró una comunión íntima con Dios mismo en la era venidera. Esta verdad provee un consuelo incomparable para todos aquellos que creen en Jesucristo. Pablo dijo: “Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3:3). La intimidad de este lenguaje debería maravillar a todos los que conocen su pecado y aún así han descubierto la gracia inconmensurable de Dios. Los cristianos de todas partes se glorían en la herencia que Jesucristo mismo prepara para ellos, para nosotros, juntos, como pueblo de Cristo.

Una teología de la ascensión

Hasta ahora hemos explorado lo que la Biblia revela acerca de la ascensión de Cristo y las glorias de su reino celestial. La escasa contemplación de los cristianos de la ascensión de Cristo obedece a deficiencias en la teología de la ascensión y del sinnúmero de doctrinas que están relacionadas con esta

afirmación del Credo de los Apóstoles. De hecho, la doctrina de la ascensión de Cristo funciona como una base vital sobre la cual se levanta todo el evangelio cristiano. Sin esa base, no tenemos seguridad en el presente ni esperanza para el futuro. Específicamente, las doctrinas de la vindicación de Cristo, la realidad del cielo, y nuestra unión con Cristo fluyen poderosamente de la confesión: “ascendió al cielo y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso”.

La vindicación de Jesús

La ascensión de Jesús evidencia el sello de aprobación de Dios para todo lo que Cristo ha hecho. El Padre recibe al Hijo de vuelta con gozo porque Jesús cumplió perfectamente todo lo que el Padre le ordenó. Las palabras de Jesús en su agonía, “consumado es”, expresan a la vez un dolor atroz y una victoria incomparable. Dolor porque el Hijo de Dios colgaba de una cruz, ejecutado por hombres malvados. Los pecados de la humanidad lo mantuvieron allí colgado. Al mismo tiempo, “consumado es” constituye una formidable declaración de victoria, una victoria sobre la muerte y el diablo, y el cumplimiento de todas las promesas de Dios por medio de Cristo. Después de la ascensión de Jesús, el Padre sentó a su Hijo a su diestra y manifestó su aprobación de la vida y del ministerio de Cristo. Específicamente, Dios Padre envió a Jesús a sentar las bases del nuevo reino y a obtener la salvación de los pecadores.

En su primer sermón en la tierra, Jesús proclamó: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Marcos 1:15). Mediante su encarnación, Jesús hizo realidad la venida del reino de Dios. La ascensión de Cristo marca un momento glorioso para este nuevo reino. Mientras estuvo en la tierra, el Cristo encarnado empezó a revertir los efectos de la maldición. Los ciegos recobraron la vista, los cojos pudieron caminar, y los muertos resucitaron. Él también expuso la enseñanza correcta y la revelación completa de las

promesas de Dios en el Antiguo Testamento. Enseñó su verdadero significado y con su instrucción, basada en las Escrituras, liberó al pueblo del peso y de las tradiciones que les habían impuesto los escribas y los fariseos. Cuando Jesús vino, vino a establecer un nuevo reino, un reino que haría todas las cosas nuevas, un reino que se extiende hasta la eternidad.

La ascensión de Cristo lleva el fruto de este nuevo reino. Aunque los primeros frutos han llegado, su plenitud está por cumplirse todavía. La frase *escatología inaugurada* define la era en la cual vivimos actualmente. La iglesia vive en la realidad del “ya pero todavía no” del reino. El ministerio de Jesús y su ascensión al trono del cielo inauguró el nuevo reino eterno del reinado de Cristo, y estableció el nuevo pacto. Sin embargo, este nuevo reino todavía no se ha manifestado plenamente.

A pesar de que vivimos en la era del “ya pero todavía no”, la ascensión de Jesús marca la vindicación de su tiempo aquí en la tierra al sentarlo Dios en el trono celestial. Esta vindicación inauguró una nueva era en la tierra, una era en la cual se ha introducido la nueva creación, se han revertido las maldiciones de la caída, y Cristo está sentado por encima del cosmos después de haber aplastado la cabeza de la serpiente. Su vindicación mediante el reino vendrá en toda su plenitud cuando esta tierra haya pasado y se hagan realidad las palabras de Apocalipsis 21:3-4: Moraremos con Dios y Él morará con nosotros. Dios enjugará toda lágrima. La muerte dejará de existir. Toda pena cesará. El dolor será olvidado. Lo viejo será hecho nuevo.

Asimismo, a través de la vida obediente, la muerte y la resurrección de Jesús, la salvación ha venido a los pecadores. Jesús compendió su propósito de venir a la tierra diciendo: “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lucas 19:10). Desde la eternidad pasada, Dios se propuso redimir a los pecadores por medio de la sangre de Jesucristo (Efesios 1:3-9). Aunque la cruz le causó agonía y sufrimiento a

Jesús, trajo consuelo y gozo eternos a los cristianos, y consiguió nuestra salvación del pecado.

Si Cristo no hubiera ascendido al cielo, los cristianos seguirían muertos en sus pecados. La ascensión de Cristo resonó desde los cielos como la aprobación de Dios del ministerio de Cristo. La iglesia puede descansar confiada en el perdón de pecados porque Dios levantó a Cristo de los muertos y lo sentó en el trono del cielo. El Padre ratificó al Hijo y esta ratificación funciona como un sello sobre el perdón de pecados. Dios envió a Jesús a redimir a su pueblo. La ascensión de Jesús marca el fundamento seguro y sella el logro de esa obra.

Jesucristo vino a la tierra a establecer un reino y a redimir a un pueblo. ¿Qué tienen que ver estos dos propósitos con su ascensión? La ascensión proclama la certidumbre del reino y la suficiencia de la obra sacrificial de Cristo. La ascensión comunica la aprobación del Padre de estos logros de Cristo. Así que el reino que Cristo inauguró nunca cesará de existir. Lo que Dios estableció y decretó nunca fallará (Números 23:19). Asimismo, al recibir a su Hijo, el Padre aceptó el sacrificio de Jesús como pago por el pecado. El Padre declaró que la cruz era suficiente. Esto significa que cuando un pecador “se arrepiente y cree en el evangelio” será llamado hijo de Dios. La ascensión reveló la ratificación de Dios de la obra terrenal de Cristo. Sin la ascensión, los cristianos no podrían vivir en la confianza de un reino que es eterno y una cruz que es suficiente.

La realidad del cielo

En la crónica que hace Marcos de la ascensión, escribió: “Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios” (16:19). Marcos identificó claramente un lugar específico al cual Jesús ascendió. Por consiguiente, la ascensión de Jesús proveyó una base adicional para una ubicación literal del cielo, el lugar donde mora Dios, junto con las huestes celestiales y su pueblo.

Algunas personas y grupos consideran el cielo o la vida después de la muerte como un estado o una actitud mental. Esas personas rechazan el cielo como un lugar físico en sentido literal. Sin embargo, las Escrituras hablan del cielo no en un *lenguaje subjetivo*, sino como una *ubicación objetiva*. El cielo existe como una realidad y un lugar en el cual vivirán un día por la eternidad todos los que creen en Cristo. La Biblia no revela la ubicación exacta del cielo. No obstante, muchos pasajes lo describen con un lenguaje que alude a su dirección: Cristo ascendió al cielo (Marcos 16:19), el Espíritu Santo descendió de él (Mateo 3:16), y Elías subió al cielo en un carro de fuego (2 Reyes 2:11).

El cielo señala el lugar de descanso del pueblo de Dios donde tendrán comunión con Dios eternamente cara a cara. El resplandor de la gloria de Dios llena los lugares celestiales y los creyentes en Cristo disfrutarán de toda su belleza. Esto debería animar a los cristianos que viven en la dimensión del “ya pero todavía no” sobre la tierra. A pesar de que los cristianos padezcamos sufrimiento, persecución y los efectos del pecado, lo hacemos con una esperanza segura. Descansamos en las promesas de la Biblia según las cuales Él mismo “nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo”, nos perfecciona, afirma, fortalece y establece (1 Pedro 5:10). Este lugar objetivo llamado cielo contiene la herencia mediante la cual todos los cristianos experimentarán plenamente la gloria del Señor para siempre.

Nuestra unión con Cristo

Por último, la ascensión de Jesús ahonda nuestra comprensión de nuestra unión con Él. A partir del momento en que depositamos nuestra fe en Él, los cristianos recibimos los beneficios de la salvación por toda la eternidad. El teólogo Wayne Grudem escribió: “Estamos en Cristo, Cristo está en nosotros, somos como Cristo, y estamos con Cristo”.^[1] Así, a los ojos de Dios, hemos sido sepultados y resucitados con Cristo (Romanos 6:5). La

muerte de Jesús se vuelve la nuestra. Su resurrección se vuelve nuestra resurrección. Su herencia se vuelve nuestra herencia.

La ascensión de Cristo al cielo es una demostración de las glorias infinitas de nuestra unión con Él. En particular, Jesús reveló la conexión integral entre su ascensión y nuestro reinado con Él por toda la eternidad. Pablo describió el reinado de los cristianos que es un resultado de nuestra unión con Jesús. Él escribió:

Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús (Efesios 2:4-6).

Dado que Dios puso todas las cosas bajo la autoridad de Jesús, nosotros también llegamos a ser coherederos con Cristo en virtud de nuestra unión con Él (Romanos 8:17). Los cristianos reinan con Cristo y reinarán plenamente después de su Segunda Venida. En el siglo actual, los cristianos gobiernan con Cristo a pesar de que no están físicamente con el Señor en el cielo. Dios ha recibido a su Hijo y le ha asignado un trono de autoridad y, por nuestra unión con Él, como explica Grudem, nosotros también “participamos en alguna medida en la autoridad que Cristo tiene, autoridad para luchar «contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales» (Ef. 6:12 [nvi]; cf. vv. 10-18), y luchar con armas que «tienen el poder divino parar derribar fortalezas» (2 Co. 10:4 [nvi])”.[\[2\]](#)

Sin embargo, en la Segunda Venida de Jesús, la plenitud de nuestro reinado con Cristo brillará con refulgente belleza. Los cristianos serán quienes ostenten “autoridad sobre las naciones” (Apocalipsis 2:26-27) y quienes juzguen a los ángeles (1 Corintios 6:3). Jesús mismo dijo a la iglesia en Laodicea: “Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono”

(Apocalipsis 3:21). Por tanto, así como Cristo asciende y se sienta en el trono celestial, el Padre posiciona a su pueblo en un trono glorioso de autoridad en virtud de su unión con Cristo.

Aplicación de la verdad

Las realidades bíblicas y teológicas de la ascensión de Cristo y de su reinado celestial deben animar a todos los cristianos a vivir en un estado de gratitud y de adoración. La ascensión de Jesús encierra implicaciones inestimables para el evangelio y sus promesas.

La certeza de la salvación

La ascensión de Cristo provee un fundamento inamovible y seguridad en nuestra salvación. La ascensión de Jesús marca el sello de la complacencia del Padre en su ministerio. Cuando el Padre llevó a Jesús al cielo, Él declaró para siempre la eficacia del sacrificio de Cristo. Cuando el Padre sentó a Jesús a su diestra, todas las cosas quedaron sometidas a Jesús y su dominio. Nada en la creación entera vive al margen de su reinado. La ascensión de Jesús, por consiguiente, instauro la seguridad de la salvación y la garantía de la perseverancia de los santos. Los cristianos podemos descansar en el conocimiento de la ascensión de Cristo porque conocemos la obra acabada y constante del Salvador, y su reinado eterno sobre el cosmos.

Los medios para vivir con valentía

Por último, puesto que Cristo ha ascendido al cielo, los cristianos podemos vivir con valentía para la gloria de Dios. Las Escrituras nos animan diciendo: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:16). Nuestra unión con Cristo, nuestro Mediador y gran Sumo Sacerdote, provee un acceso directo a Dios Padre. La certeza de nuestra

unidad se desprende de la ascensión de Cristo y del hecho de que está sentado sobre el trono celestial. Allí, en el palacio celestial, Jesús intercede por su pueblo (Romanos 8:34). Su ascensión y reinado, por lo tanto, estimulan una espiritualidad cristiana que se caracteriza por la valentía. Aquel que pagó la deuda por nuestro pecado se sienta en el trono sobre toda la creación. La muerte no pudo retenerlo en el sepulcro. Él se levantó de los muertos, ascendió al cielo, y está sentado como Rey de reyes y Señor de señores. Los cristianos pueden vivir con valentía porque nuestro Dios ha consumado en Cristo la obra, ha cumplido la tarea, y reina sobre todo con su cuidado providencial.

Conclusión

Cuando Jesús ascendió al cielo, dejó a sus seguidores con una promesa y con una misión. Él prometió el don del Espíritu Santo para ayudarles a entender la verdad y para vivir en obediencia. Jesús les mandó: “id, y haced discípulos a todas las naciones” (Mateo 28:19-20). La ascensión de Jesús hace posible esta tarea. Sin su ascensión, el Espíritu no habría venido. Sin su reinado a la diestra de Dios, el cristiano enfrentaría obstáculos insuperables y una oposición satánica abrumadora. Pero Cristo sí ascendió. Y Cristo reina, ciertamente, en absoluta autoridad.

La ascensión de Jesús marcó su exaltación y ratificación. La totalidad de su ministerio culminó en su ascensión, un acontecimiento decisivo que se convirtió en el sello del deleite del Padre en todo lo que Cristo logró. Por tanto, la ascensión de Jesús aseguró la morada eterna del pueblo de Dios y apunta a la realidad del cielo como el lugar donde Dios y su pueblo habitarán juntos para siempre.

La realidad de la ascensión de Cristo y de la entronización consagra todas las esperanzas, las expectativas y las promesas del evangelio. En efecto, sin la verdad asociada con esta afirmación, no habría realmente buenas nuevas

qué proclamar en el evangelio. Pero la buena nueva ha venido, porque Cristo ha ascendido al cielo, marcando su victoria final sobre la muerte. La buena nueva ha venido, porque Cristo está sentado en el trono y ha inaugurado un nuevo reino, una nueva era, un nuevo día de salvación para el pueblo de Dios. Y Aquel que ha ascendido al Padre y ahora está sentado a su diestra es el mismo Cristo que mandó a su iglesia ir a todas las naciones a hacer discípulos, “bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado”. Ese mismo Cristo dio también esta promesa: “He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:19-20).

[1]. Grudem, *Teología sistemática*, 882 (véase capítulo 4, n. 4).

[2]. Grudem, 652.

CAPÍTULO 10

DESDE ALLÍ VENDRÁ A JUZGAR A LOS VIVOS Y A LOS MUERTOS

Ser humano es ser una criatura con historia. Desde los primeros días de nuestra vida comprendemos que cada historia que vale la pena ser contada o escuchada tiene un principio, un desarrollo y un final. Muchas de las historias que escuchamos en la infancia empiezan con la frase “érase una vez” y terminan con la expresión “y vivieron felices para siempre”. Todos deseamos que las historias tengan un final.

El aspecto temporal de la humanidad nos exige entender que hay un final hacia el cual se dirige la historia, y un fin para nuestra historia tal como la conocemos. Como criaturas temporales, nos limita la duración de la vida y, aunque vivimos en un marco de pasado, presente y futuro, nuestras vidas se dirigen a un final. Sin importar cuál sea nuestra cosmovisión, la escatología o las creencias de cada persona acerca del futuro juegan un papel vital en su existencia. Todos tenemos alguna visión del futuro, y vivimos nuestra vida a la luz de esa visión.

Escatologías rivales

Toda cosmovisión, no solo el cristianismo, ofrece un planteamiento acerca

de cómo va a terminar la historia. Toda cosmovisión debe tener *alguna* explicación para lo que va a suceder al cosmos, y una visión acerca de la importancia de ese fin. En toda la civilización occidental, el cristianismo ha tenido una mayor influencia en las visiones escatológicas que cualquier otra cosmovisión, y la escatología del cristianismo revela un juicio final.

Un rival de la escatología cristiana surgió en los últimos dos siglos con la secularización de la cultura occidental. Los laicistas niegan cualquier elemento sobrenatural en el universo. Por consiguiente, dan por sentado que la energía en el cosmos va a disiparse en alguna forma no energética y que al final todo va a quedar en el olvido. La gran pregunta para la mayoría de los laicistas no es si habrá un final, sino si va a presentarse como una explosión o como un susurro. ¿Será el deslizamiento lento e inexorable de ser a no ser y de energía a entropía? ¿O será como un cataclismo, una conclusión equivalente al comienzo de nuestro universo con un “big bang” (“gran explosión”)? ¿Será el final tan solo un silencio eterno cuando toda la materia colapse en un agujero negro?

Anhelos para el futuro

Sin importar cuál sea nuestra cosmovisión, los seres humanos tenemos un anhelo instintivo de conocer el futuro y de vivir a la luz del futuro. Entendemos el presente a través de una recolección del pasado y de una esperanza que aguarda el futuro. Esta comprensión del futuro es necesaria para entender cómo podemos vivir, cómo podemos amar, cómo podemos esperar, y cómo podemos ser fieles en el presente. Tanto el pasado como el futuro explican el presente.

Las Escrituras nos presentan una gran metanarrativa que nos lleva desde la creación hasta la nueva creación. El evangelio cristiano se expresa en una historia que abarca el pasado, el presente y el futuro. El pasado es nuestro pecado y lo que Dios ha hecho por nosotros y por medio de Cristo. El

presente consiste en cómo nosotros debemos responder a lo que Dios ha logrado por nosotros en Cristo. Y el futuro se trata de cómo vamos a esperar con confianza el cumplimiento de todas las promesas de Dios. El Credo de los Apóstoles refleja esta misma orientación futura en las palabras: *desde allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos*.

Hasta este punto, la mayor parte del credo se ubica en el tiempo pasado. “*Fue concebido por el Espíritu Santo, nacido de la virgen María; sufrió bajo Poncio Pilato; fue crucificado, muerto y sepultado. Descendió al infierno. Al tercer día resucitó de entre los muertos. Ascendió al cielo*”. Todos son hechos históricos. Cuando miramos la historia cristiana, todos estos aspectos del evangelio se encuentran en el pasado. Esa es la provisión de Dios para nosotros en espacio, tiempo e historia por medio de Cristo.

Luego el credo pasa al tiempo presente, que se refleja en la obra de Cristo por nosotros ahora. Él reina como Profeta, Sacerdote y Rey, como nuestro mediador ante el Padre. Él “está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso”. Después, el credo pasa al tiempo futuro: “desde allí *vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos*”.

La historia de la Biblia está enmarcada en su escatología, y expresa la gloria de Dios en sus tratos con la humanidad en una línea de tiempo completa. Pasamos de la creación a la caída, a la redención y a la consumación, y si alguno de estos capítulos en la gran obra de Dios faltara o pasara a un segundo plano, perderíamos la totalidad de la gloria de Dios que se encuentra en el evangelio de Jesucristo.

En otra faceta de Génesis 3, hay implantado en nuestro corazón y en nuestra alma un anhelo que orienta nuestra mirada a lo que Dios ha provisto para nosotros en el futuro. Así como Israel anhelaba al Mesías, toda la humanidad había deseado y sigue deseando aún la salvación de los sufrimientos de este mundo, un deseo que solo puede ser satisfecho verdaderamente por medio de la fe en Cristo y del establecimiento

definitivo de su reino en gloria. Anhelamos la consumación de nuestra salvación (Juan 10:28). Se nos dice que Cristo no solo vino a “llevar los pecados de muchos”, sino que también “aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan” (Hebreos 9:28). En esta promesa, cada anhelo humano será satisfecho.

Así pues, los cristianos no se limitan nada más a poner su esperanza en Cristo para luego seguir viviendo conforme a las pasiones de su ignorancia pasada. Esta es una exhortación para cada creyente: “esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado” (1 Pedro 1:13). La gravedad de esta esperanza exige vivir con un gran anhelo y confianza en Cristo.

Juicio

Jesús nos enseñó a poner nuestra mira en la esperanza bendita y en el juicio venidero:

De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas. De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre. Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre. Entonces estarán dos en el campo; el uno será tomado, y el otro será dejado. Dos mujeres estarán moliendo en un molino; la una será tomada, y la otra será dejada. Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor (Mateo 24:32-42).

Y continuó:

Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos

de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo (Mateo 25:31-34).

Más adelante, en el mismo capítulo, Jesús advierte acerca del juicio: “Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25:41).

Estos pasajes afirman claramente que Cristo regresará en juicio sobre los pecadores, razón por la cual el credo declara: “desde allí vendrá *a juzgar* a los vivos y a los muertos”. Cristo viene, y viene a juzgar.

En su primera venida, Cristo vino como Salvador y Redentor. Vino “concebido por el Espíritu Santo, nacido de la virgen María”. Vino como un bebé humilde. En ese momento, la historia difícilmente se percató de este niño Mesías envuelto en pañales, acostado en un pesebre. El anuncio de su llegada solo fue comunicado a los humildes pastores que se encontraban cerca. Cuando Él vino la primera vez, vino en humildad. Pero cuando venga de donde está ahora sentado a la diestra de Dios, las cosas van a ser muy diferentes. Cuando venga como el Señor crucificado, resucitado y ascendido, ¡vendrá como Aquel ante cuya presencia toda rodilla se doblará! Vendrá como Aquel a quien toda lengua confesará como Señor.

Parte de la ratificación de Dios de su Hijo es que Aquel que fue juzgado de manera tan equivocada por la humanidad vendrá ahora para ejecutar juicio justo sobre cada ser humano. Aquel que fue juzgado será el Juez. Las Escrituras hablan del “tribunal de Dios” (Romanos 14:10, nbla). Habla de aquel día como “el día grande y espantoso de Jehová” (Joel 2:31). Sin embargo, las Escrituras también dejan claro que Jesús es el agente de dicho juicio. En el Evangelio de Juan leemos que “el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo” (Juan 5:22). Pablo dijo a los atenienses: “por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos” (Hechos 17:31). Pablo también se refirió al Señor Jesucristo como

el “juez justo” (2 Timoteo 4:8), y habló del “tribunal de Cristo” (2 Corintios 5:10) ante el cual todos debemos comparecer. El lenguaje de la Biblia es claro y coherente. Cristo vendrá a juzgar a toda la humanidad, y nadie escapará de su juicio, *nadie*.

El deleite del Padre en el Hijo no es solo porque la plenitud de la Deidad habite en Él, sino que el plan del Padre es que la plenitud de la Deidad se manifieste en el final de toda la historia cuando el Hijo sea enviado “de allí” a juzgar. La venida del Señor expresa la esperanza cristiana. Los cristianos viven en expectativa, esperando la era de la promesa, la era en la cual Jesucristo introducirá en toda su plenitud el reino de Dios.

Durante mis años de adolescencia, en un grupo juvenil acostumbábamos a plantear la siguiente pregunta: “Si el Señor regresara, ¿qué nos encontraría haciendo en ese momento?”. Yo no sé, pero yo no quisiera estar en Disney World. No que sea pecaminoso ir a Disney World. Simplemente no quiero que el Señor me encuentre en el momento de su regreso para juzgar al cosmos posando para una foto con Mickey Mouse. No quiero estar en la atracción de “Dumbo, el elefante volador” cuando venga el Rey de gloria. Preferiría estar comunicando el evangelio a alguien.

En realidad, los cristianos pueden vivir sus vidas con gozo y en plena seguridad. Pueden comer, beber, dormir, y sí, incluso ir a Disney World. El asunto más importante no es *dónde* estés cuando el Señor regrese ni *qué* estarás haciendo en ese momento. La pregunta es, ¿serás hallado fiel? ¿Te encontrará Él como alguien que le pertenece por la fe?

Aunque no sabemos cuándo regresará Cristo, sí sabemos *cómo* regresará. Vendrá en gloria, estará vestido de esplendor. Si Isaías vio a Dios “sentado sobre un trono alto y sublime” (Isaías 6:1), con su manto que llenaba el templo, nosotros también podemos esperar un día en el cual el manto de la gloria de Dios llenará la tierra entera. De un extremo al otro de la tierra, desde el horizonte donde se levanta hasta donde se pone el sol, el cosmos

entero exhibirá instantáneamente la gloria de Dios como el agente de la creación, la redención y el juicio.

Cristo viene en gloria, en poder y en majestad. También vendrá en forma corporal. No es un juez incorpóreo el que viene; es Jesús, quien vendrá en su cuerpo resucitado que evidencia su sufrimiento y su expiación por nuestros pecados. Como dice claramente la Biblia, nadie se quedará sin saber que el juicio ha llegado (Mateo 16:27). Juan escribió: “Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea” (Apocalipsis 19:11). Aquí termina la guerra espiritual:

Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo. Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS. Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos. De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES.

Y vi a un ángel que estaba en pie en el sol, y clamó a gran voz, diciendo a todas las aves que vuelan en medio del cielo: Venid, y congregaos a la gran cena de Dios, para que comáis carnes de reyes y de capitanes, y carnes de fuertes, carnes de caballos y de sus jinetes, y carnes de todos, libres y esclavos, pequeños y grandes. Y vi a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos, reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su ejército (Apocalipsis 19:12-19).

Los cristianos pueden contar con toda seguridad con *estos* titulares en las noticias. ¡El Rey viene! Y las imágenes descritas aquí para no ser olvidadas, muestran a un Rey que viene a ejecutar venganza contra sus enemigos.

Este retrato de Jesús no suele aparecer en las ilustraciones de escuela dominical ni en las escuelas bíblicas de vacaciones. Sin embargo, el Espíritu Santo usa este lenguaje gráfico e inconfundible para describir la majestad de Cristo. El Rey viene para llevarse a su iglesia, y viene para traer bendición y consuelo definitivos a su pueblo elegido. Viene a rescatar

a los suyos de este siglo malo. Y viene a ejecutar juicio sobre cada ser humano.

La Biblia dice claramente que, en el día final, Cristo va a separar las ovejas de las cabras. Las ovejas de Cristo irán a la bendición eterna en el cielo, y las cabras sufrirán tormento eterno en el infierno. Vivimos en una época en la que hay muchas personas que intentan “maquillar” el infierno. Incluso algunos evangélicos tratan de minimizar la enseñanza bíblica acerca del infierno, y sugieren que no es un tormento eterno sino simplemente la destrucción de la existencia. Sin embargo, esta idea no se ajusta al texto bíblico.

Un reconocido teólogo sugiere que existe un infierno, pero que quienes están allí simplemente han sido despojados de su personalidad, de modo que ya no son verdaderamente humanos.[\[1\]](#) A mí me parece una idea interesante, pero no logro encontrar esa doctrina en las enseñanzas de la Biblia. La tendencia hacia el universalismo es un esfuerzo para garantizar que nadie termine en el infierno. Otros teólogos liberales tratan de temporalizar el infierno, de tal modo que es una realidad presente de pobreza o de sufrimiento, o de miedo existencial. Pero la Biblia presenta un infierno muy real de tormento eterno consciente.

La manifestación cósmica de la santidad y de la misericordia de Dios viene. Anthony Hoekema lo expresa con gran exactitud: “La necesidad de este juicio no obedece a alguna cuestión acerca del destino del individuo juzgado. Eso ya fue decidido”.[\[2\]](#) Jesús mismo dejó esto claro cuando dijo: “El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (Juan 3:18). Quienes han rechazado al Hijo ya están condenados. La condenación ya ha sido decretada. Entonces ¿por qué es necesario que venga este día grande y espantoso del juicio del Señor?

Primero, este juicio desplegará la soberanía de Dios y su gloria a escala

universal, de tal modo que todo ser humano, tanto en el pasado como en el presente y el futuro, enfrentará la realidad de la manifestación de la gloria de Dios en el juicio del Hijo.

Segundo, este juicio es necesario porque, como establecen las Escrituras, Dios juzgará por medio de Cristo de tal modo que existan juicios que correspondan a cada situación, los cuales se expresen en bendiciones para los redimidos y en juicio sobre aquellos que no creyeron.

Tercero, es necesario que este juicio tenga lugar porque es preciso que exista un juicio personal. No se trata únicamente de un juicio contra grupos o naciones. Es un juicio de cada ser humano en particular. Será declarado un veredicto para cada ser humano. Para quienes están en Cristo, el veredicto (por la justicia de Jesucristo que ha sido imputada), será para salvación y vida eterna. Para quienes están sin Cristo, el veredicto será condenación.

Justicia perfecta

La justicia humana siempre ha sido y será limitada. Los sistemas judiciales pueden enviar a alguien a prisión o incluso condenarlo a muerte, pero no podemos realmente restablecer las cosas. El juicio perfecto que ha de restablecer la rectitud y la justicia no se limita a castigar nada más al ofensor, sino que devuelve la vida al que fue asesinado y da esperanza al que no la tiene. No solamente son los cristianos y nuestra conciencia de pecado lo que motiva el clamor de esta clase de justicia perfecta. La creación entera clama.

Cada momento de dolor clama por la necesidad de juicio y la aplicación de justicia verdadera. En efecto, las Escrituras dan testimonio de que la justicia verdadera viene. Muchos cristianos pierden de vista esta gran esperanza. El juicio de Cristo será tan perfecto que todos los que sean juzgados, ya sea que los declaren o no justos por medio de Cristo, estarán de acuerdo con la sentencia del juicio. Aquellos que van al infierno serán

plenamente conscientes de la justicia del veredicto, como también lo estarán quienes van al cielo en virtud de lo que Cristo ha hecho a nuestro favor.

La justicia perfecta apunta a dos destinos dobles: el infractor pecador recibirá exactamente lo que debe, y el Hijo de Dios ofendido recibirá la gloria debida. Este juicio afirma la ira de Dios y, si rehuimos hablar con sinceridad acerca de la ira de Dios, nunca podremos hablar con sinceridad acerca del amor de Dios. Porque la ira de Dios no significa que Él pierda los estribos. No se trata de una ira injusta. La ira de Dios es la respuesta apropiada y natural del Santo Dios frente a la rebelión contra su justicia perfecta. El cielo y el infierno darán testimonio del juicio perfecto de Dios.

Estas verdades apuntan una vez más al evangelio, porque ningún pecador por sí mismo y en sí mismo es capaz de sobrevivir este juicio. El único medio de supervivencia, el único medio para la absolución o la salvación, es el amor sacrificado de Cristo, nuestro defensor y nuestro juez. Los cristianos debemos vivir con apremio, porque entendemos que en este siglo presente Dios nos usará para arrebatarnos a algunos del maligno. La realidad escatológica, es decir, de los últimos días, nos recuerda la urgencia de comunicar el evangelio, porque lo escatológico va a la par con la proclamación de Jesucristo entre las naciones. Nuestro entendimiento del futuro nutre nuestras acciones en el presente, de ahí que las misiones y el evangelismo sean actividades escatológicas, centradas y nutridas por el conocimiento de la venida de Cristo.

El futuro estaba presente en Cristo, pero el futuro también está presente en la salvación de cada ser humano, de cada pecador que viene a la fe en el Señor Jesucristo. Aquel que de lo contrario sería juzgado culpable y enviado al infierno, ahora es declarado inocente en el juicio, no porque sea inocente, sino porque ese pecador está cubierto por la sangre del Señor Jesucristo.

El hecho de que Cristo “desde allí vendrá a juzgar a los vivos y a los

muertos” nos revela que no vamos a tener la mejor vida que es posible gozar ahora, y que tampoco debemos buscarla. Quienes tienen la mejor vida ahora van a enfrentar una vida muy diferente en la era venidera. Nosotros cantamos, leemos las Escrituras, anunciamos el evangelio, predicamos la Palabra en el marco del reino venidero. Podemos comer, beber, servir y dormir con confianza solo porque tenemos la seguridad de que conocemos el futuro. El futuro es Jesucristo, y estamos seguros en Él.

[1]. N. T. Wright, *Surprised by Hope: Rethinking Heaven, the Resurrection, and the Mission of the Church* (Nueva York: HarperOne, 2008), 180-185.

[2]. Anthony Hoekema, *The Bible and the Future* (Grand Rapids: Eerdmans, 1979), 253-254.

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

CAPÍTULO 11

EL ESPÍRITU SANTO

La Gran Comisión es, como conviene, uno de los pasajes de las Escrituras que mejor conocen los cristianos. Jesús dijo a sus discípulos: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:18-20).

La forma trinitaria del bautismo cristiano, es decir, la práctica en la cual los creyentes se bautizan en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, constituye uno de los testimonios bíblicos más claros y más conocidos de nuestro Dios trino.

La Trinidad es una doctrina inescrutable. Ningún cristiano puede agotar su significado. Al mismo tiempo, ningún cristiano puede negar la Trinidad, y este pasaje nos ayuda a entender por qué esto es cierto. Conocer al único Dios verdadero es conocerlo como Padre, Hijo y Espíritu. Dondequiera que se encuentra el verdadero cristianismo, se encuentra la afirmación de la Trinidad.

Una manera de entender la doctrina de la Trinidad es considerar que la doctrina surgió de la necesidad de afirmar y de explicar que Dios es uno, y

que también es Padre, Hijo y Espíritu Santo. El monoteísmo es básico, y se atribuye a Dios como quien se revela tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. El Shemá, el versículo más central de la fe de Israel, declara esta verdad de manera majestuosa: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es” (Deuteronomio 6:4). Ese solo versículo no podría ser más claro. La Biblia entera da testimonio de que Dios es uno.

Aun así, al mismo tiempo y sin reparo alguno, la Biblia revela y afirma también las siguientes proposiciones:

1. El Padre es Dios.
2. El Hijo es Dios.
3. El Espíritu Santo es Dios.

La doctrina de la Trinidad es el modo fiel como la iglesia expresa todas estas verdades de manera coherente y sistemática.

Al mirar en retrospectiva la Gran Comisión, el modelo de verdad cristiana quedó completamente claro, incluso al ordenar el bautismo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Como lo expresa uno de los himnos más estimados de la fe cristiana, alabamos a “Dios en tres personas, bendita Trinidad”.

Cuando ingresé al grado séptimo experimenté mi primera gran controversia teológica. Todo comenzó en la cafetería de la escuela cuando una compañera empezó a discutir acerca de los dones del Espíritu Santo, y luego empezó a cuestionar la legitimidad de mi iglesia y mi teología. Mi compañera había quedado atrapada en la euforia del movimiento carismático, que entonces estaba en boga en el panorama religioso estadounidense.

Estando en esta discusión con mi compañera, me di cuenta de que, al tratar de formular mis argumentos, llegué a una vergonzosa conclusión: Yo

sabía muy poco acerca del Espíritu Santo. Como comprendí más adelante, no era el único en esa situación.

Muchos cristianos se quedan realmente cortos en su comprensión del Espíritu Santo, o la tercera persona de la Trinidad. Cuando confesamos juntos “creo en el Espíritu Santo”, creemos como Jesucristo enseñó a su iglesia a creer. Esta frase del credo contiene apenas cinco palabras, pero son cinco palabras resonantes, que revelan el misterio de Dios y recuerdan a los creyentes nuestra continua dependencia del Espíritu Santo.

A pesar de las glorias contenidas en esta afirmación del credo, pocos en la actualidad estamos familiarizados con la doctrina del Espíritu Santo, o lo que los teólogos denominan pneumatología. En algunos círculos evangélicos, el Espíritu Santo ha quedado relegado de nuestros intereses teológicos; se nos ha dejado con una visión anémica del Espíritu y, como resultado, una relación deficiente con el tercer miembro de la Trinidad. Jesús mismo dijo: “Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré” (Juan 16:7). Jesús dijo a discípulos, como a todos nosotros, que tener el Espíritu en realidad es mejor que tener a Cristo físicamente presente entre nosotros. Por sorprendente que parezca esta afirmación, ¿con cuánta frecuencia piensan los creyentes en el Espíritu y en su ministerio? ¿Creemos realmente las palabras que pronunció Jesús en Juan 16?

Nuestro silencio en lo concerniente al Espíritu acusa nuestra fe, apaga nuestra adoración, despoja a la iglesia, empaña la belleza del evangelio y roba la gloria del misterio resplandeciente de la Trinidad. La razón de nuestro silencio nace quizás de los innumerables malentendidos y usos indebidos de la doctrina del Espíritu. Los debates y las controversias interminables han plagado la espiritualidad cristiana, llevando a muchos a rehuir por completo la pneumatología. Sin embargo, abandonar y renunciar

a la verdad del Espíritu menoscaba nuestra propia espiritualidad y debilita a quienes abrazan falsas nociones acerca del Espíritu. No debemos callar esta gloriosa doctrina. Debemos perseverar en escudriñar las Escrituras y en sacar a la luz la belleza de lo que el Credo de los Apóstoles afirma en este breve enunciado: “Creo en el Espíritu Santo”.

El ministerio del Espíritu: Juan 14 al 16

Cuando Jesús se preparaba para su pasión, dejó a sus discípulos unas últimas palabras de consuelo. Él era consciente de la preocupación y de la angustia que embargaban sus almas cuando aceptaron la realidad de que su tiempo con su Maestro se acercaba a su fin. Por ese motivo, Jesús los instruyó en el ministerio del Espíritu y en el papel vital que Él desempeñaría en sus vidas y en sus ministerios. En estos tres capítulos, Jesús habló en detalle acerca del gozo inexplicable del don del Espíritu, y de nuestra gran necesidad de su venida (Juan 14-16). Jesús describió al Espíritu como Aquel que mora, Aquel que enseña, Aquel que testifica y Aquel que lleva a la verdad.

El Espíritu que mora

Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros (Juan 14:16-17).

Es indudable que el miedo y el pánico se apoderaron de los corazones y de las mentes de los discípulos cuando escucharon por última vez al Señor Jesús. Ellos lo habían seguido y amado, y habían encontrado en Él su propósito. En efecto, Pedro exclamó: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Juan 6:68). Los discípulos reconocieron, como también debemos hacerlo nosotros, que sin Dios no tenemos esperanza ni

vida. Sin Dios estamos muertos y desvalidos. El miedo de quedar separados del Señor atormentaba el corazón de los discípulos.

Sin embargo, el Señor prometió que no los dejaría huérfanos. La promesa que dio a los discípulos se extiende hasta nosotros. Él pronunció palabras eternas de consuelo cuando declaró que el Espíritu vendría. El Espíritu no solo vendría, sino que también moraría con los discípulos. Y no solo moraría con los discípulos de Cristo, sino que moraría *en* ellos. Jesús prometió que habría una unidad inescrutable y un vínculo inexplicable entre el pueblo de Dios y el Espíritu Santo. La intimidad del creyente con el Espíritu se eleva al lenguaje sagrado de *morada*. El Espíritu mismo, el tercer miembro de la Trinidad, *mora* en ti, en mí y en todos los que pertenecen a Jesucristo por medio de la fe.

El ministerio del Espíritu de morar en nosotros restaura toda la esperanza y confirma nuestro fundamento firme de la fe. Aun cuando nos ataque el enemigo, no puede vencernos, porque el Espíritu mora en nosotros. Puesto que el Espíritu mora en nosotros, la presencia plena de Dios está en medio de nosotros y en nosotros. Por tanto, el Espíritu Santo explica cómo la iglesia sobrevive y cómo el evangelio se extiende hasta los confines de la tierra. El Espíritu que mora en nosotros explica cómo tú y yo podemos oír las palabras de la Biblia no como las palabras de hombre, sino como la verdad de Dios revelada. En efecto, la presencia del Espíritu en ti explica por qué tienes vida.

Jesús prometió el Espíritu como una presencia que mora en nosotros para siempre. Así que el Espíritu no solo acude en momentos de dificultad. El Espíritu no se aleja de ti cuando estás enfrentando luchas constantes con el pecado. Su presencia en ti no depende de tu obediencia ni de tu esfuerzo. Su presencia en ti descansa en la gracia infinita y el amor de Dios por ti. Dios sabe que sin el Espíritu pereceríamos. Por tanto, Él promete morar *en* nosotros íntimamente y para siempre.

El Espíritu que enseña

Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho (Juan 14:26).

Conforme los discípulos aceptaban el hecho de que Jesús iba a ausentarse físicamente, es indudable que sintieron el dolor de perder a su amado Maestro. Cuando Jesús enseñaba, lo hacía con autoridad (Mateo 7:29). En efecto, Jesús no solo vino y proclamó la Palabra de Dios, sino que reinó como Señor de la Palabra. Su enseñanza echó fuera demonios, dio vida a los muertos, proclamó el reino presente y venidero, y reveló las verdaderas glorias de las Escrituras. Como confesó Pedro en un pasaje ya citado, las palabras que salían de los labios de Jesús eran nada menos que palabras de vida.

Los discípulos empezaban ya a comprender que Jesús iba a irse para estar con el Padre. Jesús no solo prometió que el Espíritu vendría a morar, sino también a *enseñar*. El Espíritu de Dios vendrá sobre todos aquellos que creen en Cristo, nos enseñará *todas las cosas* y nos recordará la Palabra inspirada de Dios. Jesús aseguró que sus discípulos no iban a sufrir la pérdida de su enseñanza. Él aseguró su predicación por medio del poder y del morar del Espíritu Santo en el pueblo de Dios.

El ministerio de enseñanza del Espíritu debe consolarnos en gran manera y transformar radicalmente la forma como nos acercamos a las Escrituras. ¿Te presentas delante de Dios en humilde oración, pidiéndole al Espíritu que te guíe, que te enseñe, y que dirija tus pensamientos? ¿Te das cuenta de la gloriosa verdad que Cristo proclama aquí para ti: que el Espíritu de Dios mora en ti para enseñarte las cosas de Dios? Asimismo, el Espíritu enseña a todo el pueblo de Dios por medio de la Palabra y de la predicación de la Palabra. Esto significa que el Espíritu nos une en una comunidad de pacto para aprender juntos como un solo pueblo de Dios.

Por tanto, necesitamos al Espíritu en nuestra meditación personal de la

Palabra, orando para que su presencia nos instruya y nos dirija. También debemos orar para que el Espíritu enseñe a la iglesia. Él instruye a todo el pueblo de Dios por medio del ministerio de la Palabra. Sin Él, nuestro propio entendimiento de Dios se desviaría, y la iglesia misma se desplomaría bajo el peso de la falsa enseñanza. Por medio de su ministerio de enseñanza, el Espíritu preserva y protege cada creyente individual, y de igual modo garantiza la pureza doctrinal del cuerpo de Cristo como un todo.

La Biblia es, en sí misma, el regalo del Espíritu Santo, y cada palabra de las Escrituras está inspirada por Dios. Pedro afirmó esta verdad cuando, guiado por el Espíritu Santo, escribió: “porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21). ¡Inspirados por el Espíritu Santo! Y la promesa de Dios es que el Espíritu Santo mismo, que nos dio las Sagradas Escrituras, capacita a los cristianos para leer y para entender la Biblia hoy. La Biblia es Palabra viva porque es la Palabra de Dios, “es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Hebreos 4:12). El Espíritu Santo nos da las Escrituras, abre nuestros ojos para ver las Escrituras, y abre nuestros corazones para creer la Palabra de Dios. El Espíritu Santo hace posible la predicación de la Palabra y garantiza que nunca vuelva vacía (Isaías 55:11).

El Espíritu que testifica

Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí. Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio (Juan 15:26-27).

Este pasaje donde Jesús reveló un orden de autoridad en la Trinidad describe un misterio maravilloso. El orden de autoridad de ninguna manera postula una jerarquía de divinidad y de poder en la Trinidad. Cada miembro

de la Trinidad es consustancial, igual en divinidad y en poder, Dios mismo. Sin embargo, la Biblia también nos presenta el misterio del Dios trino, un misterio glorioso en el que todos aquellos que están en Cristo se gloriarán por toda la eternidad. En estos versículos de Juan, Jesús reveló que el Espíritu vendrá y que no dará testimonio de sí mismo, sino de Cristo.

Esta verdad esencial explica por qué no hablamos del Espíritu Santo en el mismo lenguaje y conocimiento con el que hablamos acerca del Padre y del Hijo. El Espíritu Santo viene a dar testimonio de la persona y de la obra de Cristo. El Espíritu Santo, por tanto, exalta al Hijo y testifica de su obra consumada en el Calvario. Esto se convierte en un criterio de evaluación para las iglesias en todo el mundo: Dondequiera que se halla presente el Espíritu de Dios, no se encuentra el testimonio *acerca* del Espíritu Santo tanto como el testimonio acerca de Cristo. Por consiguiente, donde existe un testimonio vivo, bíblico, urgente, fiel, entusiasta, gozoso y transformador de Cristo, puedes estar seguro de que el Espíritu Santo está obrando vivamente.

Esta verdad nos protege de los errores que plagan a tantas iglesias y que ponen un acento sobre el Espíritu Santo que no es bíblico. El Espíritu se convierte en el centro de su fe. El Espíritu acapara sus pensamientos al tratar de propiciar manifestaciones del Espíritu en sus propias vidas y congregaciones. Sin embargo, Jesús recordó a sus discípulos lo que traerá el testimonio del Espíritu: un testimonio acerca de Jesús que exalta a Cristo y que nos señala la esperanza que tenemos en nuestra unión con Él.

El Espíritu que lleva a la verdad

Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber (Juan 16:13-14).

Por último, Jesús nos enseña que el Espíritu viene a llevarnos a la verdad. De hecho, este pasaje nos dice que el Espíritu es *verdad*. Él no solo viene a

dar testimonio de la verdad, sino que viene como la verdad misma. Por tanto, la verdad viene y mora en el pueblo de Dios y en medio de él. La razón por la cual Cristo podía declarar que su partida beneficiaría a los discípulos es porque el Espíritu iba a morar en el pueblo de Dios y a proclamar la verdad de Dios en su interior.

Los cristianos deben encontrar consuelo en el Espíritu de verdad que mora en ellos. Vivimos en una era de la posverdad, una era que prácticamente niega la existencia de cualquier verdad absoluta. La realidad de nuestro contexto cultural orienta de manera natural nuestras estrategias evangelísticas. Sin embargo, no debemos creer que la era de la posverdad en la cual vivimos no haya afectado de algún modo nuestras propias percepciones de realidad y de verdad. El Espíritu Santo no da un testimonio contradictorio en el pueblo de Dios. Él testifica de *la* verdad. En ocasiones, la verdad que Él lleva trae convicción de nuestras propias acciones y conducta. A veces la verdad que Él proclama nos llama a tomar medidas drásticas. A veces, puede ser muy difícil enfrentar la verdad. No obstante, debemos saber que el Espíritu en nosotros es el Espíritu de verdad. Él dará testimonio de la verdad que exige una respuesta a su testimonio. El Espíritu Santo nos llama a la verdad de Dios y a su voluntad para nuestras vidas. Con esta obra del Espíritu, los cristianos deben recordar que la verdad los hará libres (Juan 8:32).

La vida en el Espíritu

Las palabras de Jesús a sus discípulos que están registradas en Juan 14-16 revelan el ministerio del Espíritu Santo que todo creyente experimenta en su caminar con Cristo. Sin embargo, la Biblia imparte las realidades de los ministerios del Espíritu en nuestra vida personal. La Biblia nos llama a andar en el Espíritu (Gálatas 5:16), nos llama a ser guiados por el Espíritu (Romanos 8:14). Por consiguiente, es necesario que, a la luz del ministerio

del Espíritu, exploremos la relación que los creyentes deben tener con el Espíritu. Esta relación orienta la manera en que debemos vivir de tal modo que exaltemos a Cristo, hacer morir el pecado y perseverar hasta el fin.

Hacer morir las obras de la carne

Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis (Romanos 8:12-13).

Romanos 8 concluye la gloriosa presentación del evangelio. En efecto, en el versículo 1, Pablo revela la verdad maravillosa que imparte vida según la cual no hay condenación para quienes están en Cristo Jesús. Cristo llevó la condenación de la ley sobre sí mismo, y Dios, por medio de nuestra fe en Cristo, nos acredita a nosotros la justicia de Jesús en su totalidad. Por tanto, la fe en Cristo no solo nos limpia de nuestro pecado, sino que nos imparte la justicia completa de Jesucristo. Por eso no hay condenación para los que están en Cristo Jesús.

Sin embargo, la gloria del gran intercambio en el que Cristo toma nuestro pecado y nos imputa su justicia, no da licencia para una vida de pecado continuo y sin arrepentimiento. Esta falsa noción se conoce como antinomianismo. Si los cristianos quedan libres de los requerimientos de la ley por cuenta de Cristo, ¿puede entonces un cristiano vivir como le place? Pablo formuló una pregunta similar al principio de Romanos 6, donde respondió con un rotundo “en ninguna manera”. Pablo hizo saber a los cristianos que ahora deben vivir en el Espíritu (Romanos 8). Debemos poner nuestra mira en las cosas de arriba (Colosenses 3:2). Los cristianos no deben poner su mira en la carne, “porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz” (Romanos 8:6). Por tanto, los cristianos deben hacer morir el pecado y buscar la santidad.

¿Cómo pueden los cristianos esperar vidas santas en medio de un mundo

pecaminoso, con el acecho continuo de Satanás que busca a quién devorar? ¿Cómo pueden los cristianos procurar la semejanza de Cristo bajo el asedio del pecado interior y teniendo que vivir en un cuerpo de carne? Pablo respondió esta pregunta en Romanos 8:12-13. Él declaró que, por nuestra unión con Cristo, no debemos vivir según la carne. Pablo advirtió que, si continuamos viviendo según la carne, demostraremos que nunca pertenecemos a Cristo y moriremos. Si, por el contrario, hacemos morir las obras del cuerpo *por el Espíritu*, viviremos.

La afirmación “por el Espíritu” no es una referencia de paso. Pablo, bajo la influencia del Espíritu mismo, incluyó este componente vital de la santificación cristiana. No podemos esperar hacer morir el pecado si no dependemos del poder del Espíritu. Vamos a sucumbir a cada prueba, a ceder a cada tentación, y a flaquear ante nuestro antiguo amigo, a menos que clamemos al Espíritu para que nos adiestre, nos guíe y nos llene de su fuerza para poder soportar. El ministerio del Espíritu mediante el cual mora en nosotros, da testimonio y lleva a toda verdad no debe quedarse en un simple concepto teológico que debemos creer en nuestra mente. Es preciso que nuestros corazones lo experimenten.

Los cristianos deben cultivar esta relación con el Espíritu y orar a Él. Los creyentes en Jesucristo deben reconocer que sin el Espíritu toda esperanza de santificación y de perseverancia queda truncada. ¿Oras al Espíritu cada día y le pides que te ayude en tu lucha contra el pecado? ¿Clamas, al igual que David, “no quites de mí tu santo Espíritu” (Salmo 51:11)? La Biblia enseña acerca de nuestra necesidad apremiante del Espíritu y de su ministerio continuo en nuestra vida. ¿Oras con fervor para que more en ti con poder, para que te enseñe la verdad y para que te dé testimonio de la gloria de Cristo? Hermanos y hermanas, es imposible que hagamos morir el pecado sin la asistencia del ministerio del Espíritu. Por tanto, les pregunto: ¿Tienes ansias del Espíritu? Cristo envía el Espíritu a su pueblo con un

propósito sublime. Él no envía al Espíritu, la tercera persona de la Trinidad, para nada menos que los propósitos eternos que tiene para ti y para su iglesia. Jesús conoce nuestra necesidad del Espíritu. ¿La conoces tú también?

Llevar el fruto del Espíritu

Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne... Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley (Gálatas 5:16, 22-23).

Hacer morir las obras de la carne supone llevar el fruto del Espíritu. En efecto, Pablo dijo: “Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna” (Gálatas 6:8). Por lo tanto, la vida cristiana siembra en el Espíritu, lo cual produce no solo una cosecha libre del veneno del pecado, sino que lleva también el fruto del Espíritu.

Si alguien no lleva el fruto del Espíritu, no pertenece a Cristo. Nuestra vida en el Espíritu implica que las virtudes de la piedad crecen y se manifiestan en nuestra vida diaria. A medida que hacemos morir el pecado por el poder del Espíritu, andamos también en el Espíritu, y manifestamos el fruto de la piedad y el carácter mismo del Espíritu. A medida que andamos en el Espíritu, la profundidad de nuestro amor, la plenitud de nuestro gozo, la solidez de nuestra paz, los alcances de nuestra paciencia, la exuberancia de nuestra bondad, la amplitud de nuestra bondad, la grandeza de nuestra fidelidad, la nobleza de nuestra mansedumbre, y el sacrificio de nuestra templanza florecen y producen una gloriosa cosecha que complace a otros y deleita a Dios. Hermanos y hermanas, nuestro andar en el Espíritu debe ser fructífero, poderoso y gozoso.

El cultivo de la virtud cristiana solo puede lograrse por medio del ministerio del Espíritu en nuestra vida. Sin embargo, tú debes buscarlo y caminar con Él. Debes buscar a Dios en su Palabra y perseverar en la

comuni3n con el pueblo de Dios y en una vida din1mica en comuni3d. Debes orar a Dios y cultivar tu relaci3n con él. Tu intimidad con el Espíritu produce una cosecha que el mundo no puede pasar por alto. Me gusta mucho lo que dice Hechos 4:13, donde los líderes judíos quedan asombrados frente a Pedro y a Juan. Este pasaje dice: “Entonces viendo el desnudo de Pedro y de Juan, y sabiendo que eran hombres sin letras y del vulgo, se maravillaban; y *les reconocían que habían estado con Jesús*” (Hechos 4:13). En efecto, el mundo conocer   la profundidad de nuestro caminar íntimo con Dios. El mundo reconocerá a aquellos que caminan íntimamente con el Espíritu. Todo el pueblo de Dios se ha beneficiado en gran manera de los santos que han recorrido los senderos más dulces de felicidad con el Espíritu, anhelando manifestar su virtud y su gloria en sus vidas.

Por todo ello te animo a andar en el Espíritu. *Con  celo* y búscalos a diario en la Palabra y por medio del poder de la comuni3n en tu iglesia local. Depende del Espíritu para llevar su fruto en tu vida. Gálatas 5:16 no nos presenta palabras vacías, sino una *promesa* de Dios. *Si* tú andas en el Espíritu, *no* satisfacer  s los deseos de la carne. *Si* tú siembras en el Espíritu, *cosechar  s* del Espíritu vida eterna.

Conclusi3n

“Creo en el Espíritu Santo”. Nunca han existido cinco palabras que confiesen algo más grandioso, glorioso, poderoso y hermoso. Esta confesi3n afirma nada menos que el poder que habita en cada creyente de Jesucristo. Esta confesi3n afirma la verdad de Aquel que mora en nosotros, que nos enseña, que da testimonio de Cristo, y que nos lleva a la plenitud de la verdad de Dios. Esta confesi3n esboza la necesidad indescriptible que tiene cada hijo de Dios del ministerio del Espíritu en su vida. Esta confesi3n también incluye las maravillosas promesas de Dios contenidas en el don del

Espíritu. Empecé este capítulo con el estado lamentable de la pneumatología en el que se encuentran los círculos evangélicos contemporáneos. Oro para que la Palabra de Dios y las verdades consignadas en el Credo de los Apóstoles nos llamen al arrepentimiento y a una relación nueva, dinámica y fructífera con el Espíritu de Dios, el Espíritu que mora en nosotros y que nos ha sellado para siempre en las promesas eternas del Dios trino.

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

CAPÍTULO 12

LA SANTA IGLESIA UNIVERSAL, LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

El Credo de los Apóstoles da un giro para pasar de las afirmaciones acerca de Dios a la identidad y el carácter del pueblo de Dios. Al afirmar una creencia en la Iglesia, santa y universal, el credo postula una convicción en una comunidad del pueblo de Dios que es eterna, eclesial y fundada en un pacto. Con ello, el credo descarta cualquier noción de cristianismo individualista. Por consiguiente, el credo hace énfasis no en *yo*, sino en *nosotros*. No en *mí*, sino en *nosotros*.

El primer día como estudiante del Southern Baptist Theological Seminary, me senté en un salón de clases para iniciar un curso de historia de la iglesia. Estaba allí, en Norton Hall 195, cuando entró Timothy George, un historiador de la iglesia, un hombre con barba. Acababa de terminar un doctorado en Harvard, y yo estaba ansioso por aprender. No estaba preparado para lo que él dijo. Él nos miró, analizó el salón de clases, y dijo: “Mi misión consiste en informarles que existió alguien entre Jesús y sus abuelas, y entonces convencerlos de que eso importa”. Esto me golpeó como una bala, porque fue inolvidable la manera en que formuló el

argumento. Sí, existen muchos creyentes y muchos siglos entre Jesús y mi abuela, y *eso* importa.

El cristianismo contemporáneo falla con frecuencia en comprender las profundidades de la afirmación del credo y la importancia de la larga línea ininterrumpida de comunión que une a los cristianos como miembros de la iglesia de Cristo. El horizonte del cristianismo norteamericano continúa desapareciendo a medida que abraza el duro carácter del individualismo estadounidense. La ética de la autonomía personal da forma a las mentes, las expectativas y las cosmovisiones de la mayoría de su población. Esta ética, por desdicha, permea a fondo muchas iglesias evangélicas. No nos detenemos a reflexionar en lo que significa creer en la iglesia y en la comunión de los santos. De hecho, la típica iglesia estadounidense se ha convertido en una asociación voluntaria que no difiere mucho de un club local o una organización que presta servicios. La eclesiología estadounidense a menudo se rinde ante un modelo de “cafetería” espiritual que está diseñado para satisfacer las preferencias individuales, en lugar de congregar al pueblo de Dios en una comunidad que busca adorar y exaltar a Cristo. La iglesia estadounidense ha quedado relegada a un bien de consumo, en lugar de ser el cuerpo del Rey del universo resucitado.

Sin embargo, el Credo de los Apóstoles no admite una visión deficiente de la iglesia de Jesucristo. El Credo de los Apóstoles consagra una eclesiología robusta y bíblica, e incluye en su gloriosa confesión una afirmación inconmovible de la iglesia. La sabiduría de los padres de la iglesia continúa a todo lo largo del credo al insistir en una doctrina de la iglesia que acompaña las afirmaciones acerca de la Trinidad, la expiación y la unión misteriosa de la deidad y la humanidad de Jesucristo. Por tanto, para tener un entendimiento correcto de teología, los cristianos deben incluir una eclesiología clara y completa, una doctrina de la iglesia.

Por desdicha, una eclesiología endeble produce inevitablemente una

iglesia anémica. Por consiguiente, debemos recuperar en nuestra teología lo que los cristianos han estimado como un elemento esencial de la fe cristiana. Implícita en la afirmación de nuestra creencia en la iglesia está nada menos que nuestra identidad. Sin embargo, para entender las riquezas condensadas en la doctrina de la iglesia, debemos primero volver a su fundamento, el cual nos presenta Mateo 16.

El fundamento de la iglesia: La confesión de Pedro en Mateo 16

En cada uno de los Evangelios tiene lugar un cambio paradigmático cuando Jesús pregunta a sus discípulos lo que *ellos* pensaban acerca de su identidad. Todo cambió cuando Jesús pasó de preguntar lo que otros decían acerca de Él para preguntar a sus discípulos: “¿quién decís que soy yo?”.

Viniendo Jesús a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas. Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos (Mateo 16:13-19).

En estos versículos, Pedro confesó la identidad de Jesucristo. Pedro identificó a Jesús como más que un profeta o un simple maestro. Pedro confesó que Jesús no es otro sino el Hijo de Dios y el Mesías, la simiente de la mujer que había sido prometida, lo cual nos lleva de vuelta a Génesis 3. Sin embargo, Pedro no llegó a esta conclusión por simple reflexión teológica. Dios Padre, en su gracia, le reveló la identidad de su Hijo, y lo

facultó para proclamar la verdadera naturaleza de Aquel que tenía delante de sus ojos.

Después de la respuesta de Pedro, Jesús anunció un mensaje que cambiaría el curso del mundo entero y de toda la historia de la humanidad. Jesús dijo que sobre aquellas palabras de Pedro Él edificaría su iglesia. Este pasaje presenta cuatro elementos que constituyen la ontología de la novia de Jesús. Jesús reveló que su iglesia se edifica sobre una confesión, sobre la verdad, en poder y con autoridad.

Edificada sobre una confesión

Jesús edificó su iglesia sobre la *confesión* de Pedro. En estos días, la mayoría de estadounidenses emplean la palabra *confesar* para referirse al acto de reconocer una mala conducta. Sin embargo, como hemos visto, confesar la fe es sostener y defender la fe en público; confesar la fe con los santos es confesar la fe junto con el testimonio de todos los verdaderos cristianos a lo largo de los siglos. Por esta razón, los credos se consideran confesiones de fe, el acto mediante el cual confesamos *juntos* la fe. Pedro confesó que en Cristo yacen todas las esperanzas de Israel. En Cristo se cumplen todas las expectativas de salvación que el mundo ha anhelado y esperado con impaciencia. Pedro proclamó la divinidad de Jesús, Dios encarnado, Emanuel. En pocas palabras, Pedro afirmó la revolucionaria y trascendental verdad que cambió el curso de la historia de la humanidad.

Los efectos de la confesión de Pedro no terminaron allí. Jesús respondió diciendo que sobre Pedro edificaría su iglesia. En pocas palabras, Jesús proclamó que su Cuerpo sería edificado sobre las palabras que Pedro declaró. Dondequiera que se encuentra la confesión de Pedro, se encuentra la iglesia. Dondequiera que se proclama esa confesión, se halla la comunión de los santos. Por tanto, la confesión de Pedro estableció la fe de la iglesia de Dios y los términos de entrada, para todo ser humano, a esa comunidad del pacto. El ingreso al pueblo de Dios empieza con una confesión de

Jesucristo como Señor, Hijo del Dios vivo. Todos los que hacen esa confesión, por la gracia de Dios, se convierten en su pueblo y quedan unidos a Cristo y al cuerpo de Cristo, la iglesia. Cuando los pecadores confiesan la verdad que Pedro proclamó (Mateo 16) y obedecen a Cristo mediante el bautismo, tienen entrada a la iglesia para siempre. A partir de ese momento nunca más están solos.

Edificada sobre la verdad

Jesús no edifica su iglesia sobre una simple confesión de hombres. No. Él edifica su novia sobre una verdad permanente y eterna. En efecto, Pablo nos recordó que la iglesia se levanta como el pilar de verdad en un mundo enredado en la mentira y el engaño (1 Timoteo 3:15). Además, una confesión de Cristo que es verdadera y correcta se convierte en parte fundamental de lo que significa ser iglesia.

Dondequiera que la iglesia falla en declarar la verdad, pierde su estatus de iglesia verdadera. Cuando las iglesias renuncian a la verdad y transigen con ella, traicionan su estatus como parte del pueblo de Dios. La cultura nos invita a acercarnos y a adoptar sensibilidades modernas y racionales. El llamado a abandonar las verdades del evangelio es una tentación generalizada para el pueblo de Dios en todos los rincones del mundo. Sin embargo, Mateo 16 no le permite al pueblo de Dios separarse de la verdad de Dios. La iglesia proclama la verdad, se aferra a la verdad y encarna la verdad, si es preciso hasta la muerte. Aparte de la verdad proclamada en Mateo 16, la humanidad no posee esperanza alguna. Por tanto, el pueblo de Dios se levanta en la confesión de Pedro de la verdad, como una roca firme que ninguna ola de discordia puede vencer. La iglesia contemporánea necesita prestar especial atención a las implicaciones de la confesión de Pedro. Nunca debemos desviarnos de la verdad. Como escribió Pablo a Timoteo, la iglesia tiene la responsabilidad perpetua de guardar el tesoro que le ha sido encomendado (2 Timoteo 1:14). Como vimos anteriormente,

Judas advirtió a los creyentes que la iglesia debe contender y defender la fe *“que ha sido una vez dada a los santos”* (Judas 1:3).

Edificada en poder

Jesús también estableció su iglesia en poder. Dijo que ni siquiera las puertas del infierno prevalecerían contra su pueblo. Más que nada, esto significa que nada puede separar a los cristianos de Cristo, ni siquiera la muerte. Ni la muerte puede separarnos de Cristo y su poder salvador. Aunque los cristianos suframos la muerte, morimos en seguridad. ¿Por qué? Porque Cristo ha unido a su pueblo a sí mismo en su cuerpo, la iglesia. Por tanto, la iglesia, a diferencia de todo lo demás que existe sobre la tierra, es la única institución que trascenderá en el tiempo. La iglesia fue comprada por nada menos que la sangre eterna de Cristo, y ella es su novia para siempre. Este es el poder de la iglesia: Ni siquiera el infierno y toda su potestad prevalecerán jamás, porque la iglesia le pertenece a Cristo.

El poder de la iglesia radica no en un gobierno militar ni en un partido político. La iglesia no recibe poder de la cultura ni del poder político. No, el poder de la iglesia es un poder espiritual fundado en el poder del evangelio. La iglesia, por tanto, nunca debe vivir en miedo sino en esperanza, porque Cristo le dio a su pueblo poder incluso sobre el sepulcro. La muerte viene, pero Cristo volverá. La muerte no podrá retener a la novia de Jesús. Cristo ha vencido la muerte una vez y para siempre, y quienes están en Cristo conocerán vida eterna. La verdad implícita en la confesión de Pedro se levanta como una montaña infranqueable que todas las fuerzas de las tinieblas juntas son incapaces de vencer.

Edificada con autoridad

Por último, sobre la confesión de Pedro, Jesús delegó autoridad a la iglesia. Jesús dijo a sus discípulos: “Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que

desatares en la tierra será desatado en los cielos” (Mateo 16:19). Si bien el lenguaje de “atar” y “desatar” puede parecernos extraño, los discípulos habrían comprendido de inmediato la declaración de Jesús. Los rabinos judíos se paraban en las puertas de la ciudad y ejecutaban su deber de atar y desatar. Los rabinos arbitraban asuntos que el pueblo les presentaba. Miraban las Escrituras y, con base en ellas, emitían fallos que se entendían en términos de atar o desatar. Las Escrituras ataban o desataban a las personas. Ahora Jesús declaraba: “Yo le concedo este poder a la iglesia”. Si bien este poder pertenece a Cristo únicamente, ahora Él delega este poder a su pueblo. Jesús confirió a la iglesia una responsabilidad asombrosa. La iglesia debe ahora administrar este poder y autoridad para la gloria de Dios, manejando todos los casos que surgen en la iglesia, grandes y pequeños, basándose en la revelación de Dios en las Escrituras.

La iglesia, que existe por la autoridad de Dios, fue establecida por Jesucristo, recibe el poder del Espíritu Santo, y está plenamente autorizada para predicar la Palabra de Dios y para decidir asuntos grandes y pequeños mediante la interpretación y la aplicación de las Escrituras. Este es el poder de las llaves, y las llaves están en manos de la iglesia, dondequiera que la iglesia se encuentre.

Conclusión

La confesión de Pedro, aunque breve, resuena a lo largo de los siglos: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”. Sobre estas palabras, que Pedro pronunció solo por la revelación y la gracia de Dios, Jesús estableció su iglesia. Así reveló Jesús que su iglesia se edifica únicamente sobre la confesión de Jesús como Señor e Hijo de Dios. Además, esta confesión subraya que la iglesia debe edificarse sobre la verdad y aferrarse a la verdad del evangelio. Jesús también confirió a su novia un poder insuperable, un poder que Satanás mismo no puede anular ni siquiera con la muerte. Por último, Jesús delegó a su iglesia autoridad aquí en la tierra para ejecutar las

responsabilidades que Dios le ha encomendado, y para brillar con la luz de Cristo en un mundo perdido y agonizante.

La identidad de la iglesia

Mateo 16 describe el *establecimiento* de la iglesia. Pero no debemos detenernos allí. Entender la fundación de la iglesia establece los cimientos necesarios sobre los cuales podemos edificar. Ahora debemos pasar a comprender la identidad de la iglesia. La historia de la iglesia no termina en la confesión de Pedro. Tampoco termina en Hechos 28. La iglesia continúa y sigue adelante en los anales de la historia. En cada siglo posterior, la iglesia ha seguido desplegando su identidad y las características esenciales de lo que es. En los últimos veinte siglos, hay cuatro características específicas que han sido observadas y atesoradas a lo largo de la historia de la iglesia. La iglesia se identifica como una, santa, universal y apostólica. Estas señales distintivas se han perdido en la eclesiología contemporánea, y deben recuperarse si la iglesia ha de encarnar de nuevo y vivir en la práctica su identidad como pueblo de Dios.

Una

La idea de una sola iglesia parece risible en una era de miles de denominaciones. ¿Cómo se puede afirmar que la iglesia es una cuando lo que demuestra el cristianismo en su conjunto son iglesias en plural? Sin importar cuán imposible parezca afirmar que la iglesia es una, debemos aun así afirmar su unidad. La iglesia representa el pueblo de Dios, que es *uno*. Esta unidad debe verse como una unidad espiritual, no una unidad institucional.

En determinados momentos de la historia, algunos han tratado de edificar una unidad institucional de la iglesia. Los resultados han sido el abandono de la verdad. Así pues, incluso en nuestra eclesiología, la doctrina del

pecado asoma su cabeza. Si bien la iglesia existe como una institución divina, son humanos pecadores vestidos en su plena humanidad quienes operan la iglesia y ejecutan sus funciones. Esto significa que van a surgir desacuerdos, incluso en asuntos fundamentales o en la vida organizacional. Sin embargo, sabemos esto: Dondequiera que encontramos la confesión de que “Jesús es Señor” y que el evangelio es afirmado, existe una unidad que da testimonio de la unidad invisible que existe entre todos los miembros del pueblo de Dios y que solo se manifestará plenamente cuando Cristo regrese. Aun hoy existe un pueblo de Dios, una iglesia, una novia. Esta identificación debería disipar cualquier noción de supremacía racial, étnica o cultural. Todos los cristianos, a todo lo largo de la historia de la humanidad y en todos los lugares del planeta, representan *un* pueblo de Dios, la iglesia.

Los cristianos a veces se han dividido de manera equivocada, pero lo que importa y que debemos tener presente es que la verdadera unidad de la iglesia es, en esta era, no de índole institucional sino teológica. Dondequiera que se predica correctamente las Escrituras y se atesora el evangelio, está la iglesia. Dondequiera que se confiesa a Jesucristo como Señor y se predica la justificación solo por la fe, está la iglesia.

Las denominaciones aparecen dondequiera que existen convicciones profundas y libertad religiosa. Bajo el principio de la libertad religiosa, los cristianos son libres de establecer congregaciones y denominaciones según sus convicciones.

Un día, cuando Jesucristo venga por su iglesia, conoceremos una unidad institucional verdadera y eterna; todos estaremos juntos en Cristo. En el cielo, o habrá congregaciones bautistas, metodistas, presbiterianas luteranas ni anglicanas; solo existirá un pueblo de Dios unificado para siempre en la verdad.

El Nuevo Testamento se refiere a la iglesia como la totalidad del cuerpo

de Cristo en todos los lugares del mundo y a lo largo de todos los siglos. Sin embargo, el uso principal de la palabra en el Nuevo Testamento se refiere a congregaciones visibles, cada una facultada para predicar el evangelio y para llevar a cabo la obra del ministerio. A pesar de ser muchas, bajo el señorío de Cristo la iglesia es *una*.

Santa

En la noche en que fue traicionado, Jesús elevó su oración sacerdotal que aparece en Juan 17. En su oración por la iglesia, Jesús pidió al Padre que santificara a su pueblo. Jesús reveló el anhelo de su corazón por su pueblo: Que seamos un pueblo santificado, un pueblo santo, consagrado a Dios y a su Palabra. El pueblo de Dios, por consiguiente, debe ser un pueblo santo. En su oración, Jesús insistió claramente en la distinción entre la iglesia y el mundo. La marca distintiva por excelencia del pueblo de Dios resplandece a través de su santidad, de su separación del mundo. Esto no significa una separación física. La santidad de la iglesia se deriva de una diferencia del resto del mundo. La iglesia debe encarnar el espíritu de Cristo y desplegar vivamente su esplendorosa gloria en un mundo oscuro y agonizante. Los miembros del pueblo de Dios son radicalmente diferentes porque sirven a un nuevo Señor, y porque el amor y el afecto por Él los constriñen.

Dicha santidad no surge de un carácter intrínseco que exista en nuestra propia naturaleza. La santidad de la cual debemos ser ejemplo, como nuestra justicia, proviene del Señor mismo. No podemos esperar ser santos por nuestros propios méritos. Alcanzamos la santidad solo por la obra de Cristo y por la gracia de Dios, las cuales nos dan el poder para lograrlo. Por esto, la iglesia debe ansiar y añorar que el Espíritu llene cada vida, y tener corazones nuevos y afectos puestos en la voluntad de Dios. La iglesia no debe considerar la búsqueda de la santidad por medio de la dependencia como un simple ideal, sino como un deber diario. Dios ha llamado a su pueblo a ser santo, porque Él también es santo (Levítico 11:44; 1 Pedro

1:16). Por consiguiente, dondequiera que exista la iglesia, esta ha de ser hallada santa.

Universal

En algunos contextos, se ha recitado esta frase del Credo de los Apóstoles usando la designación *católica*, un término proveniente del latín que significa *universal*. De ahí que, en algunas recitaciones, pueda surgir la confusión con el uso del término como una afirmación del catolicismo romano o de la autoridad del papa. Sin embargo, eso no es lo que denota el término. Es preciso recuperar el sentido original y hacer la confesión con valentía y gozo. La palabra *católico* que se emplea en algunas versiones del credo hace simplemente alusión al carácter universal de la iglesia. “Universal” significa que dondequiera que se encuentra la iglesia, se trata de la misma iglesia. Por ende, creemos en el cristianismo, no en “cristianismos”; creemos en el evangelio, no en “evangelios”.

Esta noción de una iglesia universal no prescinde de la norma ni de la afirmación de la iglesia local. Ciertamente, el libro de los Hechos relata en detalle la historia de una iglesia local en Jerusalén y la fundación de otras iglesias locales alrededor del mundo antiguo. En efecto, una eclesiología correcta subraya particularmente el hecho de que cada iglesia local es una embajada del reino escatológico. Así lo explicó D. A. Carson:

Cada iglesia local no se considera primordialmente como un miembro paralelo de un gran conglomerado de otras iglesias que en su conjunto constituyen un cuerpo, una iglesia; tampoco se considera cada iglesia local como el cuerpo de Cristo paralelo a otras iglesias terrenales que también son el cuerpo de Cristo, como si Cristo tuviera muchos cuerpos. Antes bien, cada iglesia es en espacio y en tiempo la manifestación plena de la única, verdadera, celestial y escatológica iglesia del nuevo pacto. Las iglesias locales deben considerarse retoños del cielo, analogías de “la Jerusalén celestial”, colonias de la nueva Jerusalén, que proveen sobre la tierra una expresión corporativa y visible de “la gloriosa libertad de los hijos de Dios”.^[1]

Por lo anterior, creer en la universalidad de la iglesia afirma una creencia

fundamental en la autoridad de la congregación local, al igual que una expectativa de nuestra unión con Cristo juntamente con todos los creyentes a lo largo de los siglos, en los nuevos cielos y en la nueva tierra. Confesar “creo en la santa Iglesia universal” es confesar la naturaleza universal de la iglesia revelada en cada congregación local que abraza y cree profundamente en el evangelio, y la expectativa del día en el cual la Iglesia universal *entera* se juntará en la cena de las bodas del Cordero.

Apostólica

Por último, la identidad de la iglesia debe fluir de una proclamación apostólica. Cuando afirmamos el aspecto apostólico como parte de la identidad de la iglesia, no se refiere en sentido literal a una línea de maestros con autoridad que exista y que pueda trazarse de manera ininterrumpida a lo largo de la historia cristiana. Tampoco significa que el oficio de apóstol continúe en la iglesia hoy. La afirmación de la iglesia como “apostólica” puede verse en las palabras de Pablo: “Tú, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús. Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros” (2 Timoteo 2:1-2). Pablo instruyó a su discípulo Timoteo para que formara discípulos que, a su vez, hicieran discípulos. Timoteo debe transmitir lo que aprendió del apóstol Pablo a fieles maestros que puedan también enseñar a otros. En síntesis, Pablo anhelaba que existiera una línea de maestros piadosos y fieles a través de los cuales la iglesia pudiera recibir alimento y enseñanza, como de parte de Cristo mismo.

Dos mil años después de Pablo, nuestra esperanza debe ser siempre proclamar el mismo evangelio que Pablo enseñó y comunicó a Timoteo. Debemos ser una iglesia fundada sobre la enseñanza y la proclamación apostólicas. La iglesia heredó las instrucciones y las enseñanzas de los apóstoles de Cristo, quienes siguieron a Jesús y aprendieron de Él. Por

consiguiente, identificarse como iglesia significa enseñar todo lo que enseñaron los apóstoles. Esta identidad significa que guardamos el tesoro que nos ha sido encomendado y lo ponemos en manos de hombres y mujeres fieles que también enseñen a otros. Por tanto, la designación *apostólica* debe ejemplificar el carácter y la constitución de la iglesia, y proclamar un mensaje apostólico completamente verdadero y fiel.

La comunión de los santos

El credo fluye naturalmente de la creencia en la santa Iglesia universal a la confesión de la comunión de los santos. La santa Iglesia universal *es* una comunión de santos. Por tanto, el credo desecha cualquier noción de individualismo o de un cristianismo “por cuenta propia”. El credo llama a todos los cristianos a reconocer su nueva identidad como miembros eternos de la familia eterna del Dios eterno. Las iglesias a todo lo largo y ancho de los Estados Unidos deben recuperar una visión bíblica de los felices lazos que unen a todos y cada uno de los creyentes en una comunión gloriosa que se extiende a todo lo largo de los siglos, la cual ha sido asegurada nada menos que por la sangre de Jesucristo.

Hebreos 12: Una gran nube de testigos

Hebreos 12 revela las profundidades y las riquezas insondables de la comunión que existe en el pueblo de Cristo:

Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios (vv. 1-2).

Una nube invisible de hermanos y hermanas que nos han precedido nos rodea en este momento a todos los que creemos. La nube de santos da

testimonio de la fidelidad de Dios y de la reunión celestial prometida de todo el pueblo de Dios. Ellos nos animan a correr como pueblo de Dios. Nos invitan a perseverar a fin de que podamos ser partícipes de la eterna multitud y de su bella reunión en la cual no hay pecado.

El autor de Hebreos continúa, unos versículos más adelante, diciendo:

Porque no os habéis acercado al monte que se podía palpar, y que ardía en fuego, a la oscuridad, a las tinieblas y a la tempestad, al sonido de la trompeta, y a la voz que hablaba, la cual los que la oyeron rogaron que no se les hablase más, porque no podían soportar lo que se ordenaba: Si aun una bestia tocara el monte, será apedreada, o pasada con dardo; y tan terrible era lo que se veía, que Moisés dijo: Estoy espantado y temblando; sino que os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel (vv. 18-24).

El autor de Hebreos reveló la gloria del nuevo pacto. Nosotros no nos acercamos, como lo hicieron los creyentes en el Antiguo Testamento, a un monte que no podamos tocar por temor a que nos consuma el fuego de la santidad y la gloria de Dios. Antes bien, en Cristo nos acercamos al monte Sion, la ciudad de Dios. Nos acercamos no como visitantes ni transeúntes. ¡No! Nos acercamos como *ciudadanos* de la ciudad celestial. Nos acercamos para unirnos al coro de la gran nube de testigos y para proclamar las maravillas de Aquel a quien ahora vemos cara a cara.

Hebreos revela esto a la iglesia a fin de que el pueblo de Dios pueda hoy vivir con la confianza incommovible en el día venidero. Si este es nuestro destino como pueblo de Dios, ¡entonces debemos creer en la comunión de los santos y vivir como si lo creyéramos! Como cuerpo de Cristo debemos vivir hoy como una comunidad de peregrinos que perseveran con miras a una unión final, perfecta y cósmica de todo el pueblo de Dios de todas las eras, reunido para presenciar juntos la aurora del nuevo reino eterno.

Las Escrituras no refieren solo clanes especiales de creyentes, ya

fallecidos, que hayan alcanzado algún tipo de estatus exclusivo. Todos los cristianos son hechos santos, son santos, en y por Cristo. Los cristianos no deben orar a santos ni pedir oración a ningún santo. Cristo es nuestro único y suficiente Mediador e Intercesor, como nuestro gran Sumo Sacerdote. Sin embargo, es para nosotros una fuente de aliento y de verdadero valor la comunión con los santos, tanto los que están vivos en la tierra, como los que viven en Cristo en aquella gran nube de testigos.

Una iglesia, en Cristo

El pueblo de Cristo vive por la Palabra de Dios. Nuestra verdadera identidad está en Cristo y en las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios que es infalible y segura. Aún así, no nos avergüenza ni somos renuentes a aprender de otros cristianos que nos han precedido en la predicación de la Palabra de Dios y en la enseñanza de la fe cristiana.

Como un pueblo que ha sido comprado por sangre, aprendemos cómo leer y considerar a los grandes maestros y predicadores que han vivido a todo lo largo de la historia de la iglesia. Los cristianos maduros aprenden a leer con discernimiento, cuidado y gratitud. Aprendemos mucho de los teólogos en el pasado como Agustín de Hipona (354-430 d.C.), y de los credos que elaboraron los concilios de la iglesia primitiva cuando redactaron la confesión correcta de Cristo y la doctrina de la Trinidad. Integramos a los teólogos y las consideraciones doctrinales de cada época, con la Biblia como nuestra guía segura y nuestra norma de fe.

Nos levantamos sobre la fe de los grandes reformadores del siglo XVI y con la fe de la Reforma, resumida formalmente en los “Cinco Solas”: *Sola Fide, Sola Gratia, Solus Christus, Sola Scriptura, Soli Deo Gloria*: sola fe, sola gracia, solo Cristo, sola Escritura, solo a Dios la gloria.

Con gusto aprendemos de los puritanos y de los titanes de la fe como Jonathan Edwards y Charles Spurgeon. Tenemos un rico linaje de teología y enseñanza cristiana. Este también es uno de los regalos de la comunión de

los santos. Somos una iglesia que se ha llenado de valentía gracias al ejemplo de un sinnúmero de ministros y de mártires que nos han precedido. La comunión de los santos nos recuerda que estamos con ellos, juntos para siempre en la iglesia de Cristo.

El peligro del “yo”

Creer en la santa Iglesia universal y en la comunión de los santos supone al mismo tiempo el rechazo del individualismo recalcitrante que ha infestado el medio evangélico en los Estados Unidos. Valga aclarar que la entrada a la iglesia de Cristo se hace por medio de la profesión de fe individual y la confesión individual de las verdades del evangelio. Y debemos dar testimonio individual de su efecto transformador en nuestra vida.

Sin embargo, esto no debe sugerir la noción de que la vida cristiana se viva a solas. Nunca estamos solos. La idea de que podemos caminar en esta vida cristiana solos conlleva un veneno y una toxicidad que se ha convertido en un gran obstáculo para la iglesia estadounidense. Este individualismo no solo constituye una traición contra la iglesia, sino contra el evangelio. Insinúa que el evangelio se trata de que Dios salva nada más a las personas, pasando por alto la historia más grande de Dios que crea a *un pueblo*. Desde el Antiguo Testamento hasta el Nuevo, los pactos, los propósitos de Dios, y desde luego la creación misma del mundo, todo apunta al designio de Dios de crear un pueblo, un pueblo conformado por cada tribu, lengua y nación. Por la gracia de Dios venimos por la fe a Cristo, y de ese modo permanecemos unidos al conjunto del pueblo de Dios.

Cuando hacemos de este camino de fe un asunto del “yo”, abandonamos la plenitud del evangelio. El evangelio no nos permite reducir su gloria a una historia acerca de “yo” y de “mí”. La historia del evangelio incluye en unidad resplandeciente a todo el pueblo de Dios junto, como un pueblo. El

evangelio es la historia de Dios en la que Él, por medio de Cristo, crea un pueblo para su deleite. Por consiguiente, los miembros del pueblo de Dios nunca existen aislados. El pecador que viene a la fe en una habitación de hotel leyendo un Nuevo Testamento no está solo. El santo que muere como mártir por la fe no muere solo. El misionero que lleva el evangelio a los confines del planeta no va allí solo. En el momento de nuestra muerte, si estamos en Cristo, no estamos solos. Hermanos y hermanas, ¡nunca estamos solos!

Hay una gran tragedia que ha asediado a muchos en esta generación. Muy pocos cristianos en la actualidad pueden contar su propia historia en conexión con la historia de la iglesia. En toda nuestra nación, la falta de comunión verdadera ha privado a los creyentes de las riquezas de todo lo que contiene el Credo de los Apóstoles. Si te pidieran contar tu testimonio y tu andar cristiano, ¿cuán importante sería la iglesia en tu historia?

Debemos arrepentirnos de nuestra anémica eclesiología y abrazar la totalidad de lo que el Credo de los Apóstoles respalda en la creencia de la santa Iglesia universal y la comunión de los santos. Los creyentes deben abrazar su identidad como *pueblo* comprado con la sangre de Cristo. Debemos procurar vivir como quienes han de pasar toda la eternidad juntos, revestidos de la justicia de Cristo, cantando juntos como un solo pueblo las glorias de nuestro Dios. Debemos decir juntamente con Pablo, “sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús” (Filipenses 2:2-4). En efecto, podemos tener la mente de Cristo, quien descendió de su trono para entregarse en rescate por un pueblo, una iglesia, una comunión de santos para toda la eternidad.

[1]. D. A. Carson, “Evangelicals, Ecumenism, and the Church”, en Kantzer y Henry, *Evangelical Affirmations*, eds. Kenneth S. Kantzer y Carl F. H. Henry (Grand Rapids: Zondervan, 1990), 366.

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

CAPÍTULO 13

EL PERDÓN DE LOS PECADOS

La siguiente frase del Credo de los Apóstoles introduce por primera vez un aspecto que ha de confesarse acerca de la humanidad. Hasta este punto, el credo ha declarado la obra gloriosa del Dios trino, el esplendor y el escándalo del ministerio de Cristo, la promesa de juicio futuro, y el establecimiento de la iglesia. Ahora el credo pasa a tratar el carácter de la humanidad. La humanidad por fin aparece, y aparecemos como pecadores.

El credo afirma la verdad bíblica de la pecaminosidad de la humanidad y el juicio inminente de Dios contra el pecado y los pecadores que se han rebelado contra su autoridad santa. Aunque “el perdón de los pecados” solo suma cinco palabras en el credo, las verdades que comunican estas palabras son impresionantes. Son palabras que expresan la realidad bíblica de la condición desesperada de la humanidad a la luz de la ira santa de Dios contra el pecado. Aun así, también proclama las glorias inmensurables de la gracia de Dios en la cruz de Cristo.

En muchas iglesias de hoy se habla poco acerca del horror de nuestro pecado y se omite la confesión de pecado que tiene como punto de partida el reconocimiento de la realidad del pecado. El cristianismo evangélico olvida con frecuencia lo que significa conocer, declarar y celebrar el perdón de los pecados. Los cristianos están en peligro constante de seguir las

pisadas de innumerables personas que se han apartado para no reconocer y en cambio negar el perdón de los pecados. Abundan las enseñanzas erróneas que buscan menoscabar las doctrinas relacionadas con la creencia cristiana del perdón de los pecados.

Para los cristianos de hoy es vital entender, apreciar y aplicar las doctrinas contenidas en esta frase del Credo de los Apóstoles. Abandonar una comprensión sólida y bíblica del horror del pecado necesariamente menoscaba la belleza, el poder y el esplendor del evangelio de Jesucristo. La afirmación “el perdón de los pecados” contiene nada menos que el corazón de toda nuestra esperanza como creyentes. Por tanto, los cristianos deben tener como aspiración creer cada dimensión de esta declaración por excelencia del Credo de los Apóstoles. Si como creyentes fallamos en gloriarnos en las profundidades de las doctrinas que exploraremos a continuación, nuestra esperanza, alabanza y obediencia se verán perjudicadas. Sin “el perdón de los pecados” no hay evangelio, no hay esperanza para el pueblo de Dios, porque no habría pueblo de Dios.

“Perdónanos nuestras deudas” es una de las plegarias más valoradas (y más urgentes) que aparecen en el Padrenuestro, la oración que Jesús enseñó a sus discípulos. Sin embargo, a fin de entender esta sincera plegaria a Dios, debemos entender primero la realidad de nuestro pecado. Esto incluye la pecaminosidad de la raza humana entera, así como la horrible realidad de nuestro propio pecado individual.

Cuando confesamos que creemos en el perdón de los pecados, afirmamos toda una teología desde la creación, la caída y la obra redentora de Dios, hasta el reinado eterno de Cristo. La totalidad de la fe cristiana descansa en esas palabras: *el perdón de los pecados*.

Pasemos ahora a examinar las profundidades de la enseñanza del credo acerca del perdón de los pecados. Para empezar, debemos reconocer la grave situación en la que se encuentra toda la humanidad. Luego, debemos

intentar comprender la inimaginable repugnancia de la naturaleza de nuestro pecado. En otras palabras, debemos intentar ver nuestro pecado como Dios lo ve. Cuando entendemos nuestro pecado debidamente, el esplendor refulgente de la cruz de Jesucristo se alza con una belleza infinitamente mayor que podemos admirar y proclamar. Solo si recordamos el horrendo estado universal de nuestra pecaminosidad podemos empezar a comprender las espléndidas glorias del evangelio y la inconmensurable gracia de Dios que perdona nuestro pecado.

Porque en Adán todos mueren: la absoluta depravación del hombre

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Génesis 1:1). La Biblia empieza con el relato de cómo Dios creó los cielos y la tierra a partir de la nada. Él creó todas las cosas por el poder de su Palabra. El momento culminante de la creación fue la creación de Adán y Eva, los portadores de la imagen divina a quienes Dios encomendó ser fructíferos, multiplicarse y llenar la tierra con más portadores de su imagen (Génesis 1:28). Este drama divino empieza con un hombre que vive en perfecta armonía con Dios. En efecto, Génesis 1:31 termina con las palabras: “Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera”. Era, en verdad, bueno.

No obstante, en seguida viene Génesis 3, cuando Adán y Eva crearon una ruptura en el tejido de amor y armonía perfectos que existía entre ellos y Dios. Adán y Eva desobedecieron el mandato de Dios. Como lo muestra claramente el pasaje bíblico, ellos querían ser *como Dios*. Su orgullo hundió la creación en la vanidad. Toda la creación cayó bajo el castigo divino por su rebelión. Por cuenta del pecado de Adán y Eva, el mundo bueno en gran manera que Dios había creado existe ahora bajo la condenación. Este

castigo no solo vino sobre la creación, sino principalmente sobre toda la humanidad.

Como relata la historia bíblica, la realidad devastadora del pecado solo se intensifica. Cada capítulo posterior a Génesis 3 solo parece acentuar la maldición de la caída. La corrupción del pecado culmina en el juicio de Dios en Génesis 6 cuando Dios destruye la tierra y borra la mancha de la humanidad, a excepción de Noé y su familia. Sin embargo, después del diluvio, la historia del pecado continúa. La humanidad no se ha librado de la maldición que empezó en Edén con un hombre, una mujer, una serpiente, un fruto prohibido y un Dios perfecto y santo.

La maldición de Adán se propagó a cada rincón de la creación. Todos hemos sido contagiados por ella. La Biblia enseña en detalle la profundidad de nuestra depravación:

- Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios (Romanos 3:23).
- Porque no hay hombre que no peque (1 Reyes 8:46).
- Porque no es justo delante de Ti ningún *ser* humano (Salmo 143:2, nbla).
- Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (1 Juan 1:8).
- Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás (Efesios 2:1-3).
- Todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trazo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento (Isaías 64:6).

- He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre (Salmo 51:5).

Cada pasaje pone de relieve la innegable corrupción que existe en lo profundo del corazón de cada hombre, mujer y niño. En el Salmo 51, David señaló que el pecado está presente incluso desde la concepción. Ninguna persona es capaz de alcanzar la medida de la perfección y la santidad de Dios. Nacemos en pecado porque en Adán *somos* pecadores, y cargamos con su culpa imputada. Nacemos en pecado. Ningún ser humano es justo delante de un Dios santo. ¿Cómo puede alguien pretender acudir al tribunal de Dios como si fuera perfecto cuando todos estamos *muertos* en nuestras transgresiones y pecados?

El resultado de esta devastadora inculpación sobre toda la humanidad consume la promesa de la maldición en Génesis 3. La Biblia dice: “Porque así como en Adán todos mueren” (1 Corintios 15:22). *Toda* la humanidad muere en Adán. La totalidad de este juicio se extiende a cada rincón, a cada recodo y a cada grieta del planeta. Tú y yo, y toda la humanidad, estamos condenados delante de Dios por causa de nuestro pecado y de nuestra unión con Adán. Mientras el hombre viva bajo Adán como cabeza, permanece bajo condenación. La humanidad aguarda la ejecución del juicio y de la justicia eternos cuando la ira de Dios aplastará el pecado y a todos lo que se rebelan contra Él, contra su bondad y contra su gloria.

El horror inconmensurable del pecado

La creencia en la absoluta depravación del hombre que lleva a la muerte eterna debería demostrar el incuestionable horror y el agravio del pecado. Después que Natán confrontó a David por su adulterio y asesinato, David escribió estas palabras:

Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia;

Conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones.

Lávame más y más de mi maldad,

Y límpiame de mi pecado.

Porque yo reconozco mis rebeliones,

Y mi pecado está siempre delante de mí.

Contra ti, contra ti solo he pecado,

Y he hecho lo malo delante de tus ojos;

Para que seas reconocido justo en tu palabra,

Y tenido por puro en tu juicio (Salmo 51:1-4).

El pecado de David lo atormentaba hasta los huesos. No podía huir de la condenación desgarradora de su pecado y rebelión contra Dios. No podía apartar de su vista su pecado. Cuando se volvía a la izquierda, o a la derecha, allí lo encontraba su iniquidad. Cuando miraba arriba o abajo, allí encontraba sus pecados. Aun si cerraba los ojos, sus pecados habían quedado grabados dentro de sus párpados.

David también comprendió la esencia de su pecado. Él entendió que su pecado era contra Dios y solo Dios. En 2 Samuel 11 vemos que el rey David había pecado gravemente cuando codició una mujer que era la esposa de otro hombre. David agravó su pecado cuando cometió adulterio con esta mujer y luego mandó matar a Urías su esposo en una batalla. Sin embargo, estos enormes pecados palidecen en comparación con la verdadera esencia de su ofensa: David pecó contra el Creador eterno, el Rey de reyes, el Señor de señores.

Con todo, la cultura contemporánea aborrece cualquier noción del horror del pecado y de sus consecuencias. Los estadounidenses se agolpan alrededor de predicadores que no proclaman la realidad del pecado. Los predicadores del evangelio de la prosperidad aborrecen la idea de presentar la verdadera gravedad del pecado por miedo a sonar demasiado negativos. El evangelio que predicán, que es un evangelio falso, promete prosperidad, cuando nuestra necesidad más apremiante no es riqueza (ni salud), sino

salvación, redención, *¡es Cristo!* Los cristianos modernos, desprovistos de las armas de las enseñanzas bíblicas, a menudo corren tras la autoridad de predicaciones pragmáticas y encuentran terapias moralistas carentes de toda verdad espiritual. El deísmo terapéutico de los presentadores de espectáculos televisivos y de los tele-evangelistas sonrientes ha remplazado la infalible, segura, perfecta y poderosa Palabra de Dios, y el evangelio salvador de Jesucristo.

Los cristianos se hallan así en una crisis de verdad. Una comprensión deficiente del horror del pecado despoja la cruz de Cristo de su esplendor. Por tanto, es indispensable comprender la depravación total y universal de la humanidad. Los cristianos deben hacer como David. Todos deben ver su pecado como Dios lo ve.

Esta falla en comprender el horror del pecado nace del dios miniatura que los cristianos han creado a su propia imagen. Los cristianos son culpables de despreciar la santidad y la grandeza de la gloria incomparable de Dios. No podemos comprender adecuadamente la gravedad de nuestra ofensa si no admiramos la gloria de Aquel a quien ofendemos. El predicador puritano George Swinnock escribió: “El hecho de que Dios sea tan incomparable que no tenga par sobre la tierra ni en el cielo, puede darnos un indicio del horrendo veneno y de la malignidad del pecado, porque constituye una injuria contra un ser infinitamente grandioso, glorioso e incomparable”.^[1] Por tanto, el pecado debe medirse a la luz de la ofensa que representa contra Aquel a quien se ofende. Si Dios es tan infinitamente glorioso, más glorioso que todas las estrellas y galaxias combinadas, entonces el peso de nuestro pecado contra este Dios es la máxima expresión de la maldad. Otro puritano, Jeremiah Burroughs, dedujo la siguiente implicación:

Atentar contra Dios y desear que Dios deje de ser Dios. Esta es, en verdad, una maldad horrible... Qué decir de una maldad tal que lleve a una criatura a desear: “Oh, si pudiera tener mi lujuria; y en vez de tener que abandonar mi lujuria, yo preferiría que Dios dejara de ser Dios antes que yo tener que abandonar mi lujuria”.^[2]

Cristiano, tu pecado equivale a nada menos que al deseo de que Dios deje de ser Dios. Tu pecado se rebela como una traición cósmica. Tu pecado contra Dios es invitarlo a Él a descender de su trono para tú tomar su lugar. Tu pecado desea que el Creador renuncie a su gobierno legítimo y a la gloria que merece para cederlos a tu capricho.

No logramos entender la gravedad del pecado porque nos hemos fabricado un dios pequeño a quién adorar en lugar del Creador magnífico, infinito, supremo, excelente, hermoso y eterno. Tenemos una visión superficial de su gloria. Swinnock concluyó diciendo:

Cuán horrendo es entonces el pecado... vil y abyecto, cuando ofende y se opone no a reyes, no a los hombres más notables, no a los ángeles, no a las criaturas más elevadas, sino a Dios, el ser supremo, el Dios incomparable, ¡delante del cual reyes y ángeles, sí, la creación entera son menos que nada! Vemos la magnitud del pecado demasiado insignificante, demasiado corta, y de manera incorrecta... sin embargo, para lograr evaluarlo en toda su dimensión y proporción, debemos considerar el agravio que causa a este gran Dios glorioso e incomparable.[\[3\]](#)

Si los cristianos han de gloriarse en las riquezas del perdón de los pecados, debemos primero derribar los ignominiosos ídolos impíos que se han fabricado y a los que han catalogado como “dios”. Los cristianos deben acercarse y contemplar la formidable gloria de Dios a fin de comprender el horror del pecado. No ver a Dios en toda su gloria conduce necesariamente a una visión disminuida del pecado. Una visión anémica del pecado abre el camino a un evangelio barato, una cruz inútil, y un Mesías que no necesita derramar su sangre.

El peligro de una comprensión inadecuada del pecado

Una definición inadecuada de pecado acarrea consecuencias desastrosas. Hay quienes pueden pensar que la visión de pecado como se ha descrito anteriormente conduce a innecesarios sentimientos de culpa. Nace la tentación de moderar esas “duras” enseñanzas acerca del pecado, a fin de proclamar un mensaje más alentador y positivo. El cristiano debe evitar esto

a toda costa. Abandonar el horror del pecado llevará a renunciar a las verdades esenciales del evangelio y será un insulto contra la cruz de Cristo. Los siguientes son algunos ejemplos de lo que sucede cuando los cristianos fallan en reconocer la gravedad de la ofensa del pecado.

El pelagianismo. En el siglo V, un maestro romano llamado Pelagio empezó a enseñar contra el pecado original de la humanidad. Enseñó que la naturaleza del hombre era naturalmente buena y que el ser humano era capaz de elegir a Dios aparte de la gracia de Dios. Por tanto, el pelagianismo se opone a la depravación total y universal de la humanidad posterior a la caída de Adán y Eva. En otras palabras, se opone a la Biblia. Optar por la creencia del pelagianismo puede parecer atractivo, porque declara la bondad general de la naturaleza humana. El pelagianismo parece más optimista que la noción del pecado original y de la condición corrompida del hombre. Sin embargo, falla en comprender el peso y el horror del pecado de Adán en el huerto. Creer en el pelagianismo no solo constituye un rechazo a la clara enseñanza bíblica sobre la depravación total, sino que conduce a una visión empequeñecida de nuestra naturaleza, lo cual subsecuentemente nos sustrae de nuestra necesidad exclusiva de la gracia de Dios para salvación.

El catolicismo romano divide los pecados en dos categorías: mortales y veniales. Los pecados mortales constituyen una acción grave que se comete de manera deliberada y en pleno conocimiento. Cometer un pecado mortal pone a un católico en ruta hacia el infierno, a menos que se arrepienta. Los pecados veniales son pecados menos graves y, de lejos, los más comunes en las creencias católicas. Un pecado venial puede cumplir algunos criterios de un pecado mortal, pero no todos. Los pecados veniales deben ser confesados, porque pueden derivar en pecados mortales, pero no separan al católico de la gracia.

Sin embargo, la Biblia no hace esa clase de distinciones. Debemos evitar

cualquier esfuerzo por reducir el horror de cualquier pecado. Todo pecado quebranta la palabra y el mandamiento de Dios. Todo pecado nace de un corazón corrompido que anhela que Dios descienda de su trono. Además, la posición católica desvaloriza la inextinguible necesidad de la gracia de Dios. Cada pecado que cometemos merece la eterna ira de Dios. Romanos 6:23 dice: “Porque la paga del pecado es muerte”. Tal es el precio del pecado. Esa es la condición de toda la humanidad.

El evangelio de la prosperidad. Por último, el evangelio de la prosperidad difunde una visión del pecado que es peligrosa, mortal y desastrosa para la eternidad. El evangelio de la prosperidad y sus maestros no quieren discutir la gravedad del pecado, porque la consideran un mensaje negativo que empaña sus mensajes positivos y alentadores. Al hacer a un lado el pecado, la “fe fácil” permea la enseñanza de la prosperidad. Los maestros de la prosperidad no presentan a sus oyentes la devastadora condición de su pecaminosidad. En lugar de eso, con frecuencia dice a los pecadores que son víctima de sus circunstancias, en lugar de pecadores que atentan contra un Dios santo. Esta enseñanza no solo resulta absurda, sino una proclamación mortal. El evangelio de la prosperidad se limita a masajear las conciencias de sus oyentes, que nunca son confrontados con su pecado, con la justicia y la santidad de Dios, y con su necesidad de la obra salvadora y expiatoria de Jesucristo.

Cada una de estas tres categorías constituye un peligro real que empaña la verdadera enseñanza del pecado humano. Los cristianos deben rebatir tales nociones y proclamar la verdad que presenta la Biblia. Toda la humanidad bajo Adán está muerta en el pecado. Cada ser humano está condenado ante un Dios santo y justo. Romanos 8:7: “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden”. En efecto, todos los que están apartados de Cristo están en la carne. Todos los que están separados de Cristo permanecen en sus

pecados. Este pecado es horrendo porque atenta nada menos que contra el Dios santo y altísimo del universo. La realidad de nuestro pecado debe ser vista en todo su horror. Si no comprendemos nuestra necesidad y la gravedad de nuestro pecado, nunca entenderemos la verdadera belleza inapreciable de lo que significa que nuestros pecados sean perdonados.

La esperanza se abre paso

La humanidad entera está condenada delante de Dios por causa del horrible pecado que mora en cada persona. La repugnancia del pecado no puede ser comprendida plenamente, porque no podemos medir la plenitud de la santidad de Dios. Aun así, el hombre es responsable de la más alta traición que se haya conocido en el universo entero. No podemos escapar de esta condenación ni del juicio de Dios. Somos en verdad culpables de todos los crímenes de los cuales se nos acusa. ¿Qué podemos hacer? Nada. ¿Qué necesitamos? Perdón. Por este motivo irrumpe la expiación de Jesucristo en la corte cósmica. Allí es donde la esperanza se abre paso como un rayo que atraviesa el cielo nocturno.

La expiación de Jesucristo en la cruz se convierte en la única esperanza para toda la humanidad. Hebreos 9:24-26 despliega la gloria de esta esperanza:

Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios; y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre *por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado.*

Una vez más, confesamos la verdad salvadora de Cristo como nuestro Sumo sacerdote, el cual fue el sacrificio suficiente por nuestros pecados. Cuando confesamos juntos que creemos en el perdón de los pecados,

coincidimos con las Escrituras en que Jesús vino a salvar a los pecadores (1 Timoteo 1:15), en que “siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8), y en que, como nos recordó Juan, “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

El don de la vida eterna es un hecho gracias al perdón de los pecados, un perdón que solo es posible porque Jesucristo murió por nuestros pecados.

Hebreos 9 consagra la expiación de Jesucristo como el acontecimiento que toda la historia había esperado. La creación entera gimió por aquel día en que Cristo colgó en la cruz tomando el lugar de los pecadores. La promesa de Dios en Génesis 3 de aplastar la cabeza de la serpiente se cumplió en la obra de Cristo. Cada gota de sangre derramada en los sacrificios del Antiguo Testamento no fue más que una sombra que anhelaba el día en el que se hiciera el sacrificio una vez y para siempre. Todos los pecados del pueblo de Dios fueron puestos sobre Jesucristo. Dios derramó toda su ira sobre su Hijo. *¿Cómo pudo ser esto?* Hemos hablado acerca del horror inmensurable de nuestro pecado. Sabemos acerca del alcance de nuestra depravación. Sabemos que estamos muertos. Sabemos que éramos seguidores de Satanás. Sabemos que nuestros corazones ansiaban que Dios dejara de existir. A pesar de todo nuestro pecado y de la gravedad de la ofensa, Jesucristo ha pagado el precio.

Jesús, en una cruz que nosotros merecíamos por la eternidad, soportó el castigo por nuestro pecado. Como escribió Pablo: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21). ¡Qué admirable verdad! La esperanza se abre paso en las crónicas de la historia pecaminosa de la humanidad cuando el Hijo de Dios asciende la colina de los pecadores para soportar la ira que estaba reservada para *nuestro* pecado. Él llevó nuestros

pecados, y nosotros recibimos el perdón completo. Esta es la estremecedora verdad que descansa en el corazón de la fe cristiana.

Las glorias de la expiación condensan la responsabilidad constante del cristiano de salvaguardar y enseñar una doctrina rigurosa sobre el pecado. La iglesia debe predicar la realidad y el horror del pecado. La iglesia debe proclamar la depravación total y universal de toda la humanidad. Si los predicadores sacan estas enseñanzas del púlpito, despojan sus mensajes del poder y de la gloria de la expiación. A menos que los pecadores vean la realidad de su pecado, no podrán ver ni comprender el poder salvador de la expiación de Jesucristo.

La esperanza cumplida

La expiación de Cristo hace posible y asegura la confesión del Credo de los Apóstoles: “Creo en el perdón de los pecados”. Sin embargo, hemos examinado el costo incuestionable que supone el perdón continuo de nuestros pecados. La ofensa fue mayor de lo que podía concebir nuestra mente, y aun así Cristo soportó íntegramente su castigo. Él experimentó por nosotros cada medida de la ira de Dios. Su expiación pagó el precio completo de nuestros pecados y nos imputó su justicia.

Entender la realidad de la expiación nos conduce ahora a la esperanza cumplida. “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). Este versículo encierra la plenitud de la esperanza cristiana. Los pecadores pueden confesar sus pecados a Dios. ¿Por qué? Porque Cristo pagó el precio en su cuerpo sobre el madero. Él se convirtió en maldición por nosotros. Podemos confesar nuestros pecados y confiar en el perdón porque Jesús pagó la condena. Aunque nuestro pecado sea grande y su ofensa demasiado vil para ser contemplada, Jesús pagó la deuda. Aunque la paga del pecado es

muerte, Dios proveyó el don gratuito de la vida eterna por medio del sacrificio de Jesús.

Los cristianos que no logran entender la verdadera noción del pecado se niegan a ellos mismos la única esperanza que tienen en Jesucristo. Las falsas enseñanzas acerca del pecado conducirán inevitablemente a una justicia por las obras, un evangelio barato, y un Cristo que murió innecesariamente. El plan redentor de Dios por medio de Cristo no habría sido necesario si la iniciativa humana pudiera fácilmente librarse del pecado. Lo espantoso del pecado y de sus consecuencias arrastra a todos a la necesidad de la gracia de Dios por medio del evangelio de Jesucristo. Esta es la gran paradoja de la vida cristiana. El mundo desea que huyamos de nuestra culpa. La culpa se considera como un enemigo que debe ser aniquilado. Los libros de autoayuda llenan las estanterías de las librerías en el inexorable esfuerzo humano por suprimir el sentimiento de culpa. Sin embargo, para el cristiano la culpa es un regalo. Ese sentimiento de culpa inextinguible y persistente nos lleva a la única esperanza que tenemos. Los pecadores deben abrazar la culpa infinita que experimentan si han de encontrar la infinita gracia de Dios. Solo cuando abrazamos nuestra culpa podemos acudir a esa fuente carmesí de esperanza, la sangre de Jesús que nos limpia.

En 1 Juan 1:8-9 encontramos la promesa que asegura nuestra creencia en el perdón de pecados: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”. Observa cuál es la garantía expresada en esta promesa. Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados. Estamos llamados a confesar nuestros pecados de manera individual y colectiva, de manera continua. Dios perdona nuestros pecados, y en virtud de la expiación que Cristo llevó a cabo perfectamente y para

siempre, Él es fiel y justo para hacerlo. Fiel, porque Dios cumple siempre sus promesas. Justo, porque como nos recuerda el antiguo himno:

Todo debo a Él
pues todo pagó,
de la mancha del pecar,
cual nieve me lavó.[\[4\]](#)

Conclusión

El Credo de los Apóstoles, en palabras sucintas, proclama la gloria infinita del evangelio cristiano. El horror incomparable del pecado es borrado gracias al perdón de Dios que fue comprado por la obra expiatoria de Cristo. La franca descripción del credo para referir la verdadera naturaleza de la condición humana revela que somos un pueblo que necesita el perdón eterno. La breve frase “creo en el perdón de los pecados” contiene nada menos que la esperanza eterna de la humanidad. Creer en el perdón de pecados implica que somos conscientes de que estamos separados de Cristo. Debemos comprender la naturaleza vil de nuestro pecado. Debemos reconocer nuestro estado de desamparo como quienes están muertos en Adán. Contenido en la afirmación del perdón de los pecados también está el logro de la obra de Cristo. No hace falta ni debemos atrevernos a añadir nada a la afirmación del credo. Hacerlo equivale a predicar un falso evangelio.

Sin embargo, existe el peligro de sentirnos tentados a abandonar todo lo que enseña esta afirmación. Enseñar la absoluta depravación del hombre parece algo demasiado duro y pesimista para la humanidad. Proclamar el horror del pecado parece demasiado severo en un mundo que intenta rehuir el sentimiento de culpa. Predicar la necesidad del perdón atenta contra el orgullo humano que desea justificarse delante de un Dios santo. Dichas

tentaciones, una a una, deben ser anuladas con cada palabra de la Biblia y con el evangelio de verdad. No debemos separarnos de la afirmación del Credo de los Apóstoles. Hacerlo supondría privarnos a nosotros mismos, a nuestras iglesias y al mundo de la única esperanza de la humanidad: la preciosa expiación de Jesucristo por medio del sacrificio de su sangre que nos limpia de todo pecado. Es gracias a su sangre, y solo a ella, que podemos quedar limpios como la nieve. Este es el evangelio.

[1]. George Swinnock, *The Works of George Swinnock*, M.A., vol. 4 (Edimburgo, Escocia: Banner of Truth Trust, 1992), 456.

[2]. Jeremiah Burroughs, *The Evil of Evils: The Exceeding Sinfulness of Sin* (Morgan, PA: Soli Deo Gloria Publications, 1992), 40.

[3]. Swinnock, *The Works of George Swinnock*, 456.

[4]. “Jesus Paid It All”, *HymnWiki*, última revisión 24 de abril de 2010, https://www.hymnwiki.org/Jesus_Paid_It_All. Traducción de dominio público.

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

CAPÍTULO 14

LA RESURRECCIÓN DEL CUERPO, Y LA VIDA ETERNA

Puedo recordar, en mi niñez, algunas conversaciones acerca del cielo y la preocupación de ciertas personas acerca de si sería una experiencia similar a la de estar sentado en un banco de iglesia, pero por toda la eternidad. A mí me gustaba mucho ir a la iglesia, pero me parecía inimaginable pasar sentado más tiempo de lo que era indispensable. Mi mente se veía tentada a divagar en muchas direcciones diferentes, al tiempo que mis pies colgaban del banco, siendo yo aún de corta estatura. Puedo recordar lo que escuchaba acerca del cielo y cómo era incapaz de imaginar tal cosa. De hecho, es posible que algunos cristianos *no esperen con ansias el cielo*, especialmente cuando se piensa acerca del cielo de manera no bíblica, que es el caso para muchos. Nuestras ideas no bíblicas de la eternidad nos traicionan.

Los cristianos hemos apostado nuestra vida a la esperanza escatológica de la resurrección del cuerpo y la vida eterna. La vida cristiana está marcada por el anhelo de esa esperanza escatológica. El apóstol Pablo escribió: “Porque el *anhelo ardiente* de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios” (Romanos 8:19). Desde la caída de Adán y Eva, la

muerte entró en el mundo, por lo que la creación entera anhela ansiosamente la redención. Pablo continuó diciendo:

Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo (Romanos 8:20-23).

Si bien sabemos que Cristo pagó el precio por nuestro pecado y aplastó la cabeza de la serpiente, la muerte todavía existe. Los cristianos y el universo entero aguardan con impaciencia y ansían la victoria final sobre Satanás y sobre la muerte. Por consiguiente, ser cristiano significa ansiar. Ser seguidor de Cristo significa anhelar ese día, la redención del *cuerpo*.

Este anhelo vehemente de la redención final de nuestro cuerpo nos lleva a la última sección del Credo de los Apóstoles:

Creo en el Espíritu Santo,
la santa Iglesia universal,
la comunión de los santos,
el perdón de los pecados,
la resurrección del cuerpo,
y la vida eterna.

Esta afirmación que sintetiza la fe cristiana apunta al fin de lo que cada creyente en Jesucristo espera con ansias. Estas palabras finales condensan las glorias de la era venidera. ¡Este credo termina no con un suspiro sino con un estallido! Declara la verdad de lo que creemos como cristianos acerca del fin de los tiempos: la resurrección de nuestro cuerpo y la vida eterna. Si la vida cristiana anhela este estado eterno prometido, cabe de todos modos preguntarnos: “¿Qué es la resurrección del cuerpo? ¿Qué es la vida eterna?”. Por desdicha, una visión deficiente de estas gloriosas verdades empobrece la fe de un gran número de cristianos. Como resultado,

muchos creyentes no viven con la esperanza confiada del futuro que enseña la Biblia, y esto resulta perjudicial para la vida y el ministerio en el presente. Recuperar la instrucción bíblica acerca de la resurrección y de la vida venidera se convierte en un imperativo para que las glorias de estas promesas futuras puedan enriquecer nuestro anhelo presente y afirmar nuestro anhelo de aquel día, cuando ya no andemos más por fe sino por vista.

La resurrección del cuerpo

Una perspectiva cristiana de la muerte

El Credo de los Apóstoles termina con el presupuesto de que sus lectores entienden lo que sucede entre el perdón de los pecados y la vida eterna. Sin embargo, no debemos olvidar que entre nuestro perdón y nuestra resurrección sucede el deterioro y la muerte del cuerpo. La Biblia describe la muerte como el enemigo final. Esto significa que los cristianos consideran la muerte al menos de dos maneras. Primero, vemos la muerte como algo temible. Temible en el sentido de que la muerte conduce al fin de la vida terrestre, el fin de algo precioso. Segundo, y más importante aún, los cristianos consideran la muerte un enemigo y una realidad abominable. La destrucción final de la muerte será entonces la destrucción de nuestro gran enemigo. El día del Señor vendrá y se obtendrá la victoria final. En aquel día, ¡los muertos resucitarán! Esta resurrección de los muertos no será una resucitación en masa. Es una *resurrección*.

De la muerte a la resurrección: una exposición de 1 Corintios 15

En lo que concierne a la doctrina de la resurrección, un gran número de cristianos no logra descansar ni gozarse en las riquezas que presenta la

Biblia. Primera de Corintios 15 expone la promesa eterna de la resurrección del cuerpo y su papel central en la esperanza cristiana.

“¿Los más dignos de conmiseración?”

En 1 Corintios 15, Pablo presenta bellamente la gloria del evangelio. Sin embargo, en el contexto de 1 Corintios 15, se ocupa principalmente no de la negación de *la resurrección de Cristo*, sino de la negación de *la resurrección del cuerpo*. Esto explica la lógica de Pablo en 1 Corintios 15:12-20:

Pero si se predica de Cristo que resucitó de los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe. Y somos hallados falsos testigos de Dios; porque hemos testificado de Dios que él resucitó a Cristo, al cual no resucitó, si en verdad los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron. Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres.

Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho.

Pablo puso el centro de la esperanza de todos los cristianos en la resurrección de Jesucristo. Sin la resurrección de Jesús, la fe cristiana es una fe vana. Es una desfiguración de Dios y de su voluntad. De hecho, sin la resurrección del cuerpo, Pablo dice que los cristianos todavía viven en sus pecados. ¡Pero Cristo *sí* resucitó de los muertos! Él pagó el precio por nuestros pecados. Ahora está sentado en el trono sobre el universo. Los cristianos no somos dignos de conmiseración. Al levantar a Cristo de los muertos, Dios lo hizo primicias. Como Él fue levantado en su cuerpo del sepulcro, el pueblo de Cristo también será resucitado de la muerte para vida eterna. Jesús vive, incluso ahora, como la evidencia tangible de la promesa de Dios de la resurrección del cuerpo para su pueblo.

El anhelo del fin

Después de mostrar la esperanza que tienen los cristianos de su propia resurrección por la resurrección de Cristo, Pablo pasa a mostrarnos *cómo* sucede esto:

Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies (1 Corintios 15:24-25).

En este pasaje, Pablo esgrime las marcadas diferencias entre Adán y Cristo, muerte y vida. Pablo explicó que, por medio de Adán, la muerte entró en el mundo; por medio de Adán la condenación vino para toda la humanidad. Pablo dejó este punto claro:

Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron... porque si *por la transgresión de aquel uno* murieron los muchos... Pues si *por la transgresión de uno solo* reinó la muerte, mucho más reinarán en vida *por uno solo* (Romanos 5:12, 15, 17).

Así pues, en la teología de Pablo vemos que Adán es cabeza de toda la humanidad. Por medio de Adán, la muerte y el pecado se extendieron a todos los hombres. Nuestra posición en Adán nos esclavizó a la muerte y a Satanás. Con Adán como cabeza de toda la humanidad, los hombres quedan desamparados y condenados inexorablemente al juicio y a la ira de Dios.

No obstante, en Cristo, Dios ofrece una nueva cabeza que trae libertad y esperanza a todos los que lo buscan en fe. La condenación del liderazgo de Adán, en Romanos 5, ahora se revierte. Jesucristo y su justicia ofrecen justificación y vida a todos los que lo buscan (v. 18). Por medio de la obediencia de Jesús muchos serán hechos justos (v. 19). Toda la herencia del liderazgo de Adán queda atrás cuando la nueva vida en Cristo consolida una herencia de vida eterna nueva y duradera. Con Cristo viene la resurrección de los muertos (1 Corintios 15:21). En Cristo todos cobraremos vida (v. 22).

En 1 Corintios 15 se expone el drama de la culminación de los siglos. La esperanza de la resurrección y de la vida eterna encarna lo que los cristianos anhelan en el día que Cristo aparezca. Así, la gloria del anhelo cristiano radica en el objeto de nuestro anhelo, es decir, anhelamos lo que no puede marchitarse, lo que nunca dejará de ser, una vida de gozo y paz eternos en Cristo. Pablo ilustró la profundidad de este anhelo: “Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies” (vv. 24-25). El fin llega con la venida de Cristo. Cristo derrocará todo gobierno demoniaco y toda autoridad satánica. Todas las naciones se derrumbarán delante de Él. Cada enemigo de su voluntad sucumbirá a su infinito poder y a su incuestionable autoridad. Todos sus enemigos, incluso Satanás y la muerte, serán destruidos y sometidos bajo sus pies. Cristo inaugura un nuevo reino donde la muerte es derrotada y Satanás es arrojado para siempre. El triunfo final de Cristo sobre sus enemigos y su reino eterno incluye el fin incomparable que los cristianos esperan y anhelan.

Una gloria peculiar

La teología de Pablo se hace más profunda conforme expone verdades aún más gloriosas que rodean la resurrección de los santos. En los versículos que siguen, Pablo expone específicamente los detalles de la naturaleza del cuerpo resucitado. Él describe una gloria peculiar que los creyentes reconocerán en el día de Jesucristo:

Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué cuerpo vendrán? Necio, lo que tú siembras no se vivifica, si no muere antes. Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de salir, sino el grano desnudo, ya sea de trigo o de otro grano; pero Dios le da el cuerpo como él quiso, y a cada semilla su propio cuerpo. No toda carne es la misma carne, sino que una carne es la de los hombres, otra carne la de las bestias, otra la de los peces, y otra la de las aves. Y hay cuerpos celestiales, y cuerpos terrenales; pero una es la gloria de los celestiales, y otra la de los

terrenales. Una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas, pues una estrella es diferente de otra en gloria.

Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción (1 Corintios 15:35-42).

Por causa del pecado, nada en una persona merece una esperanza inmortal. Sin embargo, por la gracia y el amor de Dios, por su poder soberano, aunque el cuerpo físico perece, Dios lo resucita. Aunque los dolores de la muerte todavía se asoman en el horizonte, los cristianos viven en la confianza absoluta de que lo que fue sembrado en deshonra será levantado en honra. Lo que fue sembrado en debilidad será levantado en poder. Lo que fue sembrado como perecedero será levantado como un cuerpo incorruptible.

Aun así, ¿cómo será ese cuerpo incorruptible? ¿Qué atributos posee este nuevo cuerpo? Primero, el cuerpo resucitado es un cuerpo físico. Puede que sobre decirlo, pero es menester afirmarlo explícitamente. El cuerpo físico es parte de lo que significa ser humano. Por consiguiente, los cristianos tendrán una existencia corporal y física a lo largo de la eternidad. Así que un cuerpo resucitado, glorioso y físico tendrá alguna continuidad con los cuerpos que tenemos ahora. Sin embargo, habrá una discontinuidad evidente entre el viejo cuerpo perecedero y el nuevo cuerpo eterno. Lo que era débil dará paso al poder. Lo que era deshonroso dará paso al honor. Lo que era natural será transformado en espiritual. Lo que era perecedero dará paso a un cuerpo imperecedero que nunca verá ni probará la muerte. Estos cuerpos vivirán en inmortalidad con Cristo por toda la eternidad. Primera de Juan 3:2 exclama: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es”. Cuando Cristo aparezca, los cristianos vivirán con Él en una existencia física, en un cuerpo físico. Aun así, este cuerpo brillará en gloriosa

perfección por toda la eternidad, cuando verá y contemplará a Cristo cara a cara para siempre.

¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?

En los últimos versículos de 1 Corintios 15, Pablo empezó a escribir acerca de un misterio. El misterio que Pablo reveló en estos versículos lleva a un punto culminante su enseñanza acerca de la resurrección y sus implicaciones. Aunque lo que él nos dice es, en efecto, un misterio, por la gracia de Dios en la regeneración podemos comprender lo que Pablo expuso en estos últimos versículos:

Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción.

He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo.

Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano (1 Corintios 15:50-58).

En este pasaje, Pablo dijo a los corintios que cuando el día del Señor venga, algunos, que no han probado aún la muerte, serán transformados en sus nuevos cuerpos gloriosos. De modo que, en la segunda venida de Cristo, ya sea que estén vivos en la tierra o sepultados bajo tierra, todos los que están unidos a Cristo por la fe experimentarán una gloriosa transformación.

¿Por qué deben experimentar los cristianos esta transformación? Porque, como nos dice Pablo, lo *corruptible* debe vestirse de *incorruptible*, y lo *mortal* debe vestirse de *inmortalidad*. En ese momento, la muerte, que

prevalece como el enemigo final de la creación y del cristiano, será sorbida. En aquel día de resurrección y transformación, la muerte de la muerte por fin tendrá lugar. Los santos y toda la creación exclamarán: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?”. El poder del pecado sobre la creación pasará al olvido por toda la eternidad, y la victoria de Cristo inaugurará la nueva realidad para Dios y para su pueblo. Para el universo, esta transformación de lo mortal a lo inmortal significa que Dios ha traído la victoria final de Satanás, el pecado y la muerte. Cuando los cristianos se revisten del nuevo cuerpo, se revisten de la nueva era, una eternidad libre de muerte.

“Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo”.

Con base en esta declaración, Pablo afirmó que podemos vivir. Los cristianos pueden desafiar la muerte en el sentido de que pueden morir en seguridad. A la luz de esa verdad, Pablo concluyó: “Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (1 Corintios 15:58). En efecto, el trabajo no es en vano. Los cristianos comprenden ahora que esta vida presenta grandiosas y gloriosas oportunidades para sembrar para aquel día venidero. Los cristianos marchan ahora en un desfile de victoria frente a la muerte, porque saben cuál es el final de esta historia redentora.

Si los cristianos no supieran cuál es el suceso culminante de la resurrección final, no podrían funcionar en el ministerio. Si los cristianos fallaran en reconocer el fin para el cual Dios los ha destinado, sería imposible cumplir el ministerio en medio del pecado, de las pruebas y de la persecución. En efecto, Pablo ya ha dicho antes que, si la resurrección no fuera cierta, seríamos los más dignos de conmiseración de todos los

hombres. ¿Por qué? Porque la vida cristiana es una vida marcada por la cruz. Es una vida de entrega, de renuncia, de lucha contra el pecado, de llevar cargas. El cristiano enfrenta un mundo hostil y pecaminoso que se encuentra bajo el poder de Satanás. No solo eso, sino que el cristiano, aun después de una vida larga y laboriosa, debe enfrentar todavía el enemigo final, la muerte. Si, pues, la resurrección y la esperanza venidera no fueran más que fantasías, todo el sufrimiento que soportan los cristianos solo merecería la más grande conmiseración.

Sin embargo, la verdad es otra, porque la resurrección de Cristo *sí* ocurrió. Él *aseguró* nuestra esperanza por medio de su resurrección. El Espíritu mora en nosotros como una señal y como un sello de que nosotros, en verdad, seremos resucitados con Cristo. Pablo dijo que el mismo Espíritu que levantó a Jesús de los muertos vive en nosotros y también dará vida a nuestros cuerpos mortales (Romanos 8). Los cristianos pueden así soportar el sufrimiento. Los cristianos pueden enfrentar con valentía la persecución más feroz. Los cristianos pueden mirar a los ojos de la muerte sabiendo que, cuando Cristo regrese, ella también pasará. La realidad de la resurrección de nuestro cuerpo libera al cristiano de todo temor y lo fortalece para vivir en celo piadoso. Dado que los cristianos saben dónde culminará toda la historia, pueden con gozo entregar sus vidas y ser el grano de trigo que cae a tierra y muere y lleva mucho fruto. Así pues, los cristianos deben anhelar aquel día de la resurrección. Sin ese anhelo de aquel día glorioso, la dureza de corazón se establece y el temor de la muerte paraliza los afectos que deberían inflamarse con pasión santa. Si han de vivir para la resurrección venidera, los cristianos deben anhelarla.

La vida eterna

La última frase del Credo de los Apóstoles añade lo que ya ha sido afirmado. La iglesia ha hecho uso de gran sabiduría al separar “la

resurrección del cuerpo” y “la vida eterna”. La última fluye de la primera, y ambas en su conjunto postulan una gloriosa verdad de los últimos tiempos. De modo que “creo en la vida eterna” afirma que todos los muertos se levantarán y, a la vez, recuerda que hay un juicio futuro.

En este libro ya hemos examinado la realidad de que Cristo vendrá “a juzgar a los vivos y a los muertos”. La vida eterna denota que el juicio final ha llegado. Cristo, en su victoria final, juzgará en verdad a toda la humanidad. Jesús dejó claro que Él separará “las cabras” de “las ovejas” (Mateo 25:31-46). En aquel día, Él dirá algo muy diferente a las ovejas y a las cabras. A las ovejas dirá: “Vengan conmigo al cielo”. En cambio, a las cabras dirá: “Vayan al infierno, al tormento eterno”. El juicio de Cristo inaugura dos destinos eternos. Todos heredarán la vida eterna. Sin embargo, quienes han puesto su fe en Cristo entrarán a una vida eterna de descanso y gozo. Quienes no vinieron al Salvador pasarán toda la eternidad en el tormento del infierno. Ambas realidades acarrearán sentencias eternas. Es vital que los cristianos lean este credo como la descripción detallada tanto de las dichas del cielo como de los terrores del infierno. *Ambos* vendrán en el día de Cristo.

Mientras que a los que no ponen su fe en Cristo les espera la muerte eterna, la herencia de los cristianos es la vida eterna en el cielo con Dios. El cielo será el hogar para los cristianos por toda la eternidad. Sin embargo, muchas veces los cristianos no anhelan lo suficiente el cumplimiento de esta gloriosa promesa que Cristo aseguró por medio de su muerte, sepultura y resurrección. A menudo, los cristianos se conforman con el mundo y con todos sus placeres temporales, y olvidan las palabras de Pablo:

Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria (Colosenses 3:1-4).

En este pasaje, Pablo les recuerda a los cristianos su identidad como quienes están unidos a Jesucristo por la fe. A la luz de esa identidad, los cristianos deben vivir en esta tierra como un pueblo que tiene el cielo presente en su mente. Pablo nos ordenó buscar las cosas de arriba y no buscar a ningún otro aparte del Cristo resucitado que está sentado en su trono. Pablo escribió que hemos muerto a este mundo y que nuestras vidas están ahora escondidas en Dios. Pablo concluyó diciendo a los cristianos que, cuando Cristo regrese, seremos manifestados con Él para siempre en gloria. Así pues, la escatología provee un fundamento clave para la vida y la ética cristianas. En la medida en que los cristianos entienden la belleza de la herencia que les espera, llevarán vidas diferentes aquí en la tierra. Los cristianos que viven con el cielo en mente anhelan que venga la eternidad y viven para la promesa escatológica de Colosenses 3.

La falta de anhelo de la que adolece el cristiano contemporáneo debería ser motivo de gran preocupación. Los cristianos, especialmente en occidente con todas sus comodidades y riqueza, han dejado que el mundo engañe sus sentidos. Los cristianos piensan que el cielo será algo menos emocionante de lo que conocemos en esta vida. La comodidad, las riquezas y las satisfacciones de este mundo han nublado la visión de los cristianos para no ver lo que Dios ha hecho por ellos, el propósito por el cual los salvó y el desenlace hacia el cual se dirige toda la historia.

El cielo no es un lugar de menos, sino un lugar de infinitamente *más*. Todas las cosas buenas conocidas en esta vida serán infinitamente amplificadas o superadas por algo que es infinitamente mejor. Dios revela en su Palabra la realidad asombrosa de la vida venidera:

- “En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros” (Juan 14:2).
- “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá

muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Apocalipsis 21:4).

- “Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Corintios 2:9).
- “Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir” (Hebreos 13:14).
- “El material de su muro era de jaspe; pero la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio” (Apocalipsis 21:18).

El último versículo fue la base del sermón de Jonathan Edwards titulado “Nada sobre la tierra puede representar las glorias del cielo”. Edwards determinó que ni siquiera el lenguaje de la Biblia alcanza a describir plenamente el gozo venidero, porque la Biblia debe acomodarse a nuestras percepciones limitadas y caídas. Edwards concluyó su sermón diciendo:

[Los cristianos] han de ser bendecidos y gloriarse en extremo, porque disfrutarán a Dios como su porción, y gozarán plenamente la posesión de todas las cosas. El Dios infinito se da a sí mismo a ellos para que las disfruten al máximo de su capacidad. Por tanto, la doctrina ciertamente debe ser verdadera, que nada terrenal puede darnos una representación de la gloria de ellas; porque efectivamente ni plata, ni oro, ni piedras preciosas, ni coronas ni reinos pueden compararse en absoluto con el Dios infinito. Además, ellos también poseerán juntamente con Él todas las cosas en toda su plenitud. Porque verán el rostro de Dios, y gozarán de Dios como sus propios hijos amados.^[1]

Edwards hizo un llamado al cristiano a contemplar como conviene las glorias del cielo venidero. El más elevado lenguaje humano es insuficiente para contener las riquezas que les depara Dios a los santos. El cielo comprende las dichas más excelsas, los placeres más hondos, las maravillas más sublimes que el universo haya conocido jamás; ¡el cristiano se ocupará de poseer todo esto y de gloriarse en ello para siempre!

A pesar de esto, veo muy poco anhelo por aquel día. El cristiano debe

despertar de su letargo y zafarse de los placeres soporíferos de este mundo. Este mundo nunca va a satisfacer. En efecto, las últimas palabras de Jonathan Edwards en aquel famoso sermón declaran:

Cuán absurdo resulta que de mala gana algunos se nieguen a sí mismos por causa del cielo. En verdad que no existe retórica para describir su locura. Qué gran locura debe ser para los hombres rehuir la mortificación y la negación de sí mismos en aras de una dicha semejante, que ni se molesten siquiera en negar los deseos de su apetito ni su indiferencia frente a una gloria semejante.[\[2\]](#)

Una gloria semejante es lo que les espera a quienes confían en Cristo. ¿Lograrán despojarse los cristianos, a pesar de las comodidades de la civilización occidental, de los vestigios de un mundo pasajero para *anhelar* una gloria que sobrepasa todo entendimiento? Cuán triste es que, como declaró Edwards, muchos abandonen el peso de gloria y de gozo infinitos por unos instantes fugaces de placer en esta vida.

Por eso, la vida cristiana no puede entenderse aparte de este anhelo. Los cristianos deben ser un pueblo que anhela la resurrección venidera cuando la muerte y Satanás serán derrotados por completo. Los cristianos deben anhelar las glorias esplendorosas de estar en la presencia de la Trinidad por toda la eternidad, sabiendo que aun después de diez mil siglos de felicidad inexplicable, no habrán gastado ni un segundo de su tiempo en el cielo. Solo mediante este anhelo puede el cristiano soportar la persecución, mortificar la carne, librar la batalla contra Satanás, y perseverar en la carrera por el premio de la resurrección del cuerpo y la vida eterna.

Palabras finales

A veces sucede que el Credo de los Apóstoles perdura en la adoración de las iglesias que, por lo demás, han abandonado la fe. Su estatura histórica permite que algunas iglesias liberales continúen recitándolo, a pesar de que

han adoptado una teología liberal que es incompatible con él. No se atreven a quitarlo. Sus propias congregaciones se rebelarían.

De modo que ahí sigue, recitado cada día del Señor, y no sin efecto.

Cuando un amigo pastor supo que estaba escribiendo este libro, me contó con avidez acerca de su propia formación en una iglesia protestante liberal. No había teología, doctrina, ni Biblia en el púlpito. La adoración era prácticamente vacía, salvo por los himnos históricos y la recitación del Credo de los Apóstoles.

Mi amigo me contó que, siendo adolescente, recitar el credo en adoración en medio de un desierto teológico lo llevo a comprender que este credo *es* el cristianismo, que la fe cristiana es una declaración de verdad, y que las verdades afirmadas en el credo son *verdaderas*. Me dijo: “El Credo de los Apóstoles fue el único vínculo con el cristianismo bíblico que escuché en toda mi adolescencia”. Él se aferró con todas sus fuerzas a las palabras del credo.

Los cristianos a lo largo de los siglos han confesado la fe de Jesucristo, la fe que Jesús enseñó a sus discípulos, la fe que los apóstoles enseñaron a la iglesia primitiva, la fe “que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 3). El Credo de los Apóstoles es nada más un resumen preciado de la fe cristiana, pero es la declaración doctrinal que más se ha proclamado en la historia cristiana. Los mártires han confesado este credo. Fue denominado apostólico porque se remonta a la fe y a las doctrinas que los apóstoles recibieron de Cristo y que ellos enseñaron a la iglesia. Fue honrado por los reformadores y se encuentra prácticamente en y detrás de toda declaración ortodoxa de creencia cristiana.

El Credo de los Apóstoles no abarca la totalidad de la fe cristiana, como ninguna síntesis podría hacerlo. Sin embargo, los cristianos lo han declarado con valentía a lo largo de los siglos, incluso delante de dictadores, incluso a las puertas de la muerte. Cuando confesamos esta fe tomamos

nuestro lugar en el largo linaje de fidelidad cristiana cuya existencia supera ya los dos mil años. Me maravilla ese privilegio y me asombra la valentía de una confesión que empieza con Dios Padre Todopoderoso y concluye con la vida eterna. Entre el principio y el final del Credo de los Apóstoles se encuentra el cuerpo entero de verdad bíblica cuyo centro es el evangelio de Jesucristo.

Esta es la fe de la iglesia cristiana. Esta es la fe del pueblo de Dios. Esta es la fe de quienes han sido comprados por la sangre de Cristo. Esta es la fe que ha sido una vez dada a toda la iglesia de Cristo.

¿Has considerado alguna vez el Credo de los Apóstoles como una oración? A su manera lo es. Y, como oración, termina en un tono osado.

El Credo de los Apóstoles termina con una palabra: *amén*. Estamos de acuerdo, amén. Que el mundo sepa lo que creemos, amén. Que la iglesia exalte a Cristo, amén. Que creamos, enseñemos y confesemos la fe que los cristianos a todo lo largo de la historia han confesado y que confesarán por siempre: amén, y amén.

[1]. Jonathan Edwards, et al., *The Works of Jonathan Edwards, vol. 14: Sermons and Discourses: 1723–1729* (New Haven: Yale University Press, 1997), 154.

[2]. Edwards et al., 159-160.

AGRADECIMIENTOS

Una vez más, ha llegado el momento de expresar por escrito mi gratitud. Ningún proyecto como este surge de un vacío, y tampoco se lleva a cabo sin la ayuda y la amabilidad de un sinnúmero de personas. La vida cristiana es un ejercicio extendido (incluso eterno) de gratitud. Este es el momento indicado para hacer una pausa y expresar mi gratitud a muchos que han ayudado en todo el proceso de escribir y trabajar en este libro.

Mi vida en Southern Seminary depende del trabajo extraordinario de muchas personas, entre ellas, el equipo de la oficina del presidente. Encabeza la lista Jon Austin, jefe de personal y encargado de articular el equipo. Entre sus muchos dones está el de poder animar a otros. Sam Emadi fue mi director de investigación cuando empezó el proyecto, y Cory Higdon tomó el relevo cuando el proyecto llegaba a su fin. Estoy en gran deuda con ambos, eruditos por derecho propio. Entre los pasantes en mi oficina se encontraban Mitchell Holley, David Lee, Ryan Loague, Ryan Modisette, Bruno Sanchez y Troy Solava. Todos son ávidos lectores y grandes conversadores. Jonathan Swan, otro brillante joven erudito, sirvió como mi bibliotecario y fue capaz de encontrar libros cada vez que yo no podía.

Estoy muy agradecido con Colby Adams, director de comunicaciones de mi despacho, quien también sirve como productor de *The Briefing*. El excelente equipo de Thomas Nelson está dirigido por Webster Younce, quien conoce de libros como pocos. Lo aprecio profundamente, al igual que al equipo editorial que dirige. Una vez más, he dependido de la representación de Wolgemuth y Asociados, y estoy agradecido por la amistad y el consejo fiel de Robert Wolgemuth a lo largo de los años, y por

el excelente trabajo de Andrew Wolgemuth en este proyecto y en muchos otros.

Uno de los grandes gozos de mi vida es trabajar con eruditos cristianos sobresalientes que son parte del profesorado del Southern Baptist Theological Seminary (Seminario Teológico Bautista del Sur) y del Boyce College. Cada uno de manera individual, y como grupo, ha hecho un aporte enorme a las vidas de los estudiantes y a mi vida personal. Estoy agradecido por el apoyo de un maravilloso consejo administrativo. Cada día tengo presente el privilegio de trabajar con tres increíbles vicepresidentes, que son Randy Stinson, Matthew Hall y Craig Parker.

Mi familia ha sido maravillosa, como de costumbre. Mi madre, Janet Mohler, siempre es una fuente de aliento. Aunque ahora nos ama a través de la horrible bruma de la enfermedad de Alzheimer, ella siempre nos ama, y nosotros la amamos aún más. Aunque ya no puede leer libros, yo sigo escribiéndolos para ella. Te amo, mamá.

Nuestro hijo Christopher me ayuda a seguir humilde, haciéndome reír de mí mismo. Nuestra hija Katie Barnes y su esposo Riley Barnes nos hacen increíblemente felices, y esa felicidad y amor solo se multiplican más allá de todo cálculo gracias a nuestros nietos Benjamin y Henry. El tiempo pareciera detenerse cuando ellos están con nosotros, y nada aparte del amor puede explicarlo.

Y a propósito de lo que solo el amor puede explicar, ¿cómo podría yo saber siquiera quién soy si no fuera por el amor constante y el gozo de mi esposa Mary? No existe área de mi vida que ella no avive, enriquezca y aliente. Después de treinta y cinco años de matrimonio, nuestras vidas están tan entrelazadas que no puedo imaginar ningún proyecto, libro, sermón, tarea, ni un solo día sin ella. Agradecer a Mary no basta, pero es un buen comienzo, y para este aparte de agradecimientos un buen lugar para concluir.

Soli Deo Gloria

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

ACERCA DEL AUTOR

R. Albert Mohler es presidente del Southern Baptist Theological Seminary (Seminario Teológico Bautista del Sur) y profesor de Teología Cristiana en la cátedra Joseph Emerson Brown. Las revistas *Time* y *Christianity Today* lo consideran un líder en el medio evangélico estadounidense. Se puede escuchar al doctor Mohler en *The Briefing*, un podcast diario donde analiza las noticias y los sucesos de actualidad desde una cosmovisión cristiana. También escribe un famoso comentario analítico acerca de temas morales, culturales y teológicos en albertmohler.com. Él y su familia viven en Louisville, Kentucky.

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Publicado originalmente en los Estados Unidos por Nelson Books con el título *The Apostles' Creed*, copyright © 2019 por Fidelitas Corporation, R. Albert Mohler Jr., LLC. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Edición en castellano: *El Credo de los Apóstoles* © 2020 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Nohra Bernal

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “nbla” ha sido tomado de la Nueva Biblia de las Américas, © 2005 por The Lockman Foundation. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “nvi” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

Realización ePub: produccioneditorial.com

EDITORIAL PORTAVOZ

2450 Oak Industrial Drive NE

Grand Rapids, Michigan 49505 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

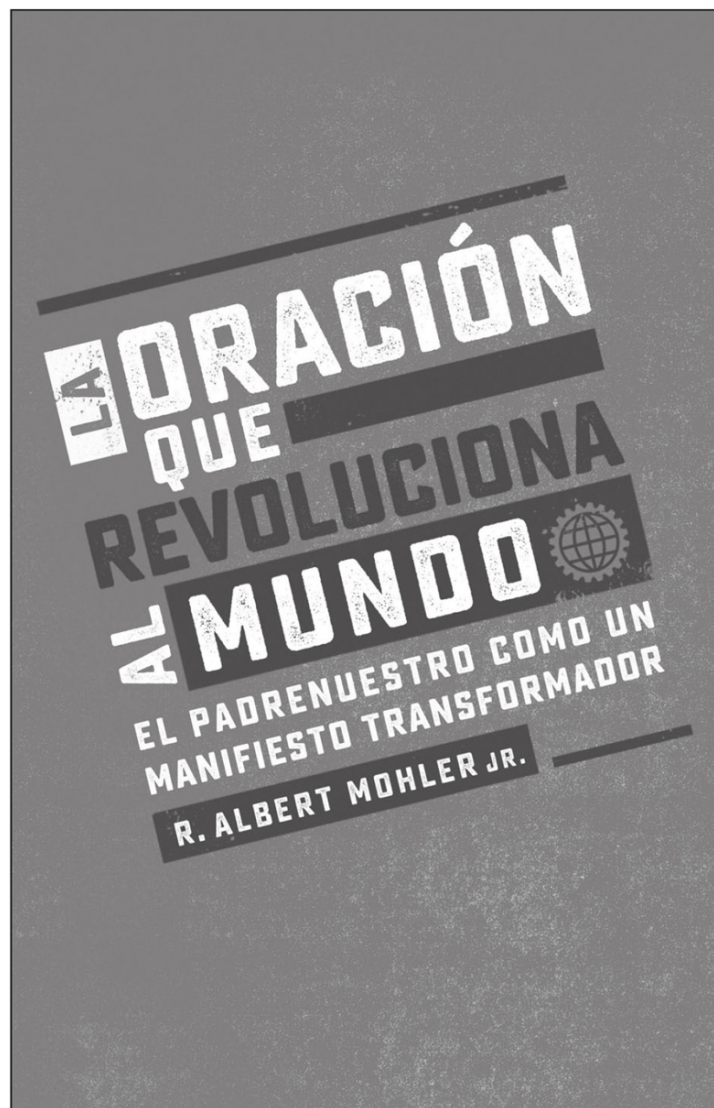
ISBN 978-0-8254-5928-3 (rústica)

ISBN 978-0-8254-6840-7 (Kindle)

ISBN 978-0-8254-7674-7 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 29 28 27 26 25 24 23 22 21 20

Impreso en los Estados Unidos de América Printed in the United States of America



En este libro nuevo e innovador, R. Albert Mohler Jr. retoma la urgencia y la naturaleza transformadora del Padrenuestro, revelando una vez más su notable poder de trastocar al mundo.

Paso a paso, frase por frase, *La oración que revoluciona al mundo* explica lo que significan estas palabras y cómo debemos orarlas.

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com



NUESTRA VISIÓN

Maximizar el efecto de recursos cristianos de calidad que transforman vidas.

NUESTRA MISIÓN

Desarrollar y distribuir productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

NUESTROS VALORES

Nuestros valores se encuentran fundamentados en la Biblia, fuente de toda verdad para hoy y para siempre. Nosotros ponemos en práctica estas verdades bíblicas como fundamento para las decisiones, normas y productos de nuestra compañía.

Valoramos la excelencia y la calidad
Valoramos la integridad y la confianza
Valoramos el mérito y la dignidad de los individuos y las relaciones
Valoramos el servicio
Valoramos la administración de los recursos

Para más información acerca de nuestra editorial y los productos que publicamos visite nuestra página en la red: www.portavoz.com

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com